

GALDO

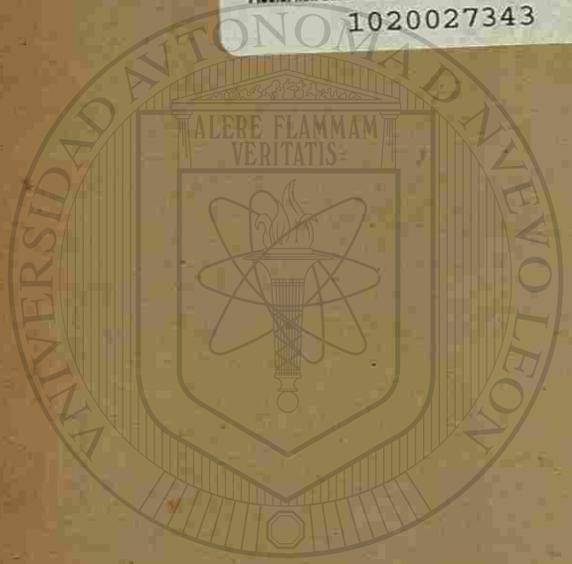
LA

MOGNITA

P06555

16

ALD

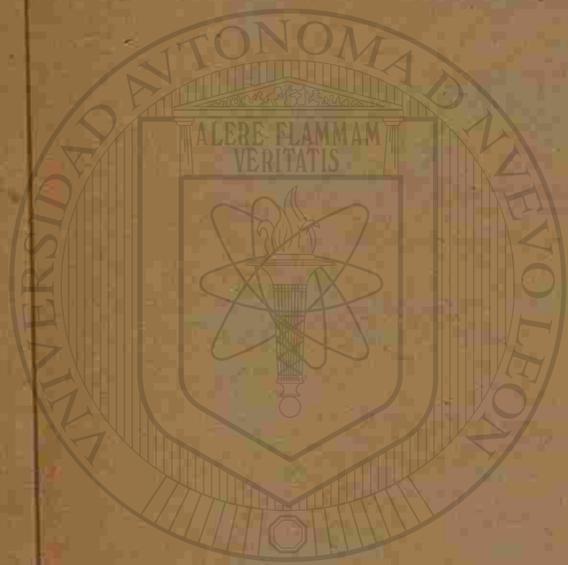


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA INCÓGNITA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Num. C

Núm. Au

Núm. Adg

Precedenc

Precio

Fecha

Clasificó

Catalogó

N
D 4382
34052
-f-

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

B. PÉREZ GALDÓS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

LA INCÓGNITA

10.000



MADRID

PERLADO, PÁEZ Y C^{IA}

(Sucesores de Hernando)

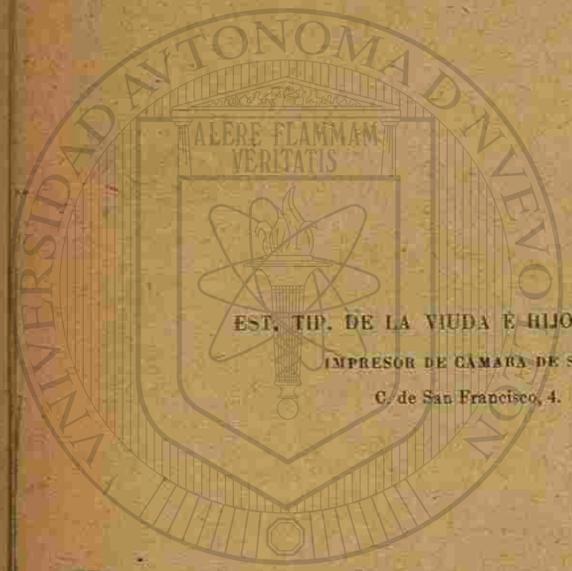
Arenal, 11

1906

85862

34052

863.3 PQ 655.5
P. 5. I 6



EST. TIP. DE LA VIUDA E HIJOS DE TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
C. de San Francisco, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE

LA INCÓGNITA

A D. EQUIS X, EN ORBAJOSA

I

Madrid, 11 de Noviembre.

Querido Equis: Allá va mi primera carta. La empiezo recordándote la condición *sine qua non* de mi compromiso epistolar, y es que esto no ha de leerlo nadie más que tú. Sólo con la seguridad de que humanos ojos, fuera de los tuyos de ratón, no han de ver el contenido de estas cartas, puedo ser, como me propongo, absolutamente sincero al escribirlas. A cambio de la solemne promesa de tu discreción, nada te ocultaré, ni aun aquello que recelamos confiar verbalmente al amigo más íntimo.

Ya que por tus pecados, de los cuales más vale no hablar, te ves recluido en la estrechez carcelaria de ese lugarón, donde todas las murrias del alma humana tienen su asiento, quiero enviarte



dísimo si lo cultivara; sabes que jamás se queda en los términos medios; que en sus simpatías y aborrecimientos va hasta el furor, y que su desmedido orgullo suplente en él, como en otros muchos, las energías de la convicción para sostener cualquier idea. Te añadiré que de los amigos de Orozco, sin contar á Calderón y á mí, Federico es el que tiene más confianza en la casa, pues su amistad con Tomás data de larga fecha. Augusta se pelea con él, siempre que hay ocasión, contradiciéndole con cierto énfasis, buscándole las vueltas, y zahiriendo sin piedad sus quijotismos. El toma en serio los furros iconoclastas de su amiga, y ella los exagera para exaltarle. No sé el tiempo que duró aquella discusión deliciosa, en que mi prima se permitió decirle: «¡Pero qué tonto es usted...! Quiere hacernos creer que ha leído el poema del Cid. No tendría usted tan buen color.» Y él: «Sí: eso lo dice usted por afán de originalidad, y no niego que está usted monísima sosteniendo tales disparates...» Simpatizo cada día más con este pobre Viera; y si no me agrada tanto por bueno y leal, habría de gustarme por desgraciado. A propósito de él, tengo que contacte algo que te ha de interesar.

Abur, gagnápiro. Dios te libre de caer en el bando de los devorantes ó manteadores.

XIV

20 de Diciembre.

La opinión que en tu carta me indicas respecto á mi prima no me parece ajustada á la verdad. ¿Se funda acaso en informes míos dados con ligereza y cuando no había hecho las convenientes observaciones? Pues me retracto, querido Equis; me trago todo lo escrito, y ahora, conociendo mejor cosas y personas, quiero quitarte de la cabeza esos juicios malévolos. Créelo: Agustina es buena; ama con firmísima ternura á su marido. Sus aspiraciones afectivas están colmadas, y nada revela en ella que padezca inquietudes del alma, ni curiosidades de esas comparables á las de los geógrafos navegantes que buscan mundos mejores que los conocidos. Noto en ella la tranquilidad del que está contento en su mundo y no indaga con ansiosa mirada lo que habrá más allá del horizonte. Ya estoy oyéndote decir: «Este tonto se viene cada día con una cantinela distinta... y lo peor es que pretende se le admitan todas estas ideas, variado fruto de su fecunda impresionabilidad.» Reconozco, señor maestro, que varío la tocata con demasiada frecuencia. Es que yo no me aferro á las opiniones, ni tengo la estúpida vanidad de la consecuencia de juicio. Observo lealmente, rectifico cuando hay que recti-

fiear, quito y pongo lo que me manda quitar y poner la realidad, descubriéndose por grados, y persigo la verdad objetiva, sacrificándole la subjetiva, que suele ser un falso ídolo fabricado por nuestro pensamiento para adorarse en efigie. Ríete de mí; pero acepta la versión que hoy te mando, que es la oficial, la verdadera. Que es honrada te digo, y si me lo niegas, hombre de poca fe, nos veremos las caras.

Y, sin embargo, Equis de mil demonios, heme aquí empecatado, heme aquí sin poder vencer la diabólica intención que en mí ha nacido, y que tras largas vacilaciones se manifiesta positivamente. Mira si estoy dominado por la infernal influencia, que creyendo no es ella terreno dispuesto para el mal, me inclino á seguir tu consejo satánico. Es que los obstáculos nos infunden temeridad, y los peligros nos ilusionan más que la confianza. No, no hay allí, como tú sostienes, una fácil victoria; pero contando con la resistencia, solicitado quizás por la resistencia misma, romperé pronto el fuego.

Somos muy pillos los descendientes del señor de Adán. Llevamos el mal en nuestra naturaleza, y la cultura nos ha dado una filosofía páfida y farisaica para cohonestarlo. La sociedad, con diarios y persuasivos ejemplos, nos incita á cursar esta filosofía, y si no lo crees, ahí tienes á mi padrino, el castizo Cisneros, que me repite á cada instante su famosa prescripción, resultado de un profundo saber sociológico: «Manolo, no seas burro. Haz el amor sin reparo alguno á las mujeres de todos tus amigos.»

El afecto del honrado y leal Orozco me da al-

gunos malos ratos todavía en esta campaña infernal, que aún no ha salido de la esfera nebulosa de mi intención. ¡Ah! en la voluntad mía, ya he ultrajado al hombre sin par, modelo de nobleza y rectitud. Pero, como te dije antes, el siglo fecundo en que vivimos nos da una filosofía muy cómoda para acudir al remedio de estos desastres de la conciencia. ¡Hay tantos casos semejantes! ¡Si fuera yo el primero que alterara la ley moral! ¡Si introdujera yo esta moda de los esposos de mérito, burlados y escarnecidos! No mil veces. Yo no he puesto la sociedad tal y como se halla hoy; yo no he reformado el Decálogo, rebajando los pecados gordos á la categoría de veniales; yo no he aceptado las enmiendas á la ley fundamental, que la convierten en papel mojado. Yo llego y me encuentro las cosas como las dejaron otros, y no he de hacer el reformador ni el protestante.

Me dices una cosa que me lanza más al disparadero. Dices que llame y me responderán. Llamaré, hijo mío, aun dudando mucho de que me respondan. Soy como aquél que sin saber palabra de la asignatura iba á examen, diciendo: «me expongo á que me aprueben.» Eso digo yo: «llamaré: me expongo á que me abran la puerta.» ¿Y si no me la abren?

Por ahora no te diré nada sobre el particular. Me reservo para cuando tenga que comunicarte el éxito ó el fiasco.

Y vamos á las informaciones que tantas veces me has pedido acerca del pobre Federico Viera. Me volvió á decir ayer que te había escrito, y ahora sí creo que lo ha hecho. No le tengas mala voluntad por su tardanza en contestar á tus car-

tas, la cual no significa que te olvide, sino que anda medio trastornado con las mil cosas que le rebullen en la cabeza. El problema de la vida es en él, por la pícara suerte y por los obstáculos permanentes de su carácter, de muy difícil solución. Yo creo que llegará á la vejez dando vueltas al tal problema sin resolverlo nunca. Conozco algunos así, y les tengo por los seres más dignos de lástima. Federico Viera es uno de los hombres de más entendimiento que creo existen en España. Quizás por tenerlo tan grande y algo incompleto, así como por la acentuación quijotesca de algunas prendas morales y por carecer de otras, ha de fracasar constantemente. ¡Qué lástima! Pocos hombres conozco aquí más simpáticos y de trato tan seductor. De mí sé decirte que le estimo de veras, y que trato de mejorar su adversa suerte. Pero me parece que no haremos carrera de él. Quéjase de la fatalidad, ¡el comodín de todos los que equivocan el camino de la vida! pero yo voy creyendo que en este caso la fatalidad existe, y que Federico no adelanta porque se lo estorba alguna fuerza interior incontrastable, y también circunstancias externas independientes de su voluntad.

Ha pasado de los treinta años, y se encuentra sin carrera, sin medios de fortuna, incapacitado para desempeñar un destino, pues carece de condiciones legales para obtenerlo, y no es cosa de que empiece por oficial quinto. Aborrece la política, sin considerar que es la única puerta practicable que ante él se abre. Sobre esto hemos tenido vivas disputas. «La política, le digo, será todo lo inmoral que quieras. Ella tendrá sus máculas

como todas las cosas; pero es un medio, y hay que aceptarlo como tal cuando no se tienen otros. Es una especie de proteccionismo, un sistema de beneficencia que el país ejerce para dar colocación á los que se han quedado sin casillero en el reparto de puestos sociales. Viene á ser como una sucursal de la Providencia; y si no existiera, los desastres que habrían de ocasionarse serían mucho mayores que los tan cacareados y evidentes daños que ahora se le atribuyen.» Al fin me pareció que le convencí; pero la dificultad está en meterle en la política. Si lo lográramos, figúrate cuánto brillaría. No conozco á nadie con más facultades oratorias. Sus contados ensayos periódicos revelan también aptitud extraordinaria para el caso. Posee como nadie ese golpe de vista rápido, esa preciosa facultad de ver el lado conveniente y oportuno de las cuestiones, abandonando los demás. Pues nada de esto le sirve mientras no tenga la afición, el prurito ambicioso que á otros, faltos de aptitud, les sobra.

Por mi parte, trato de empujarle, y he bebido los vientos estos días para conseguirle un acta en cualquier elección parcial; pero no me ha sido posible. A nuestro amigo le perjudica el nombre de su padre, que es la mayor de sus desdichas. Lo mismo es decir Viera, que surge la imagen de ese solemnisimo bribón, cuya triste fama permanece en Madrid, viviendo él fuera de España. Esta es la fatalidad de Federico, el sino perverso que le hará miserable y desgraciado toda su vida; pues aun cuando llegara á vencer los inconvenientes del deshonorado nombre que lleva, no se quitará nunca de encima la mala sombra que su

padre ha echado sobre él con la perversa educación que le dió. Este muchacho se ha malogrado, porque su padre no supo serlo nunca, ni tuvo autoridad sobre él para encarrilarle y hacerle hombre. La niñez y juventud de Federico coincidieron con la época en que Joaquín Viera gastaba lo suyo y lo ajeno, sin cuidarse para nada de su hijo. Crióse para aristócrata; adquirió necesidades, de esas con las cuales se identifica el sér, y que vienen á formar parte del sér mismo; se hizo al regalo, á la disipación, al lujo, á la generosidad, y á los vicios que cría la esplendidez y que no pueden separarse de ella. Aunque su despierta imaginación no desdenó la lectura, jamás estudió nada formalmente, ni se aplicó á carrera alguna científica ni literaria. Vino el desastre, y el que se había criado caballero, encontróse peón. Era tarde para atajar las consecuencias de este abandono. Aún se forjaba ilusiones el pobre chico durante algún tiempo, aspirando á plantear no sé qué empresas industriales. Humo y tontería. Lo que han pasado él y su pobre hermana, no es para dicho brevemente.

Harto sabes tú que soporta su desgracia con estoicismo admirable, y que encubre su miseria con arte exquisito. Nadie que le vea y le trate sospechará las procesiones que andan por dentro. Viste bien y con esa fácil elegancia que es una cualidad antes que una costumbre. Frecuenta, por hábito y necesidad espiritual, lo que llamamos bárbaramente *el gran mundo*, y sabe distinguirse en él, siendo bien recibido en todas partes y muy echado de menos en sus ausencias.

Me parece que á la hora presente, á pesar de

que le has tratado bastante, no le conoces tan bien como yo. Contigo era siempre reservado; conmigo tiene espontaneidades que nadie le ha merecido todavía. De la amistad hemos llegado poco á poco á la familiaridad, y me cuenta algunos pormenores de su vida pasada, y aun de la presente, por demás interesantes. Recuerdo haberte oído decir que jamás entraste en su casa; yo sí, y conozco á su hermana. Sobre esto hay mucho que hablar: iremos despacio para no confundirnos.

Si he merecido de Viera confianzas y revelaciones inapreciables, todavía hay en su existencia repliegues que no he podido desdoblar. Es hombre que no se abre nunca por entero. Respeto sus secretillos, y no juzgo prudente ni delicado forzar el arca de discreción en que los guarda. No es misterio para nadie su afición al juego, ni que este vicio es en él el único arbitrio practicable para ir conlevando la vida... ¡vida sumamente azarosa, figúratel... Pero te advierto que no es posible andar con más dignidad en tratos tan rufnes. Sus degradaciones no están á la vista de los que públicamente le tratamos. El se las arregla allá con su vicio y saca lo que puede, sin que se trasluzca nada en la vida ordinaria. Yo me he permitido hablarle de esto, incitándole á arreglarse de otro modo, y me responde con amarga tristeza que no puede ser, que está ya hecho á ese angustioso sistema, y que no halla manera de abandonarlo. He procurado sondear el abismo de su situación económica, llegando hasta proponerle un medio decoroso de regularizar su presupuesto; pero no quiere aceptarlo. Me

ha confesado que sus deudas son enormes, y que sólo con un *golpe de suerte*, con una de esas ventoleras favorables que en breves momentos amontonan un capital, podría ponerse á flote. Y no hay quien le quite de la cabeza esta idea fija y monomaniaca. Es tan delicado, que fuera de los antros más ó menos decentes, donde pulsa la fortuna, nada verás en él que signifique rebajamiento moral. Nadie, absolutamente nadie, entre nuestros muchos amigos, puede jactarse de que Viera le ha dado sablazo grande ni chico. Antes reventará que pedir. Yo no sé cómo se las compone, ni qué casta de garduña usurera le suministra lo que necesita cuando viene la mala. Te aseguro que me inspira compasión este hombre, y á veces me pongo á discurrir qué haría yo para favorecerle sin lastimarle. Debe de haber por ahí, en manos negras y rapaces, mucho papel suyo, que seguramente se ha de cotizar en baja constante; pero por más que le hurgo para que me informe de esto, no obtengo de él más que vaguedades y evasivas.

Es amigo de Cisneros, que le aprecia mucho, y á menudo le invita á comer para tenerle por oyente y admirador; amigo también de Orozco, que le protegería (me consta) si él se dejara proteger, y discurrir, como yo, procedimientos delicados é indirectos de favorecerle. El padre de Federico fué, en sus tiempos de prosperidad, compinche del padre de Orozco, y ambos armaron, según dice la gente, aquella trampa de *La Humanitaria* que arrambló con los ahorros de una generación. Don José Orozco ya no existe; Joaquín Viera anda huído por el extranjero, ocupado

en oscuros negocios; y si alguna vez se descuelga por aquí, viene sable en mano contra los amigos de su hijo. Considera, alma cristiana, esta anomalía de las razas, y mira por dónde de padres perversos han nacido hijos tan apreciables, cada uno por su estilo. He de añadir que Orozco, sea por tradiciones de amistad, sea por otra causa que no se me alcanza, tiene para ese tuno de Viera, padre, increíbles deferencias; y no sólo se ha dejado herir más de una vez por el tremendo chafarote del gran petardista, sino que en cierta ocasión le libró de un bochornoso proceso. Federico se muestra muy agradecido á Orozco, y le tiene en tanta estimación como el más entusiasta, como tú, por ejemplo. Y en reciprocidad de estos sentimientos, Augusta y su marido le consideran y agasajan, aunque no pierden ripio (ella sobre todo) para censurar con benevolencia su incorrecta manera de vivir. Más de una vez me han dicho que arbitre un medio de mejorar la situación de Viera y su hermana, negociando diplomáticamente con él, sin herir su susceptibilidad vidriosa. Hemos discutido los medios sin encontrar solución práctica. Ambos han deplorado ingenuamente que un hombre de tan buen fondo, tan caballero, tan bien cortado para la vida digna y honrosa, se envilezca buscando un infame jornal en las *salas del crimen*. Yo también lo lamento, nos afligimos todos; pero no veo manera de evitarlo. Y basta por hoy. De *aquello*, buenas impresiones. Ya te las contaré otro día.

XV

22 de Diciembre.

De aquello, buenas impresiones, chico; pero sólo impresiones, barruntos, corazonadas. Te advierto que ando muy distraído de mis deberes parlamentarios, y de seguro la patria ofendida ha de pedir cuenta estrecha de este abandono en que la tiene su papá. Se pasan días sin que yo ponga los pies en aquella casona tan abogada y turbulenta, y lo mismo me da que nos llamen á votar que que no llamen. Tocan á Secciones, me mandan las candidaturas, y me importan tanto como las pulgas que le están picando en este momento al emperador de la China. Hágome la cuenta de que por un voto de menos ó de más no ha de torcerse el azaroso rumbo que lleva el barquichuelo de la política. Algunas tardes, porque no digan, asomo las narices por allá, me asombro de lo ocurrido durante mi ausencia, aseguro que *ya lo tenía yo todo muy previsto*, hago el papel de que me intereso vivamente en la cuestión del día y en las intrigas que hierven en los pasillos; y á la hora en que la atmósfera empieza á caldearse, doy un vistazo al salón, desde la *contrabarrera*; entérome en un abrir y cerrar de ojos del estado de la brega, para poder responder á las preguntas con que han de fusilarme por la

noche en casa de Orozco, y me escabullo lindamente. Un secretario intenta cortarme la retirada: «¡Eh, que habrá votación!» Y yo digo: «Vuelvo.» Trínco el gabán, y á la calle. Me voy al Retiro ó á la Castellana en amoroso seguimiento de mi ingrata Filis.

En el tumulto del paseo me parece oír el cencerro gordo de la Cámara llamando á votación, y la conciencia se me alborota un tantico por el abandono en que tengo mi mandato. ¡Qué le hemos de hacer! Los infinitos asuntos del distrito también aguardan tiempos mejores, y habías de ver las arrobas de cartas que tengo aquí, abiertas ya y medio leídas, pero no contestadas. Ni aun he podido formar la nota de chinchorrerías que en las últimas semanas me han encajado esos pedigüefios voraces. Ya se hará, y que el demonio cargue con ellos. A fe que no piden nada los angelitos. Si te tropiezas con esos brutos imperitinentes, y se lamentan de que no les escribo, díles lo que se te ocurra, verbigracia, que no escribo porque todo el tiempo ¡claro! lo necesito para gestionar. Eso es lo que ellos quieren, que uno se quemé la figura y eche los hígados, de ministerio en ministerio, constituyéndose en servidor de sus ambiciones y en instrumento de sus ruines envidias. Les dirás que, según tus auténticas noticias, *vivo sin vivir en mí* por servirles y hacerles el gusto, que soy su esclavo, y que se vayan á la mismísima porra.

Con que quedamos en que hay buenas impresiones, y mutis. No me arrancarás una sílaba más, y si te empeñas en que cante antes de tiempo, te trataré como á mis electores.

Y sigo con Federico. Su casa, su vida íntima, su desconocida hermana, han despertado tu curiosidad, y voy á satisfacerla. Pocos penetraron hasta hoy en la caverna del león, y creo que Viera me ha dado la mayor prueba de amistad y confianza permitiéndome visitarle. Cinco veces he ido allá. Vive en lo más bajo de la calle de Lope de Vega, cerca de la de Fúcar, lugar escondido y excéntrico, á donde no se va sin precisión de ir. La casa es buena; el piso, segundo con entre-suelo. Llegas, tiras de la campanilla y ésta no se da por entendida; sigues tirando cada vez más fuerte, hasta que al fin oyes el eco perezoso de una esquila ó timbre que allá dentro repica de mala gana. Después sientes pasos, y el chirrido de la chapa de cobre del ventanillo te indica que te están mirando por los huecos. Una voz te pregunta: «¿quién es?» y respondes; te dicen *no está*; tú insistes, diciendo que el señor te espera, y das tu nombre. No vayas á creer que te abren en seguida. Hay una pausa. Oyes dentro cuchicheo de mujeres. Van y vienen como en consulta. Entre tanto, si te fijas en los claros del ventanillo, ves que entre ellos lucen unos ojos negros que te examinan. La consulta sigue allá dentro. Oyes pasos que se alejan, pasos que á la puerta se aproximan. Por fin suena el cerrojo, *truco-truco*, y la puerta se abre recelosa. Una joven mal vestida y peor peinada te dice: «pase usted.» La tomas por criada; pero después te enteras de que es Clotilde, la hermana de Federico.

Esta visita á la cueva de la fiera no puedes hacerla sino entre tres y cinco de la tarde, hora en que nuestro amigo se levanta, con raras excep-

ciones. Yo fui un día á las dos, y le ví almorzando entre sábanas, teniendo delante una mesilla sin patas, apropiada á la extravagante operación de comer en el lecho. En éste y en la mesa de noche había dos ó tres volúmenes franceses, alguno con las hojas cortadas con el dedo. Servían el almuerzo la joven aquélla y una mujeraza desgarrada y grandullona que entraba y salía llevando un chico en brazos.

La alcoba es una hermosa habitación con chimenea, que verás encendida siempre que no hace mucho calor. En esta alcoba, como en el gabinete y salita que la preceden, se ven algunos muebles buenos, restos de la antigua morada de Joaquín Viera, y otros de los más ordinarios y vulgares. No falta limpieza; pero la falta de recursos brilla más que el aseo. Podrás figurarte el aspecto de una vivienda donde nada de lo que se estropea se compone, donde la reparación de los objetos no se ha conocido nunca. Clavo que se cae, ó pata que se rompe, ó esquinazo que se desmocha, ó astilla que se levanta, ó metal que se deslucce, ó porcelana que se desportilla, así se quedan *per secula seculorum*. He dicho que hay algunos muebles buenos; pero cosa de valor en venta, llámese cuadro, jarrón, tapiz ó bronce, no la verás.

Clotilde Viera es bonita, si bien, guapeza por guapeza, su hermano le lleva gran ventaja. Bien vestida, luciría como tantas otras. Federico me la presentó con timidez, como avergonzado del aspecto de criada que le da su mala ropa. La chica es fina y discreta; pero está como sobreco-gida, y en su apocamiento adviértese al instante la conciencia de su degradación social. Teme po-

nerse en ridículo haciendo un papel que no correspondería al puesto obscuro que hoy ocupa en el mundo. Debe de andar tal cual de ropa la pobre-cilla, porque la única vez que la he visto en la calle, iba con modestia excesiva, aunque se echa de ver que sabría ser elegante si pudiera. Recuerdo ahora que Augusta se ha sorprendido de que Federico no presente á su hermana en sociedad. Cuando se habla de esto á nuestro amigo, pone una cara que da compasión, y no le vale el disimulo para encubrir su amargura. El primer día que entré en su casa, la tristeza de su rostro me reveló que conocía el mal efecto que su hermana había hecho en mí; y para disipar esta mala impresión, hice vivos elogios de ella cuando no se hallaba presente. Pero mis hipótesis, en vez de atenuar la pena de Federico, parecían aumentarla, y mudé de conversación.

El día que le ví almorzar en la cama observé que se da buen porte. El infeliz no puede prescindir de ciertos regalos á que habituado está desde la niñez. Hízome algunas revelaciones acerca de las mujeres aquéllas. La que entraba y salía con el mocoso en brazos, lleva el peso del gobierno doméstico, se llama Claudia y está casada con el estanquero de la calle de Fúcar. Sirvió muchos años en la casa de los padres de Federico, y tiene tanta ley á los dos señoritos, que no ha querido abandonarles en la desgracia. Guisa muy bien, sabe manejar una casa, y si no se hubiera cargado de familia, no tendría precio para ama de llaves. Otra de las domésticas, hermana de la anterior, se llama Bárbara, y es mujer de un ambulante de correos. Cuando el marido está

ausente, ella se alberga en casa de Federico, y ayuda á su hermana en el trajín de la cocina y en el cuidado de los chiquillos. La tercera es prima de ambas, y ha venido del pueblo en busca de acomodo. Por las noches, según me contó Viera, se reúnen á comer allí el estanquero con toda su prole, el ambulante y dos ó tres personas más. Díjeme que este sistema de beneficencia sería muy bonito como obra de misericordia, pero que no podía menos de irregularizar su presupuesto; y me contestó que no tenía corazón para expulsar á nadie que de él se amparase; que su casa, en los buenos tiempos de los Vieras, había sido una tienda-asilo; que el conservar esta tradición era uno de los pocos placeres de su vida, y, por fin, que su peculio no había de mejorar con la miserable economía de quitar la pitanza á aquellos infelices. «Me siento con fuerzas —añadió,— para cualquier acción desproporcionada y hasta heroica; pero no las tengo para cortar una rutina.»

Le ví lavarse y vestirse. En ello emplea bastante tiempo, y es cuidadoso de su persona hasta la prolijidad, costumbres de rico que también son incorregibles. Presenciando una de estas tardes la compleja operación, pensaba yo en su pobre hermana. Al menos él vive por las noches en el medio que le corresponde, frecuenta la sociedad, donde el cariño de los amigos compensa hasta cierto punto las tristezas de su vida íntima. La sociedad, por este medio, le da algo de lo que él se merece, á cambio de lo que la suerte y su perversa educación le han quitado; pero aquella pobre joven, ¿qué compensación tiene de su estado miserable? ¿No es un dolor que viva entre cria-

dos y gente ordinaria, envileciendo sus modales y degradando sus gustos? Me imaginaba yo á la infeliz niña conformándose con aquel género de vida grosera, sin deseos ya de otra mejor; me la figuraba en trato familiar con la estanquera y la mujer del ambulante, comiendo con ellas y con toda aquella turba de gorriones de baja estofa que invadía la casa. Y al pensar en esto, me acordaba de lo que he oído referir á Cisneros y á Orozco respecto á la madre de Federico. Era señora de ejemplar virtud, nacida en noble cuna, del linaje de los Trastamaras y los Gravelinas, muy digna, muy severa de costumbres, muy refinada en gustos y maneras. Su exquisita educación revestía de formas seductoras la rigidez de su inmenso orgullo. Padebió la mayor de las humillaciones con la inieua conducta y el envilecimiento de su marido, á quien amaba. Enfermó de pena y quizás de vergüenza. Adoraba á sus dos hijos, y cometió el error de no criarlos para la pobreza, que ni siquiera comprendía. Como te digo, pensé en la infeliz señora y en la cara que pondría si resucitara y viera á su hija en aquella facha, en aquel vivir indecoroso, miserable y soez. Pero no me atreví á decir nada de esto á Federico, y me lo guardé para cuando viniera más á cuento.

Vamos, ya estás satisfecho. Ahí tienes los informes que de tu amigo querías tener y que me has pedido tantas veces. Esta carta te causará tristeza; pero qué remedio... ¡La verdad rara vez tiene cara de pascua!

XVI

26 de Diciembre.

¡Qué pesado estás con tu exigencia de que te cuente algo de mi campaña, y de cómo he puesto las paralelas para rendir plaza tan bien artillada y defendida! Como no me gusta darme tono con fingidas hazañas, te diré que he seguido la táctica vulgar, por no ocurrírseme otra; que mi amartelamiento ha pasado y pasa por los trámites corrientes de la galantería al alcance de todos los corazones, y que soy lo que para estos casos aconsejan las reglas acreditadas por el éxito: obsequioso con discreción, puntual en los encuentros, tierno en el mirar, intencionado en el decir, triste hasta la ictericia cuando el caso lo requiere, y bastante hábil para hacerme pasar en ciertas ocasiones por el ser más desventurado que existe debajo del sol.

Estos preliminares tienen que acabarse pronto, so pena de caer en la ridiculez. Veo venir una situación insostenible si no cambio pronto las armas del sentimentalismo por las del atrevimiento. Respecto á ella, ¿qué he de decirte? Ya conoces la tesis general de que á ninguna mujer, aunque sea la misma honradez y la castidad en persona, le desagrada que se chiflen por ella. Luego, en corresponder ó no consisten las diferencias, ó sea,

empleando una figura, las fronteras que separan el Cielo del Infierno. No me atrevo á jactarme de la victoria, ni á darme prematuramente por vencido. Hay días que me parece notar en la plaza un agrado excesivo por verse merecedora de tan empeñado cerco; otros creo lo contrario, y me malicio que se hace la indiferente con la pícara idea de dejarme aproximar á sus robustos muros y reventarme en una brusca y vigorosa salida. En fin, chico, permíteme que sea reservado y que no enseñe las cartas. Francamente, te voy cogiendo miedo. Y no me negarás que te asusta la degradación moral que suponen estos intentos míos. Es que se hace uno á todo, amigo Equis, y la conciencia, arrullada por los goces sociales, que se empalman lindamente para no darnos respiro, se va amodorrando y concluye por dormirse. Ya no más. Chitón.

Te hablaré, sí, de alguien que con esto se relaciona, del buen Orozco, porque ciertas especies que he oído acerca de él han repuesto mi ánimo y acallado mis escrúpulos. ¡Ah! la sociedad en que vivimos nos ofrece á cada instante materia narcótica en abundancia para cloroformizar la conciencia y poder operarla sin dolor. Te diré: estas noches he oído hablar de tu ídolo en términos muy distintos de esa opinión lisonjera que tú y yo tenemos de él. Parecía que tantas y tan diferentes lenguas se habían confabulado para quitar á ese hombre su crédito, la brillante aureola que es el principal obstáculo á mi campaña, algo como deidad tutelar que ampara la plaza más que la fortaleza de sus muros.

No sé si te he dicho que me corro por el Casino

algunas tardes y noches. Me divierto oyendo contar anécdotas á dos ó tres sabedores de vidas ajenas que allí tienen su cátedra, el más sabroso y entretenido círculo social que puedes imaginarte. Nunca había oído hablar de la familia con quien me ligan tantos vínculos. Hace dos noches, no sé cómo recayó la conversación en Orozco, y uno que se pinta solo para lo que llaman allí *sacar ánima*, dijo de nuestro amigo que es el mayor hipócrita que Dios ha echado al mundo. «Ya no engaña á nadie—añadió—con aquella capita de perfecciones que usa. Hijo de tal padre, del famoso fundador y liquidador de *La Humanitaria*, no podía salir bueno.» Otro emprendió la defensa de Orozco, asegurando que en el tratado de la honradez no era ni podía ser atacable; que lo dicho por el preopinante no tenía fundamento; pero... Estos peros son terribles, y al oírlo me eché á temblar.

Vino á decir aquel mal hablado que Orozco no tiene mérito alguno. «Niego lo de la hipocresía, y afirmo que es hombre de buena fe y de cortísimos alcances. A mí me han asegurado que todas las noches, después que se retira la tertulia, Tomás se encierra en su cuarto y se está un par de horas de rodillas, rezando y dándose golpes con unas disciplinas.» Carcajada general. Al instante salí al encuentro de esta tontería, negándola en redondo, sin que me constara su falsedad; pues ¿qué sé yo lo que hace Orozco en la intimidad de su casa, después que nos retiramos los amigos? Alguien se puso de mi parte, y se trabó una disputa muy viva, sin traspasar los límites de la urbanidad. Como en estos casos cada uno goza

en rodar la bola de nieve para que aumente, allí saltó uno diciendo que mientras Tomás se pone las espaldas en carne viva, su mujer llora de soledad y desconsuelo. Otro soltó la papa de que en el matrimonio hay grandes peloterías, porque él quiere que su mujer no abra sus salones á nadie, ni dé comidas, ni reciba, ni se vista con elegancia. Sobre este tema trazó el de más allá un cuadro terrorífico de celos y zaragatas domésticas. En fin, que de absurdo en absurdo, se llegó á la conclusión de que no se sabe nada, y que tales cosas se dicen simplemente por dar gusto á la sin hueso. ¿Qué sería de los casinos si no hubiese en ellos timba y murmuración? Los más locuaces reconocían que si algo extraño ocurre en la intimidad conyugal, no puede saberse, pues ninguno de los consortes ha de ir con el cuento. Yo lo negué todo en absoluto; hubo quien me dió la razón, y los señores pasaron á otro asunto: le sacaron á la de San Salomó todito el pellejo, como á San Bartolomé, y luego fueron picando aquí y allí, hasta que llegó la hora del desfile.

En rigor de verdad, no daba yo crédito á las tontunas que oí; pero te confieso que salí de allí mal impresionado y caviloso. Mas no era sólo pena lo que yo sentía, no. Te abro mi conciencia para mostrarte cuanto hay en ella. El ver rebajada y escarnecida la figura de Orozco, me daba cierto gusto perverso. Su reputación y respetabilidad me estorbaban, como al ladrón que se propone robar la custodia le esterba la Forma consagrada que en el centro de ella resplandece. Yo no iba contra la forma, sino contra el oro y las piedras. Me alegraba, pues, de que alguien me qui-

tara el miedo á la hostia, haciéndome creer que no era Dios ni cosa que lo valiera.

Pues aún hay más. Estas cosas no vienen nunca aisladas. Algunas noches, á última hora, me paso por la Peña de los Ingenieros, cfrculo modestísimo y muy agradable, instalado en un principal de la calle de Cedaceros. Allí tengo porción de amigos que también lo son tuyos: los muchachos de Minas, con quienes viví en Orbajosa, y otros de Caminos, gente toda de muy buen trato. Esta tertulia procede de un rincón del Suizo, donde hace años estuvo, y habiendo crecido considerablemente, hubo de acomodarse en local propio. Allí no hay lujo, ni timba, ni billares, ni más juego que el tresillo, periódicos y política, mucha política. Como es natural, de vez en cuando cae un asunto privado, sabroso y vivito, y ya puedes figurarte con qué gusto se ceban en él. Pues anoche, no bien desvanecido aún de mi mente lo que oí en el Casino, conversaba yo con dos ingenieros sobre el ferrocarril de Albarracín, y oí que en un corrillo próximo nombraron á Augusta. Puse atención, y anda, morena, lo que yo me temía... Estaba discutiendo si era honrada ó no era honrada. La mayoría, más por escepticismo que por otra razón, se inclinaba á la negativa. Acerqueme, echando mi parecer en medio del grupo, y recomendando la prudencia en los juicios acerca de mujeres. En esto, un señor de bastante edad, para mí muy respetable, se dejó decir que votaba resueltamente con los acusadores, y que para hacerlo así tenía pruebas. Incitado á exponerlas, escapóse por la tangente, y tergiversó la cuestión, hablando de las mujeres en tesis

general, de lo aficionadas que son á practicar sus devociones en las iglesias de dos puertas, con otras muchas cosas divertidas y gacetillescas que no te transmito por no alargar demasiado esta carta. Aquello, como comprenderás, me supo á demonios, y no tuve calma hasta que no hallé manera de echar un parrafito aparte con el sujeto maldiciente; el cual, sin pararse en pelillos ni hacer misterio de sus informaciones, me dijo lo que casi á la letra te copio:

«Pues sí, amigo mío: la he visto dos ó tres noches, á primera hora, allá por mis barrios, salir de una casa que no diré sea mala; pero que no es de las que personas de tal calidad frecuentan honradamente. Su porte reservado, su manera de andar y de mirar buscando un simón, diéronme en la nariz tufillo de crimen. Soy perro viejo, y he adquirido con mi larga experiencia un olfato sutilísimo para rastrear ciertas madrigueras. Nosotros los muchachos no nos asustamos de nada, amigo Infante, y bueno es que usted se acostumbre á mirar con serenidad los fenómenos sociales más corrientes, perdiendo la pueril costumbre del *no puede ser*. Borre usted de sus libros esas tres palabras que son las más tontas y baldías que úsamos... es decir, yo no las uso nunca para nada de lo que es físicamente posible.» Contestéle que bien podrían ser inocentes las visitas de mi prima á la tal casa, y él me arguyó, sonriendo: «Hijo de mi alma, en aquella finca no hay ninguna modista, ni encajera, ni planchadora en fino. Y no es esto decir que viva allí gente mala. Conozco á los porteros, que son la pareja más callada del mundo... Pero le veo á us-

ted un tantico inquieto. No, no diré una palabra más que pueda lastimarle. Al contrario, torceré el curso que había dado á sus sospechas, diciéndole que quizás su prima haga esas visitas con fines de caridad. Pues mire usted: ahora caigo en que muy bien podrá ser así, y que yo me equivocara en el juicio que al principio formé... Algo inverosímil es que esas visitas de beneficencia se hagan en coche de plaza, teniéndolo propio; pero admitámoslo... ¿Por qué no hemos de admitirlo, resueltos como estamos á impedir que se manche infundadamente una reputación? Sobre todo, establezcamos la hipótesis del fin caritativo, y así descargaremos nuestra conciencia de la responsabilidad de un juicio temerario...» Las salvedades sarcásticas de aquel hombre me molestaban casi más que sus indicaciones acusadoras, y no insistí; pero sentía subir en mí la oleada de ira, y tuve miedo de ponerme en ridículo, saliendo á la defensa quijotesca de una mujer que no era mi esposa ni mi hermana. Contentéme con afirmar severamente que el móvil de aquellas visitas no podía ser malo, y el anciano, reconociéndolo así, me dijo cosas muy atinadas acerca de lo peligroso que es poner nuestra mano en el fuego por ningún hecho problemático; y lo hizo el muy pillo con tanta gracia, con tan paternal dulzura, y trasteándome tan gallardamente, que me desarmó, y concluí por notar en sus palabras un resplandor repentino que me permitía ver... Pero qué, ¿era acaso verdad?

Tan aturdido estaba al separarme de él, que no le pregunté qué barrios eran aquéllos, ni en qué calle había visto á mi prima. Me esfuerzo en

desvirtuar la revelación, pero no puedo conseguirlo. La importancia y gravedad del caso crecen más á mis ojos, cuando achicarlas quiero con recursos de esa lógica forense que sirve para defender pleitos, pero no para calmar las inquietudes y suspicacias de nuestro espíritu. No caso de pensar en esto, Equisillo. ¿Qué opinas tú? ¿Eres de la escuela de mi padrino Cisneros, y dices: «como si lo viera, como si lo viera?» ¿Te parece que se lo debo preguntar á ella misma, rogándole que me saque de esta cruel duda? ¡Ahl eso no: me lo negaría, si es verdad; y si no lo fuera, la ofendería gravemente. ¿Debo seguirle los pasos y acecharla, buscándole las vueltas? No, no me aconsejarás tú ese espionaje, indigno de un caballero... Consuélame, hombre; dime que todo ello es cavilación mía, malicia ó yerro del anciano delator. Dime eso, bruto, que estás ahí mirándome como la estatua de la razón fría... Pero en vez de consolarme, me preguntas si la amo ó la desprecio, si este descubrimiento apaga los hornos de mi pasión ó los enciende más. ¿Qué ordena la lógica? La lógica, esa gran tarasca, entrometida, farfanta, ordenará lo que quiera; pero ello es que en cuanto han surgido las dudas, y desde que he borrado á esa mujer de la lista de los ángeles terrestres... mira tú lo que son las cosas... pareceme que estoy más chiflado por ella.

XVII

2. de Enero.

Arnica, venga árnica, querido Equis, porque descalabradora como ésta no la he recibido desde que tengo cráneo. Y gracias que, con la fuerza del golpe, no haya perdido el sentido y pueda contarte el terrible accidente, y describirte mi turbación, mi pena, mi despecho, mi rabia... Ya te veo muerto de risa, y diciendo que bien ganado me lo tengo por mi depravación, por mi inmoralidad, por mi... El demonio cargue contigo. Acepto la reprimenda. Somos, en efecto, unos bribonazos los hombres de este siglito, aunque, si examinamos la condenada historia, veremos que tan pillines como nosotros fueron nuestros padres y abuelos y tatarabuelos hasta el señor de Adán; y si es verdad lo del transformismo, añadiré que lo mismo que nosotros fueron el hombre-mono y la mujer-mona.

Para mujeres monas, ésta. ¡Y cuánto me ha hecho padecer la muy pícara, solapada, ingrata... Pero vamos por partes. ¿Te he contado que la noche de Navidad cenamos en casa de Orozco, Malibrán, Calderón, Villalonga, Viera, Cícero y yo?... Pues, mira, tampoco te lo cuento ahora, porque, si bien algunos detalles de aquella cena se enlazan con mi catástrofe, son largos de refe-

desvirtuar la revelación, pero no puedo conseguirlo. La importancia y gravedad del caso crecen más á mis ojos, cuando achicarlas quiero con recursos de esa lógica forense que sirve para defender pleitos, pero no para calmar las inquietudes y suspicacias de nuestro espíritu. No caso de pensar en esto, Equisillo. ¿Qué opinas tú? ¿Eres de la escuela de mi padrino Cisneros, y dices: «como si lo viera, como si lo viera?» ¿Te parece que se lo debo preguntar á ella misma, rogándole que me saque de esta cruel duda? ¡Ahl eso no: me lo negaría, si es verdad; y si no lo fuera, la ofendería gravemente. ¿Debo seguirle los pasos y acecharla, buscándole las vueltas? No, no me aconsejarás tú ese espionaje, indigno de un caballero... Consuélame, hombre; dime que todo ello es cavilación mía, malicia ó yerro del anciano delator. Dime eso, bruto, que estás ahí mirándome como la estatua de la razón fría... Pero en vez de consolarme, me preguntas si la amo ó la desprecio, si este descubrimiento apaga los hornos de mi pasión ó los enciende más. ¿Qué ordena la lógica? La lógica, esa gran tarasca, entrometida, farfanta, ordenará lo que quiera; pero ello es que en cuanto han surgido las dudas, y desde que he borrado á esa mujer de la lista de los ángeles terrestres... mira tú lo que son las cosas... pareceme que estoy más chiflado por ella.

XVII

2. de Enero.

Arnica, venga árnica, querido Equis, porque descalabradora como ésta no la he recibido desde que tengo cráneo. Y gracias que, con la fuerza del golpe, no haya perdido el sentido y pueda contarte el terrible accidente, y describirte mi turbación, mi pena, mi despecho, mi rabia... Ya te veo muerto de risa, y diciendo que bien ganado me lo tengo por mi depravación, por mi inmoralidad, por mi... El demonio cargue contigo. Acepto la reprimenda. Somos, en efecto, unos bribonazos los hombres de este siglito, aunque, si examinamos la condenada historia, veremos que tan pillines como nosotros fueron nuestros padres y abuelos y tatarabuelos hasta el señor de Adán; y si es verdad lo del transformismo, añadiré que lo mismo que nosotros fueron el hombre-mono y la mujer-mona.

Para mujeres monas, ésta. ¡Y cuánto me ha hecho padecer la muy pícara, solapada, ingratal... Pero vamos por partes. ¿Te he contado que la noche de Navidad cenamos en casa de Orozco, Malibrán, Calderón, Villalonga, Viera, Cícero y yo?... Pues, mira, tampoco te lo cuento ahora, porque, si bien algunos detalles de aquella cena se enlazan con mi catástrofe, son largos de refe-

rir, y no está su importancia en relación con el gran espacio que ocuparían. Voy á lo principal. Me declaré ayer 1.º de Enero; yo creí que inauguraba un año de delicias, y me salió... mejor dicho, salté con las manos en la cabeza. Verás... Nos hallábamos solos en su casa, en la situación más propicia del mundo. No pienses que me fuí del seguro ni que hice ó dije cosa alguna de esas que le dejan á uno en ridículo en caso de negativa. Tomé toda clase de precauciones contra las demasías del sentimentalismo; me previne contra la brutalidad, sin quitar al arma del atrevimiento el importante papel que en tales batallas le corresponde; estuve patético y atrevidillo, ¡oh, Equis de mis entrañas! caballeresco y atolondrado, todo en la medida racional y justa... Y, sin embargo, me rechazó en toda la línea, y tuve que capitular ignominiosamente. Te confío sin ningún recelo el desastre, y reclamo que me echés para acá toda la compasión de que sea capaz tu grande alma, porque... Mira que tu amigo tiene en el casco un boquete por donde se le ven los sesos... Esto se llama caerse en toda regla. Hijo de mi alma, nada me valió lo bien preparadito que yo llevaba el plan de ataque, ni lo bien que se me conocía en la cara la pasión... Todavía, cuando me acuerdo de aquella firmeza, de aquella seca austeridad de mi primita, me tiemblan las carnes. Nunca me he visto en otra. Allí fué el lamentarse de haber prestado atención á mis galanterías, creyéndolas inocentes y de pura fórmula, tal como las autorizan el mundo y la moral tolerante de nuestros días; allí fué el expresar su equivocación con respecto á mí; allí el acusarme

de injuriarla gravemente á ella y á su esposo, que me colma de atenciones y agasajos; y no te digo más. ¡Ah! no invocó los llamados eternos principios; pero, aunque no los invocó, procedía con arreglo á esos grandísimos hi de tal...

En resolución, que me dejó pegado á la pared, y, lo que es peor, sin esperanzas de obtener más tarde el éxito que ahora no he podido alcanzar. Aquí me tienes, pues, atajándome con una mano la sangre que me chorrea de la frente, y oprimiéndome el corazón con la otra... porque, te lo diré todo para que te rías más... después del estacazo, y al volver del mareo que produjo en mí, encontré más vivos y punzantes mis deseos de poseerla y de ser su amante. Su belleza, su talento, su boca grandecita, que es la fuente de donde brota todo el caudal de la gracia humana; sus ojos persuasivos, que te miran penetrantes, ora lanzándose hacia tí, ora recogándose en no sé qué misteriosa desconfianza; su talle flexible, su vestir elegante, parecenme ahora con mayores hechizos. ¡Y si vieras con qué gracia me curó ella misma la tremenda herida, ponderándome las dulzuras de la amistad respetuosa! Esto tiene chiste. ¡Qué remedio queda más que conformarse y apechugar con los arrastrados principios! Pero nuestra infame naturaleza se rebela contra ellos siempre que no se prestan á satisfacer sus caprichos, de lo que yo deduzco, en conformidad con los Santos Padres (muy señores míos), que somos los humanos una raza indecente, y que nos estuvo bien merecido que nos echaran á cajas destempladas del Paraíso, entregándonos al muy cochino de Satanás, para que nos tentara y per-

diera, y nos arrastrara á los profundos infiernos.

Y ahora surge de nuevo la gran duda. ¿Es honrada ó no lo es? Ríete de mi impresionabilidad todo lo que quieras; pero escucha lo que estoy pensando. Otra vez se representa á mis ojos con los caracteres de la más pura virtud, y cuanto sospeché de ella me parece indigno, y lo que oí contar, patraña maliciosa y absurda. Te cuento todos los fenómenos que se van sucediendo en mi alma, porque eres mi confesor y nada debo ocultarte. Permíteme que analice un poco. ¿Consistirá esto en que ahora, por causa del desaire, estoy verdaderamente enamorado, y no veo en el sér que me fascina más que perfecciones? Antes quizás no la amaba de veras; empujéme hacia ella un antojo, una voluntariedad de joven del siglo, que por rutina ó moda no quiere ser menos depravado que los contemporáneos de su clase. Era aquello como un ensayo de vivir, ajustado al canon vigente. Pero ahora... ahora... Me parece que estás reventando de risa, y no quiero seguir.

Bueno, pues aunque te rías: aquí tienes á tu amigo hecho un ojeroso romántico, idealizando el objeto de su pasión, y remontándose, con ella en brazos, á los espacios infinitos; viéndola reflejada en sí mismo, con todos los atributos de sobrenatural hermosura, y adornada de las cualidades más excelsas. No te oculto que hago inútiles esfuerzos por volver á la realidad. Se me ha plantado en el magín la idea de que es la pureza misma; y recordando que la borré inconsideradamente de la plantilla de serafines terrestres, me apresuro á volver á inscribirla en ella con letras

muy gordas: *¡Es un ángel! Sí, veo desde aquí tu sonrisilla escéptica; pero no me importa. Lo que sí te diré es que precisamente su celestial jerarquía es lo que más me estimula á solicitarla. Y como no siento ninguna vocación de volverme yo también ángel, mi maldad aspira á sentar plaza en las filas satánicas, y acosar nuevamente á la querubina con mis pretensiones, hasta causarla, rendirla, vencerla y hacerla mi dama. Nada halaga tan vivamente los instintos humanos como traerse un ángel del cielo á la tierra, lo que equivale á robar la esencia celeste. Todos somos algo Prometeos, amigo Equis, ó intentamos serlo. ¿Comprendes lo que te digo? Por lo mismo que mi adorada prima se me ha puesto en un pedestal de virtud, quiero arrancarla de él, perderla y perderme, bajándonos ambos muy abrazaditos á las cavidades de ese infierno donde los amantes de verdad, digase lo que se quiera, han de pasarlo muy bien, quemándose por dentro y por fuera.*

En fin, que estoy exaltado y tú principias á inquietarte por esta enfermedad mía. Tranquilízate, hombre, y óyeme otra cosa. La política es un bálsamo para los ligeros disturbios del espíritu. ¿Lo será también para trastornos graves? No sé; lo probaremos: he de buscar en la política el desgaste de esta superabundancia de vitalidad espiritual. Desde mañana me planto en los escafios rojos, y hablaré sobre lo primero que salte, revolviendo á Roma con Santiago, y me pondré frente al Gobierno, frente á las instituciones, y... boca abajo todo el mundo: me propongo minar los cimientos sociales, como se dice en lenguaje

ministerial. Es que estoy furioso; necesito vengarme. ¿De quién? de los *grandes principios*... que mala sarna se los coma... Verás, verás qué camorras voy á armar allí todos los días. Llegará pronto hasta tí mi fama de anarquista, demolidor y petrolero. La piqueta, la famosa piqueta y la tea incendiaria son los chismes que he de usar... Por cierto que hoy almorcé con Cisneros, y aunque no le hacía gran caso por tener todo mi pensamiento concentrado en mi amarga cuita, me mostré conforme con cuantas atrocidades echó de aquella donosísima boca. Es el tío de más talento que hay en España. Hemos convenido en transformar la sociedad y ponerlo todo patas arriba. Vengan otras leyes, otra forma de la propiedad, otra moral, otra religión, otras costumbres, otra raza, otra manera de vestir, aunque sea en cueros, otra lengua, y venga, por fin, otro planeta, que éste ya no nos sirve.

Vas á creer que firmo ésta en Leganés; pero no: la firmo y fecho en mi cuarto del Hotel de Roma, á las cuatro de la madrugada, después de pasar una noche de perros, y decidido á no acostarme porque sé que no he de dormir. No se aparta de mí la hermosa imagen austera, con toda la gracia divina y humana, coronada de aquella honradez que admiro y anhelo hacer añicos. Mírola como una santa de altar, no vestida de severos paños, sino con los atavíos elegantes de la última moda. Es un ángel que se ha entregado á las modistas. ¡Oh, qué virtud tan tentadora! No poderla tronchar en un abrazo, no poder estrujarla como se estruja una flor... Si no

me modero, amigo mío, voy á salir por esas calles tirando piedras.

No te enamores, Equis, no te enamores; dedícate en esa tierra, con malos fines, á las Galateas de refajo amarillo. Y si alguna te sale con que debajo de todas aquellas bayetas está la honestidad, renuncia á las vanidades del mundo y métele cura.

XVIII

6 de Enero.

Bueno, hombre, bueno: variaré la tocata. Creo, como tú, que eso me tranquilizará. Esta tarde fui á ver á Federico. Tuve intenciones de confiarle mi pena; pero luego me rehice de esta debilidad, y mutis. Por cierto que observé allí cosas que me hicieron gracia. Cuando entré, á eso de las dos, nuestro amigo acababa de despertarse y había pedido el almuerzo. Para funcionar con más desembarazo, Claudia, después de dar la teta al nene, le colocó bien abrigado en el lecho de Federico. Este apartó las sábanas y me dijo: «Mira lo que tengo aquí.» Mucho nos reímos los dos, y más aún cuando despertó el chicleo y se puso Viera á jugar con él, haciéndole cosquillas, y dejándose tirar de la barba por las manos delicadas del tierno infante. Pero habías de ver aquello cuando pusieron la mesa sin patas sobre la cama, y empezaron Claudia y Clotilde á servir el

almuerzo. Lo mismo fué olerlo, que entraron de rondón cuatro canarios de alcoba, hijos de Claudia, el mayor como de seis años, la más pequeña como de dos, y piando y gorjeando se enracimaron en los bordes del lecho. Uno daba un brinco hasta plantarse en las almohadas, tocando con sus patitas la cabeza de Federico; otro se encaramaba por los pies. Su madre les refusa, llamándoles insolentes y granujas; pero no se los llevaba. Federico, de todo lo que iba comiendo, les repartía por turno, con el tenedor, diciéndoles: «Ahora tú... No más... Formalidad, y todos probarán.» El de teta, que estaba entre las sábanas, con aquella algazara empezó á berrear, y Clotilde tuvo que cogerle en brazos. Tan fuertes chillidos dió el angelito, rojo y apoplético, los puños cerrados, soltando gruesos lagrimones, que fué menester llevarsele fuera. Sus hermanos eran más amables. Federico tuvo que andar con ellos á trastazo limpio; pero no se dieron por ofendidos. Al fin del almuerzo, la cama estaba como si hubiera pasado por encima de ella un regimiento de caballería. No pudo evitar Viera que cogieran los libros que allí tenía, ni que el mayor los examinara deletreando el título, ni que la pequeña les arrancara algunas hojas como quien no hace nada. Claudia se los llevó con no poco trabajo, y volvieron á entrar, y costó un triunfo echarles de nuevo. Toda la tarde estuvimos oyendo el rumor de su batahola en la cocina. A mis observaciones sobre la paciencia con que tolera molestias fáciles de evitar, contestóme Federico con el *qué más da*, que usa siempre para disculparse de su abandono.

Noto en él una indiferencia parecida á la resignación. Su melancolía envuelve cierta pereza intelectual, como si acobardado ante su mala suerte, sintiéndose incapaz de luchar con ella, se le entregara sin quejarse. La conversación que acerca de esto sostuvimos mientras se vestía, llevónos á tratar de su hermana, que me ha inspirado tanta lástima desde que la ví. Arriesguéme á censurar, con el tacto necesario para no lastimarle, el abandono en que la tiene. ¿Por qué no la presenta en sociedad? ¿Por qué no la inclina al trato de sus iguales, librándola del roce de personas sin educación, ennobleciendo su vida, y tratando de proporcionarle un buen partido? A esto me contestó, con fría amargura, que tales habían sido sus propósitos; pero que ha renunciado á ellos por la resistencia que su propia hermana le opondría. La ruina de la familia cogió á Clotilde en la transición de niña á mujer. Vinieron terribles días de penuria, y la pobre joven, criada en colegios de lujo, se vió privada hasta de lo indispensable, sin poder reunirse con sus amigas más queridas. De aquellos días data su encogimiento huraño y su gusto de la insignificancia y obscuridad. No tardó mucho en acomodarse al aburrimiento que le prescribía su desgracia, consagrándose á cuidar de su hermano; y aunque éste hizo esfuerzos increíbles por ponerla, al menos aparentemente, en otras condiciones de vida, cada día encontraba en ella resistencias mayores. Poco á poco la pobre niña se iba encariñando con las criadas en cuya compañía estaba constantemente; llegó á perder toda afición á vestir bien, y sus gustos delicados se

fueron embasteciendo hasta parar en el desaliño. El *qué más da* de su hermano la contagió como una diátesis de familia; no supo sostener el esmero de la persona, refinado y minucioso, que aquel conserva en medio de su indolencia. Se habituó á los modales descompuestos y al inculto lenguaje de aquellas tarascas, y ha concluido por comer con ellas, cuidar los chicos de Claudia, y no hallarse bien sino en tal compañía. Estas familiaridades con gente baja han influido en su carácter de tal modo, que apenas tiene ya la conciencia de su mérito personal. Es algo salvaje: cuando yo voy allí, huye como una cierva, evita mi conversación todo lo que puede, y si forzosa-mente tiene que hablarme, la noto cohibida y como temerosa de no expresarse bien. ¡Pobre niña! Te aseguro que me inspira compasión. Su mirada inteligente y tímida es de esas que no se olvidan.

A mis indicaciones sobre esto, contestó Federico así: «Hoy por hoy, apartarla forzosamente de estas mujeres, sería una crueldad, porque les tiene inmenso cariño. Ciertamente que ha perdido sus modales; cierto que sus gustos se han hecho toscos, y que su persona se ha rebajado; ¿pero yo qué puedo hacer? Soy pobre. No puedo luchar con mi infame destino. Adelante, y hasta el fin, si esto tiene algún fin.»

Hícele notar que su hermana está en la edad en que por donde menos se piensa salta el amor, y bien valía la pena de mirar con interés asunto tan delicado. Encogióse de hombros, y me dijo que ni aun sospechaba que Clotilde tuviese novio ó pretendiente. No insistí sobre este particu-

lar, por no aparecer más papista que el Papa; y ya que de amores hablábamos, no sé por qué sentí nuevamente deseos de confiar á Federico los míos, ó mejor dicho, mis frustradas esperanzas. Pero también supe contener aquella segunda tentación de espontaneidad.

Pude observar aquel día que la casa de este hombre infeliz es un jubileo mareante. Razón tiene en decir que el sonido de la campanilla le produce un estado nervioso y cardíaco que ya constituye verdadera enfermedad. Los acreedores y pedigüños se suceden sin interrupción, y una de las mayores dificultades del gobierno de aquella casa es lo que llamaríamos *el servicio de puerta*. Clotilde se ha hecho á este innoble servicio, y lo desempeña hábilmente, con todo el manejo de mentiras diplomáticas que el caso exige. A unos les engaña, á otros les manda volver la semana próxima, á los más les engatusa con bonitas promesas. Hay usureros de fuste, que pasan siempre y se entienden con Federico, el cual les recibe de mal talante, con cariz avinagrado y duro. «A estos tipos—me dijo un día,—hay que tratarlos á la baqueta, y no tenerles consideración alguna. Es la manera de que nos sirvan bien. Al que se hace de mieles, se le comen vivo.» En cuanto á sablazos, no he visto debilidad como la de nuestro amigo para dejárselos pegar. Allí van llorones que le encajan mil embustes, y como le cojan con dinero, le dan el timo. Yo le recomendé que mirase mucho á quién socorría, y me respondió: «¿Qué más da? Estos infelices también han de vivir. Cada uno se las arregla como puede.» Y los condenados se dan tal maña, que has-

ta parecen adivinar cuándo tiene cuartos, para caerle encima como las moscas. Dice que el único placer de la vida consiste en dar. La cara que ponen los pedigüños, el brillo de sus ojos cuando sacan tajada, vienen á ser como una visión de alegría, un rayo celeste á que no puede renunciar quien vive entre negruras, sin ver más que esas caras muertas, esas máscaras de la sociedad culta, que nunca reflejan los grandes goces del alma.

¿Qué te va pareciendo esto? ¿Qué piensas del pobre Viera? Hay que reconocer que si algunas de sus facultades duermen, si su conciencia se amodorra, tiene siempre bien despierto el punto de dignidad y de amor propio, y con esta especie de virtud disimula en sociedad los desastres de su vida íntima. Te repito que he intentado ayudarle á salir de apuros, y que me tapa todas las brechas que trato de abrir en su susceptibilidad, para introducir con delicado contrabando mi socorro. Otros amigos que pretendieron lo mismo no han logrado rendir su orgullo. ¡Qué mal efecto me hace verle de noche en casa de Orozco, de la San Salomó ó de Trujillo, y recordar, mientras le veo y le oigo, las tristezas de su modo de vivir, y los cuadros lastimosos que he visto en su casa! Los muchos amigos y amigas que tiene en sociedad, aunque algo saben de sus ahogos pecuniarios, ignoran lo que yo sé y he visto. Algunos ¡ay! le admiran. Hay quien le envidia. Es Federico de estos hombres que se hacen querer en cuanto se les trata un poco. Su perfecta educación (en lo tocante á modales y á la vida externa); aquel aire de modestia, no in-

compatible ciertamente con su orgullo, y que más bien lo templa, lo ennoblece, convirtiéndolo de defecto en cualidad; su gracia melancólica en la conversación; aquel mismo abandono moral, tan semejante al cansancio, cautivan y desarmán, disponiéndonos á la indulgencia. Físicamente, algo tengo también que decirte. Su cara, que es un prodigio de expresión y movilidad, comienza á desmejorarse. Me parece bastante anémico, y envejecerá pronto. Ya se le ven algunos hilos de plata en la barba negra y en las sienes, y su mal color revela la insana costumbre de hacer de la noche día. Asegura que vivirá poco, y creo que no se equivoca.

Y ahora se me ocurre hablarte de la Peri. Dirás tú: «¿Y quién es la Peri? ¿Y por qué eslabona este tonto el nombre de Federico con el de esa que no sé si es mujer, ó gata, ó yegua?» No te hagas el virtuosito y el morigeradito, diciendo que no conoces á la Peri, y que á tí no te hablen de ninguna moza *de éstas que llaman del partido*. ¡Hipócrita, me quieres hacer creer que con esa capita de seminarista ó de filósofo motilón, no te haces el perdidizo alguna vez en las enramadas del jardín de Venus! Pero, en fin, te concedo, si tu gazmoñería se empeña en ello, que no ha llegado á tu noticia el excelso nombre de la Peri. Los sabios suelen estar muy atrasados de noticias, y de fijo tú sabes más de Semframis ó de Aspasia que de esta contemporánea nuestra. Voy á sacarte de dudas y á enriquecer tu erudición en lo tocante á *heroínas* modernas. La Peri... esto de la Peri yo no sé de dónde diablos viene. Puede que algún rancio etimologista te lo pueda

explicar. Yo lo que sé es que se llama Leonor, y que el origen del apodo se encontraría en el misterioso lexicon de la gente del bronce. También sé, sin necesidad de recurrir á las bibliotecas, que Leonor es monísima, elegante, depravada y con muy buena sombra para hacer olvidar su relajación; mujer de excepcionales dotes para atontar á los hombres, y que, de nacer en Francia, habría sido una celebridad. Aquí no lo es sino en los círculos puramente madrileños y á media voz; pero su fama, sin llegar nunca á la difusión que dan las letras de molde, toca en los límites de la popularidad. Se ha comido á media docena de hijos de familia, y se ha merendado á dos ó tres viejos verdes. Es simpática, todo lo simpática que puede ser una serpiente de manchada piel, cabeza chata y diente venenoso. Y de rodillas ya ante el confesonario, me golpeo el pecho, y te digo que yo también me he dejado tentar de esta hermanita de Satanás; pero que, si enfermé de su ponzoña instantánea, la curación ha seguido prontamente á la picadura. Es que somos pura fragilidad los jóvenes de esta generación. Echame un sermoneito, hombre; échamelo, por amor de Dios.

Con decirte que somos jóvenes, y que no hay mayor tontería que llegar á la vejez sin probar cuanta manzana y cuanto melocotón y cuanta breva dan los frutales de la vida, me parece que te contesto bien y aun que te dejo callado. Pues bien: durante algunas noches hemos pasado los amigos y yo ratos muy agradables en casa de la Peri... No te asustes; no se trata aquí de pecados contra la honestidad. Ibamos simplemente á que nos echara las cartas. Te mueres de risa si

llegas á venir con nosotros, porque la verdad es... (váyanse al cuerno tus moralidades y todo el fastidioso empaque de tu filosofía) que tiene esa mujer la sal de Dios para echar las cartas, y que otra más serrana no ha nacido en el mundo. Lo gracioso es que se cree todas aquellas paparruchas gitanescas, como si fuesen el Evangelio. Y si vieras: parece que realmente le adivina á uno los pensamientos, y que, pitonisa de nuestra época de realidad, levanta el velo de lo porvenir y desmiente las leyes de la razón. Me gustaría verte allí, tronando severamente contra la cábala, y rindiéndote á las carantoñas de la linda bruja, como cualquier hijo de vecino.

Pero tú dices: «¿qué tiene que ver esa diablera con mi amigo Federico?» Voy allá, hombre; voy allá, y no seas tan vivo de genio. Pues, si se han de creer las apariencias, hoy no son amantes; pero lo fueron cuando la Peri sentó plaza. En el actual momento histórico se tratan con familiar y honesta amistad, aunque ella tenga sus enredos más ó menos transitorios con personas que la mantienen. Esto he oído, esto te cuento. Dícese, y podrá ser verdad, que Federico la socorre á ella en los casos de penuria; dícese también, y esto lo pongo en duda, que Leonor le echa á su amigo un cable cuando le ve con el agua al cuello. ¿Lo crees? ¿Te parece verosímil que hombre tan delicado y susceptible, rebelde al auxilio de sus amigos, acepte los de una mujer de tal clase? Yo rechazo la versión maligna, que me parece forjada por la envidia ó el pesimismo de esta sociedad. Pero te diré una cosa, para tu gobierno. Federico, al menos conmigo, no hace misterio de

su amistad honrada con esa buena pieza. Ayer hablamos de ella en la calle, yendo á casa de Orozco, donde comimos, y me dijo lo que á la letra copio para que vayas atando cabos: «Te aseguro que esa pobre Leonor es una buena mujer, y que no conozco un corazón más noble que el suyo.»

Y basta de Fritz. Ya ves cómo te he complacido, escribiéndote una carta absolutamente limpia de toda murria *wertheriana*. He tenido que violentarme y poner diques y compuertas al flujo de mis cuitas amorosas. Dí ahora que no sé guardar las debidas consideraciones á mis amigos, ahorrándoles las náuseas de una toma fuerte de sentimentalismo. Pero alguna vez me ha de tocar hablar de lo mío. Prepárate para la próxima.

XIX

8 de Enero.

¿Pero es broma ó qué es? Dices que vas á dar mis cartas para el folletín de *El Impulsor Orabajosense*, jarrel ilustrado periódico de esa localidad, órgano de los intereses materiales y morales, etc. ¿Sabes que tendría gracia? Pero aun variando los nombres, la broma sería tan pesada, que no habría más remedio que retarte en duelo á tí, y poner las peras á cuarto al cojo ese que dirige el papel, y que me tiene tan mala volun-

tad desde que le quité la Administración de Loterías para dársela al marido del ama que me crió á sus castos pechos. Basta de guasas, Equisín; no me irrites, no me cosquillees con tus chirigotas maleantes; mira que estoy echando chispas, y si llego á estallar... ¡Dios mío, cómo me he puestol Si me pica una pulga, creo que me ha mordido un perro rabioso; si tengo que cerrar una puerta, doy con ella tan fuerte golpe que se estremece todo el Hotel; si la pluma con que te escribo saca un pelo, ¡zas! la estrello contra la mesa; si tengo que llamar, echo abajo la campanilla y se me euredan en el cuello cuatro varas de alambre; en fin, estoy hecho una fiera. Me muerdo á mí mismo, y por no poderme soportar, me mando á paseo, dándome de puntapiés.

Y lo que me pasa no es para menos. Tú, con esa flema que Dios te ha dado, estarías tan fresco. No truenes contra mi repentismo: cada uno es cada uno. Mis afectos propenden á la amplificación, y cuando gozo ó padezco parece que en toda la anchura del mundo no caben mi placer ó mi martirio. No me enfado nunca á medias. Si riño con un amigo, despídome de él para siempre. Siéntome niño en mis dolores y en mis alegrías. La ligera ofensa se me hace mortal agravio. Tengo miedo á enamorarme, porque faltame asiento en la voluntad, y voy como buque sin lastre en un mar agitado: á cada tumbo me parece que veo el abismo abierto á mis pies. ¡Por qué no nacería yo en tiempo de los frailes para meterme á motilón y vivir en dulce uniformidad, sin pasiones, sin estímulos, hecho un honesto marmolillo y un mano inconscientel

su amistad honrada con esa buena pieza. Ayer hablamos de ella en la calle, yendo á casa de Orozco, donde comimos, y me dijo lo que á la letra copio para que vayas atando cabos: «Te aseguro que esa pobre Leonor es una buena mujer, y que no conozco un corazón más noble que el suyo.»

Y basta de Fritz. Ya ves cómo te he complacido, escribiéndote una carta absolutamente limpia de toda murria *wertheriana*. He tenido que violentarme y poner diques y compuertas al flujo de mis cuitas amorosas. Dí ahora que no sé guardar las debidas consideraciones á mis amigos, ahorrándoles las náuseas de una toma fuerte de sentimentalismo. Pero alguna vez me ha de tocar hablar de lo mío. Prepárate para la próxima.

XIX

8 de Enero.

¿Pero es broma ó qué es? Dices que vas á dar mis cartas para el folletín de *El Impulsor Orba-josense*, jarrel ilustrado periódico de esa localidad, órgano de los intereses materiales y morales, etc. ¿Sabes que tendría gracia? Pero aun variando los nombres, la broma sería tan pesada, que no habría más remedio que retarte en duelo á tí, y poner las peras á cuarto al cojo ese que dirige el papel, y que me tiene tan mala volun-

tad desde que le quité la Administración de Loterías para dársela al marido del ama que me crió á sus castos pechos. Basta de guasas, Equisín; no me irrites, no me cosquillees con tus chirigotas maleantes; mira que estoy echando chispas, y si llego á estallar... ¡Dios mío, cómo me he puestol Si me pica una pulga, creo que me ha mordido un perro rabioso; si tengo que cerrar una puerta, doy con ella tan fuerte golpe que se estremece todo el Hotel; si la pluma con que te escribo saca un pelo, ¡zas! la estrello contra la mesa; si tengo que llamar, echo abajo la campanilla y se me euredan en el cuello cuatro varas de alambre; en fin, estoy hecho una fiera. Me muerdo á mí mismo, y por no poderme soportar, me mando á paseo, dándome de puntapiés.

Y lo que me pasa no es para menos. Tú, con esa flema que Dios te ha dado, estarías tan fresco. No truenes contra mi repentismo: cada uno es cada uno. Mis afectos propenden á la amplificación, y cuando gozo ó padezco parece que en toda la anchura del mundo no caben mi placer ó mi martirio. No me enfado nunca á medias. Si riño con un amigo, despídome de él para siempre. Siéntome niño en mis dolores y en mis alegrías. La ligera ofensa se me hace mortal agravio. Tengo miedo á enamorarme, porque faltame asiento en la voluntad, y voy como buque sin lastre en un mar agitado: á cada tumbo me parece que veo el abismo abierto á mis pies. ¡Por qué no nacería yo en tiempo de los frailes para meterme á motilón y vivir en dulce uniformidad, sin pasiones, sin estímulos, hecho un honesto marmolillo y un mano inconscientel

Como esto siga así, ya puedes encomendarme á Dios. Esa cruel nereida, perdona el clasicismo, va á acabar con tu infeliz amigo. Sigue en sus severidades, echando cada día sobre lo que llama mi capricho, jarros y más jarros de agua *frapée*, moral pura de la más cargante y trasnochada, de la de catecismo con preguntas y respuestas. A veces creo que me ha tomado a mí por cabeza de turco, para ensayar la fuerza y empuje de su virtud, y hacer gala de ella ante el mundo. Estas virtuosas me fastidian. Paréceme que no son virtuosas por la satisfacción de serlo, sino por ganarse un premio en el *Derby* de la honestidad.

La resistencia ha redoblado mis anhelos hasta un punto de que no tienes idea. Muéstrome exaltado, y nada: calabazas más gordas que la primera vez. Hágome el desdefioso, y en seguida me conoce el juego: calabazas como la copa de un pino. Le ruego que me permita besarle una mano, ósculo de amistad, puro como la caricia de un niño, y me despide con una displicencia que anonada. Cuando trata en solfa mis pretensiones, menos mal: lo llevo con paciencia. Pero cuando me pone el hociquillo de virtud, créelo, le pegaría... Despedido, me voy y vuelvo con cualquier pretexto, y entonces me presenta á la preciosa Estefanía, como un santero presenta la reliquia para que la adoren los beatos. Esta niña es hija de Calderón, y Augusta la tiene casi siempre en casa, y la mimó y agasaja como si fuera suya. La chiquilla es moufísima: marido y mujer se consuelan con ella de la pena de no tener sucesión. Pues, como te digo, me la pone delante, sentándola sobre sus rodillas, y con la crueldad más sa-

lerosa del mundo, dice: «Bésame á ésta, bésame-la todo lo que quieras.» Y yo me la como; la beso tanto, que la hago llorar. Adoro el santo; pero lo que á mí me gusta es la peana. ¡Ay, qué peana!

No tengo ganas de escribir más esta noche. Vete á los infiernos, tonto, majadero, á quien por vivir en Orbajosa debo llamar *harto de ajos*.

Sigo la que empecé. Hay novedades, amigo Equis, pero grandes novedades. Trátase de un caso extrañísimo, que por su calidad y trascendencia merece tu examen. Anoche tuve una revelación. ¿Crees tú en las revelaciones? ¿Crees tú que cuando dormimos, ó cuando nos hallamos en ese estado psicológico fronterizo entre el sueño y la vigilia, estado en que se confunden la estupidez y la perspicacia, puede venir un espíritu á ingerirnos en el cerebro una idea, ó á murmurar en nuestro oído palabras que son la cifra de un misterioso enigma? De fijo no lo crees. Yo tampoco lo creía, y ahora sí: creo en el Angel de la Guarda, ese bondadoso, invisible amigo que vela nuestra cuna cuando éramos nenés, y que, de hombres, nos visita alguna vez para resolvernos un grave problema de la vida, para señalarnos un sendero en la intrincada selva donde nuestra insegura voluntad se ha perdido. ¿No recibiste alguna vez ese soplo sobrenatural, revelación que por la claridad con que se te hace no puedes tener por obra de tu propio espíritu, sino por aviso de *alguien superior y externo*?

Pues verás: acostéme caviloso y con el cerebro lleno de nieblas. Dormí no sé cuánto tiempo sin soñar nada. Desperté de súbito, cual si me cla-

varan un agujón; desperté con una idea que había brotado en mi mente como el fulminante que estalla. La idea era ésta: «Augusta no es honrada; Augusta tiene un amante.» ¡Ay! lo sentí bajo mi cráneo, no como pensado, sino como sugerido, casi casi escuchado. Me aluciné hasta el punto de creer que alguien estaba allí, y de sentir el calor de una cara junto á la mía. Encendí la luz; temblando, revolví mis miradas por la alcoba. Excuso decirte que no había alma viviente. Llama á esto, si quieres, fenómeno cerebral; pero confíesame que la idea que produjo no es una idea mía, sino partícula del saber total, venida á mí por medios que no están á mi alcance. Hay que distinguir cuándo funciona nuestro cerebro *de por sí*, y cuándo engranado en la máquina inmensa del conocimiento universal. ¿Qué? ¿te parece esto una sutileza? No puedes juzgarlo, porque no has experimentado como yo el choque inenarrable del rayo celeste al horadar el hueso en que se encierra nuestra mente. La recepción de la verdad no puede confundirse nunca con la emisión de una idea propia. Desconoces el lúcido entusiasmo que el fenómeno produce, la fe tenaz que enciende en nuestra alma. Puedo asegurarte que desde aquel instante mi convencimiento fué tal, que la evidencia y la comprobación no lo habrían producido mayor. Ni me hacen falta testimonios para creer y sustentar lo que sustentó y creo á puño cerrado, como afirmamos nuestra propia existencia. Excuso decirte que no volví á pegar los ojos en toda la noche. Me la pasé recordando pormenores y trayéndolos á la corroboración del hecho, no porque éste, á juicio mío,

necesitase pruebas, sino por puro entretenimiento de la mente, que se recrea en la lógica como los ojos gozan en la claridad de un hermoso día. ¡Ay, Equisillo! ¡qué amarga satisfacción la de hallar la conformidad entre el hecho revelado y las menudencias que acudían á mi memoria, como testigos impacientes por declarar en un proceso! Cosas que antes me parecieron raras, paréceme ahora lo más natural del mundo.

Te conozco bien, y porque te conozco, recelo que mis psicologías no te resulten sensatas; pero no me importa. Crees que estoy febril cuando esto escribo, y no es verdad. Esta madrugada sí lo estuve, y también parte del día, y un buen rato de esta noche; pero me he serenado como por ensalmo, y escribo ahora con relativa frialdad. Te contaré todo lo que me ha pasado hoy, para que veas *cuánto se emprende en término de un día*.

Vamos despacio. Almorcé solo; esquivé antes y después del almuerzo ocuparme de asuntos del distrito. Estuvo aquí una Comisión, que ha venido de ese inmundo poblacho á gestionar la consabida rebaja de los consumos, y no quise recibirla pretextando enfermedad. No fui á Gobernación, á donde me llamaba un asunto de muchísimo interés... para los de Orbajosa. ¡Figúrate tú qué me importará á mí ni á nadie que sea nombrado don Juan Tafetán secretario del Juzgado municipal, en vez de serlo don Paco Cebollino, de la noble familia de los Licurgos! ¿Crees que la armonía del Cosmos se alterará porque la fuente de los Chorrillos corra ó deje de correr, ó porque la carretera de Valdegañanes pase ó deje de pasar

por la finca de don Cayetano Polentinos? En medio del desdén que estos problemas locales me inspiraban, ocurrióseme visitar á Cisneros. Tres días hacía que no pasaba por allí, y el buen señor no se conforma con estar tanto tiempo sin verme. Yo también echaba ya de menos el recreo de su charla, la saludable expansión que en su casa tiene siempre mi ánimo, con aquellas teorías tan chuscas y originales. Envuelto en su bata roja, mi padrino estaba aquel día entregado á la administración, y trabajaba con el escribiente, tirándole de las orejas á cada descuido, y encontrando siempre muy mal todo lo que el pobre muchacho hacía. Háblome de lo que goza ordenando sus cuentas; quejóse de las contribuciones; puso de vuelta y media al Gobierno porque no las reduce; díjome que pocos propietarios pagan al Fisco tan puntualmente como él, y que lo más sensible es que, pagando tanto, los servicios del Estado sean tan perros. De los municipales no hay que hablar. Duélese de que tributa enormemente por su propiedad urbana, y... «mira qué calles, qué gas tan malo, qué policía tan detestable. ¿Querrás creer que por no satisfacerme el servicio de seguridad, tengo yo un sereno mío que me custodia la finca? Si así no fuera, no podría dormir tranquilo en este barrio tan próximo á los del Sur, infestado de ladrones.»

Tú dirás que á qué viene esto. Creerás que es para señalarte la contradicción entre el proceder eminentemente conservador de don Carlos y sus ideas disolventes. No, no es eso: ya hemos convenido en que la palingenesia política de mi tío es pura fanfarria, un papel para recitarlo y hacerse

aplaudir en sociedad. Cuéntote estas cosas por otra razón. Verás á dónde fué á parar el ingenioso Cisneros. «El hombre más feliz — me dijo al fin, — y estoy por decir que el más sabio de España, es nuestro amigo Federico Viera, que no paga contribución y vive como un príncipe; que no tiene nada que administrar, ni hace jamás un número, y con sólo mirar una carta y ver lo que sale, ha sabido arreglarse su modo de vivir. No necesita tener ninguna clase de moralidad para que el mundo le aprecie y le mime, porque su talento, su buena figura, su educación, lo suplen todo. Come en las mesas de éste y el otro, que todavía le agradecen que acepte un puesto en ellas. Sus acreedores no se atreven á molestarle, porque saben que les saldría peor la cuenta. Va á todos los teatros sin comprar localidad; y para colmo de ventura, el ramo de mujeres no le cuesta un maravedí, porque siempre habrá, entre las de sus amigos, alguna que le ofrezca platito sabroso y gratis en el festín del amor. Es mucho hombre el amigo Viera. Yo se lo digo siempre: *Eres el ciudadano del siglo XXI, de ese siglo en que todo será común, hasta las mujeres.*»

Oí á mi padrino, y quedéme aturdido como quien recibe un fuerte golpe en la cabeza. ¡Otra revelación teníamos! Te reirás de mí todo lo que quieras; pero yo no me vuelvo atrás de lo dicho. Mensaje superior fué aquello, complemento del que recibí de madrugada, al despertar de un sueño profundo. Oírlo y creer, como creo en la luz, que el amigo Viera es... Ya habrás comprendido: me repugna tanto la idea, que hasta me resisto á escribirla. Sí, bien claro estaba. ¡Qué estupidez

no haberlo comprendido antes!... Pero así, por súbitas, inesperadas referencias, se nos revelan las verdades que se ocultan al conocimiento general. La casualidad, una voz, una cita, un nombre, son el rayo de luz que esclarece todos los misterios.

Tanta fué mi inquietud, que no supe ni encontrar un pretexto para despedirme bruscamente de mi padrino y echar á correr. No recuerdo bien lo que le dije, y salí como alma que lleva el diablo. Una resolución súbita me enardeció el ánimo, y había que ponerla en ejecución al instante. Tomé un coche y me planté en casa de Federico. Yo no sabía cómo decirselo; pero sí que se lo tenía que decir, y que si no se lo decía reventaba.

Encontréle en la cama, y le acometí sin preparación, diciéndole: «Federico, tengo que comunicarte una idea; tengo que hacerte una pregunta... Vengo á que me saques de cierta duda... No, no es duda, es evidencia: necesito que corrobore... que corrobore...» Mirábame con asombro y susto. Nunca me había visto descompuesto y agitado como hoy lo estaba. Su sorpresa le hizo enmudecer algún tiempo. Yo me expliqué mejor. Te referiré en dos palabras el diálogo aquél, que bien merecería lo escribieras tú, porque, francamente, fué dramático hasta no más. No anduve con rodeos para confiarle la pasión que me hacía infeliz y el fracaso de mis anhelos. El dudaba que la pasión fuese tan honda como dije, y en cuanto al fiasco, no vaciló en tenerlo por natural. Cuando le expresé mi convicción contraria á la honradez de Augusta, parecióme que se nu-

blaba su frente, que le ofendían mis palabras, y que se violentaba para no obligarme á una retractación. «Ceguedad tuya—me dijo,—monomanía, locura razonante.» Yo no podía probar lo que tan vivamente creía, y falto de argumentos fundados en hechos, tenía que emplear los de mi fe, incomunicable sin duda. Nuestro diálogo se acaloraba, y de improviso le apreté un brazo diciéndole con voz descompuesta: «Tú eres, tú eres...» Y no sé qué más dije, no sé qué sarta de palabras salió de mi boca; frases violentas, injuriosas quizás, inflamadas por la convicción. Pero no pude menos de sentirme cortado ante la frialdad con que Federico me oía. Observé su rostro perfectamente tranquilo, inmutable, y en sus ojos no brilló ni el más leve destello que delatara una conciencia intranquila. Soltando después una risa franca, no enteramente burlesca, más bien compasiva, díjome estas cariñosas palabras: «Es preciso que te pongas en cura, pero pronto, antes que el mal te coja toda la cabeza... Manolo, tú estás muy malo. Te aconsejo la rusticación. Vete á Orbajosa por una quincena, y sanarás. Eso no es pasión verdadera, es una crisis de voluntad contrariada, y una chafadura del amor propio, males ambos que en las grandes poblaciones son una verdadera epidemia. Unos días de campo te pondrán como nuevo.»

A pesar de su humorismo, y de la perfecta tranquilidad, superior á todo disimulo, que su semblante revelaba, insistí; y él entonces, poniéndose muy serio, me dijo: «Si una declaración íntima formal no te basta, no sé qué puedo hacer. Te juro que estás en un error. Y aunque los ju-

ramentos estén pasados de moda, me veo en el caso de jurar, por lo que valga. Te juro que no hay nada de lo que sospechas. ¿Lo crees? Bueno. ¿No lo crees? Allá tú.» Y después de otras cosas que no han persistido tan claramente en mi memoria, añadió esto: «Todo lo que hay en aquella casa es sagrado para mí.»

Y ahora, Equis mío, no te alborotes si te digo que Viera me convenció. Toda esta tarde, mientras estuve en su compañía, viéndole lavarse y vestirse, mi espíritu no cesó un instante de machacar en la misma idea, como herrero en la forja. La segunda revelación parecíame fallida; pero la primera, la del despertar, aquella no había quien me la quitase. Federico lo intentó con hábil dialéctica; pero nada pudo conseguir. Yo discurría así: «Lo que es éste no es; pero será otro, y ese otro, ¡vive Dios! yo lo he de encontrar.»

Salimos y paseamos juntos. Federico se permitió darme bromas sobre aquel caso; yo me sentí un tanto ridículo, fingíme aliviado del mal de amores, y aun me burlé un poco de mi desvarío, atribuyéndolo a mi carácter impresionable. No comimos juntos aquella noche. El se fué no sé á dónde, y yo al hotel de Cícero. Luego fui á casa de Orozco y me encontré á éste con un fuerte catarro, por lo cual su mujer no quería ir á la reunión de San Salomó; él la instaba para que fuese, y me suplicó que la acompañara. Por fin se decidió. Vistióse en un momento, y salimos. Al entrar en la berlina, yo no me encontraba muy satisfecho, porque, de no ser amante, el papel de *sigisbeo*, aunque en el mundo sea un papel envidiable, á mí no me agrada.

«Me ha contado papá que hoy estuviste en su casa—díjome Augusta cuando la berlina echó á andar,—y que parecías medio loco.»

La contestación en el próximo número. Ya no veo lo que escribo, de cansado que estoy. Buenas y santas.

XX

40 de Enero.

¿Qué tal? ¿Te resulta esto divertido, ó te parece extravagante, empalagoso, digno sólo de figurar en el folletín de *El Impulsor Orbajosense*? Vamos, me ha hecho reír tu idea de que podría publicarse, trocando los nombres por otros extranjeros, suponiendo la acción en Varsovia y anunciando á la cabeza que es traducción del francés... Cállate la boca, ó te estrello. ¡Publicar esto... vamos, ni aun con tales disfraces! Además, si como representación de hechos positivos pudiera tener algún interés para los conocedores de las personas que andan en el ajo, como obra de arte resultaría deslucido, por carecer de invención, de intriga y de todos los demás perendengues que las obras de entretenimiento requieren.

Quedamos en que nos metimos ella y yo en la berlina. Bueno. Nunca me había parecido tan guapa como aquella noche. Vestía... Aquí de mis apuros. Soy tan torpe para describir trajes

de señoras, que cuando lo intento digo los mayores disparates. No sólo ignoro los nombres de ésta y la otra prenda, y de las distintas formas de *toilette*, sino que confundo los nombres de las telas. Está visto que para revistero de salones no sirvo yo. Sólo te diré que estaba elegantísima, que llevaba abrigo de pieles, que el peinado... ¿Cómo lo diré si no doy pie con bola en estas quisicosas? Pues llevaba el pelo recogido hacia arriba formando un pico, y en éste una joya, algo que echaba chispas cuando mi ingrata movía la sin par cabeza. ¡Ah!... se me olvidó: el pelo ligeramente empolvado. Los guantes eran claros, de muchísimos botones; eso, eso, la mar de botones. Cuando entré, ya los llevaba puestos. Yo habría deseado que no, para ayudarle en la operación de abrochárselos. En el pecho una flor, rosa... no diré que amarilla; pero amarillenta, sí. Nada de escote, chico. Y en la fisonomía, ¡oh, desventura! en el resalado hociquito, nada que me alentara, nada que me significara una promesa. A lo que dije, contestóme severa, indiferente. Comprendí que mi juego era mostrarme tranquilamente resignado, y así lo hice, diciéndole poco más ó menos: «Descuida, que ya no te molesto más. Me he convencido de que es una insensatez pretenderte... Cuando se llega tarde, no hay más remedio que tener paciencia. Y mi sino es llegar siempre tarde. Otro más feliz que yo ha merecido lo que á mí se me niega...»

Creí notar inquietud en su mirada. Fué como un relámpago. Volvió la cara para mirar hacia fuera, y después de una enfadosa pausa me contestó así:

«Hay que dejarte. Estás insufrible de tonto, de loco y de no sé qué.»

El coche había recorrido la calle Ancha, y atravesaba Chamberí para bajar á la Castellana por las casas de Indo. Densa niebla luminosa y blanca se aplanaba sobre Madrid. No se veían las casas ni los árboles. Las luces de gas, desvaneciéndose en la claridad lechosa, formaban discos, en algunos puntos teñidos de un viso rosado, en otros de verde. Augusta y yo observamos aquel fenómeno, y alguna observación hicimos acerca de él; pero en realidad lo que decíamos era un pretexto para ocultar nuestra turbación. No era yo solo el intranquilo y preocupado; ella también lo estaba. Me miró y me dijo: «No creí yo que fueras tan mala persona.»

—Yo seré todo lo mala persona que quieras, Augusta; pero ello es que tú no te atreves á negar lo que he dicho, y aunque lo negaras, de nada te valdría, porque lo que sé de tí, lo sé, fíjate bien, como si lo hubiera visto.»

Observé en su boca y en sus ojos esa expresión particular de quien se esfuerza por tomar á risa lo que no es para reír. Mientras más contraía sus labios, más seriedad resultaba en aquel semblante.

«No me llames malo—le dije, estrechándole una mano, que no se atrevió á retirar de las mías, —ni temas que de mí pueda venirte ningún sinsabor. Si algo sé que tú quieres que ignore todo el mundo, hazte cuenta que soy como un muerto. No temas nada.»

¡Qué bien leí en su alma en aquel momento, aun sin verle la cara que hacia el cristal volvía!

Su voz resonaba con timbre extraño al decirme: «¡Qué tontería!... ¡Si no te hago caso!»

Y hasta me pareció que su mano temblaba. Al través del guante, no sé qué estremecimiento de la epidermis me revelaba que la señora de Orozco me había cogido miedo. Y su miedo me permitió lo que nunca me había permitido su confianza: besarle la mano. «Augusta, yo estoy loco por tí. Me has hecho desgraciado para toda la vida...»

Y ella seguía observando la neblina, en la cual los discos luminosos, formados por la llama al desleírse en la humedad, crecían ó menguaban al paso del coche.

«Augusta, yo soy y seré siempre el primero de tus amigos, fervoroso, leal, dispuesto á sacrificarlo todo por tí, á evitarte cualquier pena. No me conoces, si supones que de mí, de mi indiscreción, motivada por el despecho ó los celos, te puede sobrevenir algún mal.»

Volví á besarle el guante. El miedo empezaba á disiparse en su alma, ó á ser vencido por otro sentimiento. Retiró su mano, diciéndome: «Paciencia necesito para oírte.

—Paciencia necesitamos todos—le contesté.—Seamos indulgentes unos con otros. La tolerancia es la norma de la vida. No te asustes porque me veas poseedor de tu secreto.»

Vuelta á mirar para fuera. Otra vez me tenía miedo.

«Te digo que no te asustes; no temas al mejor de tus amigos, al que se dejaría matar antes que hacer nada que te perjudique.»

Quiso sobreponerse á la zozobra que la dominaba, y me amenazó con su abanico.

«Mira que te pego.

—Pega, pero escucha.

—Estás cargante.

—No estoy sino sumiso. Te obedezco; no tengo más voluntad que la tuya. Soy tu esclavo. Algo más te pudiera decir; pero hemos llegado, y se acabó la función...»

Al volver á mi casa, desde la de San Salomó, me he puesto á escribirte. Son las tres de la mañana. En mi mente hay un gran barullo. Nada ví ni observé en aquella reunión que me dé la luz que necesito. Toda la noche me he sentido desorientado, estúpido á veces, á ratos tan excesivamente sutil, que he imaginado los mayores absurdos. Mi suplicio consiste en una interrogación que me causa ardores semejantes á los de la sed: «¿Quién será?» Porque Federico no es. Me lo juró en un tono tal de sinceridad, que no es posible creer que representara una comedia. ¿Será Malibrán? ¿Tendré que admitir ahora la hipótesis que antes deseché? El diplomático es hombre que debe poseer en grado supino la aptitud de seducir. A la expresión delicada y soñadora de su rostro, corresponde lo agudo de un ingenio puramente florentino. Tiene, por su madre, sangre italiana; sabe fugir, adular, hacerse grato, componer su rostro. ¿Será Malibrán, Dios mío, y al arte de enamorar une el del disimulo con toda la perfección diplomática y maquiavélica?

Quando perdía terreno en mi ánimo la candidatura, digámoslo así, de Malibrán, lo ganaban otras. Hasta se me ocurrió si será Calderón de la Barca, el pegajoso amigo de la casa, el papá de

Estefanía. No: esto es inadmisibile. A Calderón le miran marido y mujer como un hermano... Sin embargo, podría ser... Al fin desecho á Calderón, y me fijo en otros: en un oficial de artillería, sobrino de las de Trujillo, muy buen muchacho; me fijo también en Villalonga... ¡Quial! Villalonga, gastado, lleno de canas... y tan poco apreciable moralmentel... Imposible, imposible. Busco otros; paso revista, analizo...

¡Qué problema, querido Equis! Pero yo digo que estos enigmas podrá no descifrarlos un investigador que se auxilia de la razón y la paciencia, pero un enamorado los descifra siempre. Yo lo haré sin que nadie me ayude, yo solo. Y no faltará, como en las sumarias de los crímenes, la feliz casualidad que, en un punto y hora, rasgue el velo de este endiablado tapujo.

Convengo contigo en que mi cabeza no está del todo buena. Lo confieso, hombre, si te empeñas en ello. Pero no me juzgues por lo que esta noche te escribo. Espera más noticias, y, sobre todo, espera la solución del acertijo, que no puede tardar. Abur.

XXI

13 de Enero.

Pues, señor, me levanto muy tarde; me entretengo en varios asuntillos después de almorzar; voy al Congreso. Animación en los pasillos, runrun de crisis, chismorreo largo, mucho secreto, mucho racimo de curiosos en torno á éste y el otro personaje, pechugones aquí y allí por si tú debías votar y no votaste. Oyense las frases iracundas de siempre, y aquello de *ni esto es partido, ni esto es Gobierno, ni esto es nada*. En el salón reina la paz de los sepulcros. Discútese el proyecto de ley de Enjuiciamiento criminal: soledad en los escaños; el orador, rodeado de tres ó cuatro amigos, trata de convencer á los bancos vacíos. En el de la Comisión hay dos que se marcharían también si pudieran. En la Mesa, el vicepresidente charlando con Villalonga; el conde de Monte Cármenes repantigado en el sillón de uno de los secretarios; los taquígrafos afligidos porque no oyen bien al orador; los maceros le dirigen una mirada compasiva. En la escalerilla de la Presidencia y cuando voy á que me den caramelos, me tropiezo con Villalonga, el cual me dice que Orozco estuvo muy mal la noche última. ¿Qué fué? ¿Cólico, ataque de asma...? No sabe.

Pero ello es que amaneció con fiebre muy alta. El médico se alarmó.

Corrí allá, y me encontré al enfermo muy mejorado; la gravedad no fué tanta como se había creído. Pero continuaba en cama. El pronóstico del médico, si no grave, era reservado; había que observar el recargo de la tarde. Pasé á la alcoba de Orozco, y le ví. Estaba tranquilo; á mi parecer (algo me entiendo de medicina), aquello no es más que un catarrillo gástrico. No veo motivo de alarma. Sin embargo, debo decirte que Augusta no tiene consuelo, por haber estado ausente de su casa la noche en que su marido se puso tan malo. Tengo por seguro que su pena es sincera. Entre paréntesis, me ha sido muy grato advertir en ella estos sentimientos; y si te añado que me gusta más así, que la quiero más, digo la pura verdad. Mi prima es de esas personas que se ponen á morir cuando tienen un enfermo en la familia; tiembla de todo, y es excesivamente escrupulosa en la administración de las medicinas. Hoy no se ha separado un momento del enfermo; le interroga á cada instante: «¿Te duele esto, te duele lo otro? ¿Tienes sed? No te desiates. Eso no es nada; mañana estarás bien.» Yo la admiro, qué quieres, por este cariño conyugal que tanto me confunde; aunque, bien examinado el punto, podrá ser este sentimiento compatible con otro. Tú harás los doctos comentarios que tu ciencia y tu conocimiento del humano corazón te sugieran. En esta carta no hago más que relatar hechos.

Me quedo á comer. Augusta no tiene un momento de sosiego, y á cada instante se levanta

de la mesa para correr á la alcoba. Vuelve diciendo: «Me parece que está algo recargado.— No, hija: es que te parece á tí que lo está. Yo le encuentro despejadísimo.»

Armamos nuestra tertulia en el salón. Va Cisneros, que, so pretexto de no molestar al enfermo, se excusa de entrar á verle, y dice: «Poco mal y bien quejado.» Va el mirífico Malibrán, á quien noto reservado y con no sé qué traicioncillas en sus ojos italianos de *santi, boniti, bariti*. Este hombre trae entre ceja y ceja algo que no entiendo, y que más bien adivino por la fuerza reveladora del odio que me inspira. Va también Villalonga, el cual está graciosísimo, llevando la cuenta de los senadores moribundos, enclenques ó delicados de salud, pues si el número de vacantes no aumenta, es difícil que entre en la combinación. Va también el marqués de Cícero, y el donoso optimista conde de Monte-Carmenes. En el bando de los trasquiladores, mi padrino y el *Catón ultramarino* sostienen viva discusión, porque el primero cree que debemos vender la isla de Cuba á los Estados Unidos. El segundo no está por la venta, al menos hasta que él se deje caer allá otra vez, para poner cual una seda la administración de la tan desgraciada como generosa isla.

Pero de lo que más se habla allí, como en todas partes, es de ese misterioso crimen de la calle del Baño. ¡Ay, qué jaqueca! Los periódicos no se ocupan de otra cosa, y cada cual por su lado, todos tratan de buscar la pista; pero me temo que tantas pistas acaben por despistar á la justicia. ¿No has leído algo de esto? Una señora joven,

madre, cuyo estado se ignora, apareció asesinada en su lecho y medio quemada, juntamente con su hijo, niño de pocos años. En la casa no había más persona, al descubrirse el crimen, que un sirviente, Segundo Cuadrado, el cual, si no es idiota, finge serlo. No sabe dar razón de nada de lo que allí pasó. Algunos le consideran autor del crimen; pero una parte del público da en acusar á la madrastra de la víctima, señora de muy mal genio, que vive en la misma calle y se llama doña Sara. Se dividen los pareceres. Hay quien sostiene que la vió entrar en la casa pronunciando no sé qué palabras amenazadoras. Y, por otra parte, la madrastra prueba su coartada, demostrando que aquella noche, á la hora del crimen, estuvo en el teatro. No falta quien asegura haberla visto en una butaca del Español. En fin, Equis, un lfo espantoso; la justicia embarullada, dando palos de ciego, prendiendo y soltando gente. Es la conversación de moda en todos los círculos de Madrid, y personas muy formales ven en esto una intriga honda, con ramificaciones extensas. Dícese también que elevadísimos personajes protegen y amparan á la madrastra, presentando como asesino al inocente criado á quien se halló en la casa.

Las dos opiniones, que claramente se marcan ya, han dado origen á dos bandos encarnizados, en cada uno de los cuales la imaginación de esta raza fabrica toda clase de extravagancias novelescas. Y no es el vulgo el que más fecundidad muestra y más apetito de versiones maravillosas y pesimistas, pues la gente de cultura no le va en zaga. Las mujeres especialmente, y si quieres,

las damas, se pirran por esa comidilla picante del famoso y no descubierto crimen. En casa de Orozco, Augusta *criminaliza* sin descanso, y la de San Salomó también; pero la más furibunda es la señora de Trujillo, quien no te pone buena cara en toda la noche si no le relatas algún detalle terrorífico, si no añades que tal ó cual persona de tu conocimiento vió salir de la casa á la muy perra de la madrastra, puñal en mano. Hay que decirle, para que esté contenta, que el criado es un santo, y que tienes pruebas de que el asesinato de la infeliz doña Bernarda (así se llama la víctima) corrió de cuenta de dos empingorotados personajes. Calderón es quien le lleva todas las noches las noticias más frescas, siempre estrambóticas, y al parecer tomadas de un folletín de Ponsou du Terrail. Teresita le oye encantada, y otros también. Si algún día oyes decir que ha pasado por encima de Madrid una bandada de bueyes, volando como las golondrinas, no preguntes quién ha dado la noticia. Es Pepe Calderón.

También entra Federico Viera. Este, Calderón y yo somos los únicos que pasamos un rato á ver á Orozco. A eso de las once, Augusta nos anuncia contentísima que Tomás se ha quedado dormido, que no tiene fiebre y que pasará buena noche. Todos nos congratulamos, yo el primero, y me pongo á pensar en lo mismo, querido Equis; ya sabes... Mientras los demás roen el crimen, yo mastico mi enigma; digo, mfo nó, de ella, y trato de dilucidar el arduo punto de quién será su cómplice. Mi snmaria está tan embrollada como la del hecho de la calle del Baño, y á cada

hora veo una pista nueva. La sigo, y nada. ¿Y qué me dices á esto, pedazo de alcornoque? Iluminame con un rayo de tu inteligencia. ¿Dónde está el criminal que busco? Claro, si yo, que actúo de juez y tengo todos los hilos en la mano, no averiguo nada, ¿qué has de descubrir tú, lejos de personas y sucesos? Pero... ya oigo lo que me dices, y te contesto: «No me da la gana de ser razonable. Maldito sea el sentido común y quien lo inventó.»

Vacíó sobre el papel mis impresiones todas, para que el papel las lleve á la *culta* Orbajosa. Así llama *El Impulsor* á esa rústica ciudad cuando habla de la procesión de San Roque ó de los bailes del Casino.

XXII

18 de Enero.

Tranquilízate. El señor de Orozco, á quien tanto admiras, está mejor, casi enteramente restablecido. Por más que tu imaginación feliz sepa figurarse cómo son las regiones celestiales; por acostumbrado que estés á concebir en tu mente el Supremo Bien, no puedes hacerte cargo del júbilo que resplandecía en la cara de Augusta al darme esta mañana la noticia. Sus ojos eran las puras divinidades, chico. La hubiera adorado de rodillas. ¿Qué quieres tú? yo soy así. Admiro

lo bueno, aunque no lo entienda. Alguien que leyera lo que para tí solo escribo, preguntaría quizás: «¿Pero cómo se armoniza esto con aquello?» ¡Ah! Tú que sueles penetrar en lo recóndito del alma humana, no lo preguntarás seguramente. Hay una ciencia superficial del corazón aprendida en los teatros, donde las pasiones son presentadas en su forma rudimentaria y simple. Con arreglo á esa ciencia incompleta juzgan muchos las cosas de la vida, y cuando éstas no pasan conforme al módulo del arte dramático, dicen que no lo entienden. Yo sí que lo entiendo, y tú también, ¿verdad?

Adelante. Ví al amigo Orozco ya levantado y en amable disputa con su mujer, porque él se empeñaba en abrir el correo, y ella le reñía como á un niño para que no se ocupase de nada. La encantadora Estefanía completaba la preciosa escena. No faltaba sino que la chiquilla fuese hija de Augusta para que resultara una *Sacra Familia*. Vamos, que me estoy volviendo muy... doméstico y muy... patriarcal.

Dime una cosa; háblame con franqueza: ¿crees tú que aquella revelación nocturna de que te hablé, es un error mío? ¿Crees que estoy equivocado al afirmar lo que afirmo con tan profunda convicción? Ea, venga la *rimpuesta*, y, verdadero *payo de la carta*, no te la entrego, es decir, no sigo ésta hasta que la contestación llegue á mis manos.

XXIII

21 de Enero.

Ya pareció la respuesta. Te juro que me ha sorprendido. Yo creí que me contestarías *estás equivocado*, porque, la verdad, en mi mente empezaba á aclimatarse la sospecha de que mi revelación de marras fué, como suelen serlo otras, enteramente subjetiva. ¡Y ahora me sales tú con que *estoy en lo cierto!* ¡Y añades que no tienes conocimiento de hechos en qué fundarlo! Pues lo mismo me pasa á mí, chico. Afirmo sin saber por qué. Creo, como tú, que estas cosas se sienten y no se razonan. Adivinar es sentir los hechos separados de nuestra vista por el tiempo ó por el espacio; ver lo que, por invisible, parece no existente, de donde todos los sabios hemos colegido que la adivinación es una facultad parecida al estro poético. El poeta precede al historiador, y anticipa al mundo las grandes verdades. Heme aquí convertido en vate, descubriendo lo escondido, y guipando desde muy arriba las cosas, lo mismito que un águila. Pero dejemos á un lado estos amaneramientos filosóficos, y voy á satisfacer un deseo que me manifiestas en tu carta. Quieres saber mi opinión respecto á Orozco; crees que me será fácil trazarte su retrato, y deseas que lo haga con suprema imparcialidad. Pues á ello

voy; ya sabes que yo no me paro en barras, y que á sincero no me gana nadie.

Pero he de empezar diciéndote que esta opinión, ó si quieres, semblanza ó retrato, llevará el carácter de provisional, por no encontrarme en posesión de todos los datos para darla por definitiva. Hay en ese hombre algo que no he comprendido bien todavía. No es persona Orozco que se revela entera en cualquier momento; al menos así me lo parece á mí. Cosas he visto en él que me han producido admiración, y otras sobre las cuales no me atrevo aún á opinar resueltamente. Empiezo por decirte que pocos hombres he conocido más agradables, y ninguno quizás que sepa con tanta rapidez ganar simpatías, y con las simpatías amistades verdaderas. A esto contribuyen seguramente sus maneras corteses, su exquisita bondad, su cara misma, que tanto me recuerda (veremos qué te parece esta observación) el tipo judaico, hermoso y puro, que apenas se conserva ya; barba poblada y larga, nariz de caballete y un tanto gruesa, ojos apagados, poca vivacidad en los movimientos fisiognómicos, y, en fin, ese reposo, esa gravedad dulce que parecen indicar un perfecto equilibrio interior. Me encanta aquella manera de tratar á grandes y chicos, afable con todos, familiar con ninguno. Hay en su trato algo del trato de los reyes, que por muy bondadosos que sean, siempre son reyes, y mantienen los fueros de su alta jerarquía. Qué tal, ¿voy bien?

Entrando ahora en lo moral, debo decirte que, aparte de ciertas habillitas, la reputación de que gozaba Tomás es sólida y unánime. Sobre esto no

cabe duda. Y no hay que darle vueltas, Equis: el que tiene una reputación así es porque la merece. Cuando un nombre sobrevive á la constante lima de la murmuración, por algo será. ¿No crees tú lo mismo? Convengo en que Orozco lleva una sombra sobre su apellido. El fortunón que disfruta lo amasó su padre don José Orozco, según pública voz, de una manera bastante irregular, por no decir otra cosa. Aquella execrada Compañía de Seguros, sobre la cual han caído y caen aún tantas maldiciones, arroja, como te digo, cierta opacidad sobre nuestro amigo, y él hace todo lo posible para purificar un nombre que recibió con bastantes máculas. Es absolutamente irresponsable de las faltas de su padre, llámalas crímenes, si quieres; heredó el caudal y vive tranquilamente, matando la ociosidad en algún negocio de los más limpios, y haciendo todo el bien que puede. Aquí viene de molde aquello de *modelo de ciudadanos, modelo de esposos, modelo de...* Pero no precipitemos nuestros juicios.

Corre bastante por ahí la especiota de que Tomás es hombre muy místico, mejor dicho, beato. Hay quien sostiene que se consagra á prácticas religiosas de las más exageradas; que en secreto se da disciplinazos, que ayuna como un trapense... Todo esto es pura novela. Yo no he observado en la casa nada absolutamente que confirme tal suposición. En su biblioteca, puedo asegurarlo, no hay obras místicas, fuera de aquellas comprendidas en la colección de clásicos, y que están en las estanterías con todas las trazas de no ser abiertas nunca. Entre los libros familia-

res de uso constante, que tiene en su mesa de despacho, no he visto nada religioso. En su alcoba no hallarás ni crucifijo ni imagen devota, pues si hay algún cuadro de asunto sagrado, está allí como obra de arte. Pila de agua bendita no la ves en toda la casa. Y puedo dar fe de que ni Orozco ni su mujer tienen afición ostensible á cosas de iglesia, ni se apuran mucho por cumplir los preceptos del catolicismo. Lo más, lo más que hacen es ir á misa algún domingo, si la mañana está buena. Pero lo que es confesar y comulgar... no sé, no sé: casi me atrevería á sostener que en esto están como tú y como yo. De modo que cuanto se dice del misticismo de Orozco y de los zurriagazos, no tiene el menor fundamento. Lo mismo que esa otra paparrucha de sus connivencias con los Jesuitas. No faltan tontos que te juren que Tomás pertenece secretamente á la Orden, y que la apoya y le da dinero... Yo, que entro en la casa todos los días y á diferentes horas, puedo asegurar que jamás he visto allí una sotana, como no sea la del bondadoso padre Nones, á quien los de Orozco dan muchas limosnas para que las reparta entre los pobres de la parroquia de San Lorenzo. Tú, que tratas al padre Nones, dirás si tiene el pobrecillo trazas de andar en la *Compañía*. No, todo eso es fabula. Queda, pues, rechazado. Pero vete á arrancar de la mente del vulgo una rutina de éstas. ¿Pero qué más? El mismo Cisneros, que conoce la casa tan bien como yo, pero que gusta de fomentar las malicias vulgares, me decía anteayer: «¿Y cómo está el jesuitón de mi yerno?» Lo dice sin creerlo, por hacer eco á lo que oye.

Mas reconociendo y afirmando que todo es cháchara, pregunto yo ahora: ¿no habrá algo que motive, siquiera remotamente, esta opinión? ¿Es posible que sin ningún fundamento se fabriquen errores semejantes? ¿No habrá algo... algo que, sin ser aquello, se le parezca? Y aquí entran mis dudas, porque trato de sondear, y no encuentro, no encuentro en la vida de Orozco la explicación del supuesto misticismo y jesuitismo. Lo que haya estará tan recóndito, que no podrán atisbarlo los ojos fisgoneros de los amigos de la casa. Esto se enlaza con otra cuestión. ¿Hay armonía conyugal en este matrimonio? Si he de decir verdad, aparentemente dicha armonía es perfecta. Cuanto he visto y observado parece probar que Tomás ama con ternura á su mujer. De que su mujer le respeta, le estima y aun le ama, también creo haber visto señales incontrovertibles. Y, sin embargo, la idea que me fué sugerida por el conocimiento universal, la revelación aquélla con que te he dado tantas jaquecas, está en abierta pugna con lo que afirmo ahora. ¿O es que no lo está? Aclárame el misterio, Equisillo, tú que sabes tanto. Como dice aquel amigo nuestro, que escribe artículos sobre las relaciones de la Iglesia con el Estado, *nos encontramos frente á uno de los problemas más intrincados de la época presente.*

Añadiré que siempre que Augusta habla de su marido, lo hace con acento de entusiasmo, de admiración reverente. Parece que se juzga muy inferior á él. Un día, en confianza, me reveló pormenores interesantes de las obras de caridad que Orozco hace. En pensiones á familias

Pobres, emparentadas ó no con la suya, se gasta un caudal. Hace mucho bien, siempre guardando el secreto para que no lo sepa la gente, porque le molesta que de ello se hable, y ni aun admite que los favorecidos le den las gracias. Inventa mil arbitrios sutiles y delicados para hacer llegar sus beneficios á ciertos menesterosos, que no pueden admitirlo sino por vías muy diplomáticas. De esto sabia yo algo; pero lo que yo sabia, con ser tan bueno, no llega á las maravillas que me ha contado Augusta.

Voy trazando el retrato como puedo. Quisiera seguir; pero te advierto que no veo bien todo el original: hay algo que permanece en la sombra, y por eso mi pintura no es ni puede ser completa. Complétala tú, si puedes, añadiendo tu saber al mío. Ya no describo, sino te consulto. ¿Qué hombre es éste? ¿Es un tipo de grandeza moral, raro, aunque no imposible, en nuestros tiempos de variedad y verdaderamente fecundos? ¿Nos hallamos frente á un vigoroso carácter religioso, no informado en las religiones vigentes, sino de nuevo cuño y de índole novísima? ¿Es un soldado heroico de los eternos principios, que combate por ellos recatándose de la profana admiración del vulgo? ¿Es una conciencia sublime, ó un vulgar misántropo? ¡Ahl una idea diabólica ha nacido en mí, y no vacilo en exponerla, para que la tomes como quieras. Deseo conocer á fondo á este hombre. Si yo lograra ser amante de Augusta, ella me revelaría cosas muy peregrinas. Mira por dónde soy un diablo teólogo, ó teósofo; un diablo que no busca el mal por el mal, sino impulsado del ansia del conocimiento, y que por

el camino del pecado aspira á llegar á donde pueda contemplar de cerca el supremo bien. ¿Qué te parece? Una gran idea, ¿verdad? ¡Si la diabla esa me quisiera...! pero como no me ha de querer, eso ya lo estoy viendo, me quedará con mi amor y con mi triste ignorancia acerca del enigma moral de Orozco. Soy, pues, el diablo más desairado y más tonto del mundo; un diablo mercedor de que le pongan un cacharro en el rabo, como á perro ó gato sin dueño, para ser burla y alboroto de los chiquillos de la calle.

Concluyo, hijo mío, poniendo á tus órdenes toda mi diabólica inutilidad.

XXIV

23 de Enero.

Pues, señor, hoy pensaba continuar el retrato del buen Orozco con datos y observaciones nuevas de grandísimo interés; pero cádate que salta un asunto del cual no puedo menos de darte noticia sin tardanza, y á ello voy. Nuestro amigo Federico Viera es el rigor de las desdichas. ¿Recuerdas la descripción que te hice de su casa, de su hermana, del abandono indecoroso en que ésta vivía? Pues las consecuencias que yo me temí, y que te anuncié, no se han hecho esperar. Hace pocas noches, acompañando yo á Federico hasta su casa, entre una y dos, sorprendimos á

un joven que del portal salía. Federico le echó mano al pescuezo. ¡Qué escena, chico, tan desagradable, y al mismo tiempo, no sé por qué, tan graciosa!... En fin, que según lo que Viera me había dicho poco antes del fatal encuentro, el agredido es novio ó pretendiente de Clotilde, por más señas, honrado hortera de una tienda próxima. Aquello habría concluído mal sin mi intervención y la del sereno, pues nos costó trabajo librar al infeliz amante de las garras del hermano de su ídolo. Pero no pararon aquí las cosas. Escucha lo mejor: ayer la mosquita muerta desapareció de la casa, dejando una carta para su hermano, en que le anunciaba su resolución de casarse (mira si tiene alientos la niña), añadiendo que se halla depositada judicialmente en casa de la viuda de Calvo, señora respetable, muy amiga de los Viera y también de los Orozco, y que al amparo de dicha señora esperaba el permiso pedido á su padre para verificar el matrimonio. No puedes figurarte la ira de nuestro pobre amigo ante este arranque de su hermanita, á quien creyó toda sumisión y apocamiento. Lo de siempre, amigo Equis. La autoridad arbitraria no se entera de que los oprimidos tienen alma, hasta que no les ve levantarse y sacudir el yugo por los medios que están á su alcance.

Esta revolución doméstica ha puesto á Federico fuera de sí. Ya sabes que es un temperamento absolutista y aristocrático. La publicidad que va á tener ó que tiene ya su humillación, le saca de quicio. Y mira tú qué cosa tan rara. No ignoraba que Clotilde vivía indecorosamente entre criadas y gente soez, y se irrita de que la infeliz se

emancipe aceptando un marido de clase inferior á la suya. El orgullo de nuestro amigo transige con que su hermana se consuma en la tristeza y en la vulgaridad, y no transige con una unión que llama degradante. Pero la niña, á la chita callando y como quien no hace nada, se ha dejado llevar de la corriente del siglo, y desde la ignominiosa obscuridad en que vivía, se ha lanzado á la democracia, buscando en ella una especie de redención. Ya sabes el odio corso que Federico profesa á las ideas democráticas, con qué graciosa crueldad se burla de ellas, y de los progresistas, y del *morrión*, etc... Reconoce sinceramente que está fuera de lugar en nuestra sociedad; que ha venido al mundo rezagado, y que por equivocación no nació en los tiempos á que su carácter se ajusta. Figúrate cómo estará ahora, viendo á su hermana sacrificada al aborrecido principio de la igualdad política y social; viéndola pasarse vergonzosamente al enemigo, en brazos de un sér insignificante, y que personifica, según él, todas las garrulerías de la época presente. Está el hombre que arde, y no se le puede hablar de esto sin que al instante pierda pie y se descomponga.

Anoche dió mucho que hablar en casa de Orozco este caso concreto de revolución social, eclipsando la conversación del crimen famoso, y Augusta estuvo de acuerdo conmigo en la ninguna razón que tiene Federico para quejarse. Conviniémos en que él ha provocado el triunfo de la democracia, descuidando á Clotilde y privándola del puesto que en la sociedad le corresponde. Federico no pareció por allí: anda huído, y no

la veo desde la noche que sorprendimos al atrevido galán saliendo de la casa. Fué una escena calderoniana, que no te describo porque espero han de ocurrir otras más dignas de pasar á tu conocimiento.

Volviendo á Tomás, te diré que está ya completamente restablecido. Ayer almorcé con él, y estuve casi todo el día acompañándole. Su mujer salió á eso de las cinco. ¿A dónde iría? He aquí el tema de mis sombrías meditaciones durante toda la tarde. Y aparte de esto, te juro que el buen Orozco me hizo pasar un rató muy agradable, charlando conmigo de asuntos diversos, con una amenidad, con una discreción que me dejaron pasmado. Hizo una pintura del carácter de su suegro, que siento no poderte transcribir íntegra, pues mis cavilaciones impidieronme fijar en sus atinados conceptos la atención taquígráfica que acostumbro. También analizó el caso de la hermana de Federico Viera con un criterio semejante al que yo te expuse. Ha pasado en esto lo que debía prever todo hombre que no tenga el entendimiento lleno de ideas arcaicas, y el carácter agriado por los contratiempos económicos.

Pues, señor, me da la gana ahora de continuar el retrato interrumpido. Cuando menos lo pensaba, he visto más de cerca la figura, se me han revelado algunas líneas que antes se perdían en la sombra, y quiero fijarlas inmediatamente sobre el lienzo, esperando que se vaya clareando lo que oculto permanece todavía.

Quizás no sepas que Orozco es uno de los hombres más arreglados que se conocen. Podría dar

lecciones de prudente economía y de previsión á toda la raza española. Lleva sus cuentas al día y al céntimo, sin que esto signifique mezquindad cicatera. Al contrario: no regatea nada de lo que pueda contribuir al lustre de su casa, ni pone á su linda costilla cortapisa alguna. Verdad que ella sabe mantenerse dentro de los límites de la más exquisita prudencia. Orozco no trabaja por aumentar su capital, que es grandecito, y los negocios en que toma parte, en cooperación con otros capitalistas, no le dan muchos quebraderos de cabeza. Me consta que en negocios de usura jamás ha querido interesarse. Sé que se le han hecho proposiciones solicitando préstamos con enormes ventajas, y las ha rechazado. Da, pero no presta, y da en la medida conveniente. Dos cosas hay que no se conocen allí, y son: la sordidez y el despilfarro.

Te confieso que este hombre me impone un respeto casi supersticioso. Cuando hablo con él, me siento enano, me inspiro á mí mismo cierto desprecio, me entra cortedad... no sé qué. Y debo añadir que ayer, cuando me senté á su lado y me puso cariñosamente la mano en el hombro, sentí remordimientos muy vivos. Cierto que yo no le he faltado más que con la intención; pero aun tranquilizarla con sofisterías. «Por lo mismo que este hombre es tan perfecto—me dije,—hállase fuera de las leyes humanas. Está tan alto, que el ser burlado no le ofende, ni hay injuria que alcance á tal excelsitud. Los que le ofendan y ultrajen darán cuenta á Dios; pero no á él, que se rebajaría pidiéndola.» Estas cosas me pasaron

por la mente, y cuando ví á mi prima entrar de la calle con su cara risueña, imagen de una conciencia sosegada, parecióme que su serenidad era cinismo, y su sonrisa hipocresía. Púsemme resueltamente del lado de la moral y de los consabidos principios, muy señores míos, y me pareció crimen nefando engañar á un hombre tan bueno. ¡Qué picardía! ¡Engañarle no siendo yo el cómplice! Te descubro mi conciencia con todos sus escondrijos. Se me antoja que la ofensa, hecha en mi obsequio, sería más disculpable.

Tomó parte la esposa en nuestra conversación. Yo la observaba, y no sé, no sé... me parecía que su tranquilidad era sólo aparente. Su manera de oírnos indicaba cierto sobresalto, y su reír no era tan franco y natural como de costumbre. De pronto Orozco le dijo: «¿Has sabido algo más del pleito de Federico con su hermana? ¿Le has visto á él?» Yo temblé. No sé por qué me asaltaron de nuevo las sospechas de aquella mi segunda revelación. Fijéme en Augusta, que en aquel momento revolvía la mesa buscando no sé qué papel ó revista; creí que esquivaba la respuesta, que evitaba las miradas de su marido y las mías; pero me equivoqué de medio á medio. Al oír el nombre de Federico, dejó lo que buscaba, y vino á sentarse frente á su marido, separada de él por la mesilla en que éste tenía varias cartas y periódicos; puso los codos sobre la mesa, la barba en una mano, y sonriendo nos dijo: «Pues no le he visto, ni sé dónde se mete. Pero me ha dicho Malibrán esta tarde que no cede, que está furioso, que lo que siente es no haber acogotado á ese pobre chico cuando le encontró saliendo del portal.

¡Qué extravagancia! Creo que debemos todos abrazar la causa de Clotilde.»

Al nombrar á Malibrán, ¿sería aprensión mía? parecióme notar en su acento una veladura, en sus ojos no sé qué timidez ó sobresalto... Vamos, que se me enroscaron en el corazón las culebras, y ya no tuve serenidad para seguir atentamente la conversación que los tres entablamos.

Y no continúo por ahora el retrato. Lo seguiré cuando me parezca bien. No tengo ya malditas ganas de acabar ésta en la forma que pensaba. Quédate con Dios, y no te burles mucho de tu trastornado amigo.

XXV

26 de Enero.

¡Malibrán! No puedo evitar hablarte de este tipo, que se me ha plantado en la nariz como una mosca. Quiero echarle, le sacudo y vuelve. Me persigue, me le encuentro en donde quiera que estoy; llevo á pensar que no es él á quien veo, sino á mi execrable sospecha, representada en carne mortal. Es que desde ayer no se aparta de mi cerebro la idea de que he despejado la famosa incógnita: X = Malibrán. ¿Me equivocaré también ahora?

Anoche estuvimos juntos largo rato en el Teatro Real. Hablóme de Augusta con un cierto res-

peto que me pareció afectado. No podía yo tirar de la lengua á semejante hombre, diciendo de mi prima alguna picardía capciosa para obtener una respuesta Nevada, y al elogiarla con calor, ponderando su rectitud moral y el cariño que tiene á su marido, parecióme que eran finamente irónicas las palabras con que Malibrán acogía mis alabanzas. Luego noté como que esquivaba aquella conversación, rebuscando otros temas de charla. Si me apuras, no puedo darte la razón de la antipatía que el diplomático me inspira. Quisiera se me presentase ocasión de tener un altercado con él; pero es tan correcto el maldito, que ni esa esperanza me queda. Le rompería la crisma, aunque después comprendiese que había hecho una inútil barbaridad. Para colmo de desventura, hoy al mediodía me le encontré en casa de Orozco, y allí almorzamos juntos. No me queda duda de que Augusta y él cambiaron algunas palabras, que no debían de ser cosa buena, cuando hablaban tan bajito. ¡Sabe Dios...! Adelante. En un rato que nos encontramos solos, me dijo mi prima: «Tomás está muy disgustado con una carta que ha recibido hoy.» Picada mi curiosidad, la interrogué y supe que la carta es de Joaquín Viera, el padre de Federico, y que en ella anuncia su llegada á Madrid para dentro de dos ó tres días. Has de saber, y no hago más que dar traslado de lo que me contó mi prima, que siempre que se aparece en Madrid ese pájaro de mal agüero, trae estudiado algún plan de sablazo en grande escala para atacar con él á los que tuvieron la desgracia de ser sus amigos. Orozco ha sido víctima varias veces de las combinaciones sutiles de

aquel insigne tramposo, las cuales merecen más bien el nombre de estafas.

«Esto será — observé yo, — otro motivo de zozobra para el pobre Federico, á quien siempre he oído hablar de su padre con muy poco entusiasmo. Cada vez que viene á Madrid, le deja envuelto para mucho tiempo en una atmósfera de escándalo y vergüenza.»

Augusta manifestó propósitos de hacer los imposibles para precaver por todos los medios á su marido contra la malicia del que explota su extremada bondad. Orozco tiene con él increíbles debilidades, y no le trata nunca con el desprecio que merece; suele ceder á sus malvadas exigencias, por lástima sin duda, en memoria quizás del gran afecto que los padres de ambos se tenían.

¿Qué te parece todo esto? Dirás que aquí se prepara algún enjuague. Pues lo mismo pienso yo. Y sábetelo que me han entrado ganas de conocer á ese celebrísimo espadista, que hace tantos años desapareció de aquí, y no viene sino contadas veces y por corto tiempo, con el temido alfanje en la mano. Pues hoy, hablando de esto con Augusta y Orozco, dijéronme que Viera *senior* es hombre de trato seductor, capaz de embaucar con su labia á medio género humano. No se parece nada á su hijo, todo susceptibilidad, orgullo y delicadeza, esclavo del punto de honor y de las leyes de la respetabilidad aparente. Añadió Tomás que Joaquín vive hace tiempo del *chantage*, amenazando desde el extranjero, ó presentándose con alguna máquina ingeniosa de los y enredos. Porque eso sí, es hombre de grandísi-

mos recursos intelectuales, muy sabedor de negocios de todo género, y con una trastienda y una flexibilidad y una monita que dan quince y raya al más pintado. Augusta no le puede ver, y se complace en aplicarle las terribles denominaciones de timador, tramposo, caballero de industria, etc... No comprende, y en esto nos hallamos todos de acuerdo, que de un padre tan sin paladar moral haya salido un hijo con la cualidad contraria, extremada hasta rayar en defecto.

Suspendo el trabajo, y continuaré mañana.

Continúo hoy 27. Si esta carta fuera un capítulo de novela, debería titularse *¡¡¡Ancora il Malibrán!!!* así, con muchas admiraciones y su poquitín de italiano. Porque no he visto asiduidad más aterradora. Si veinte veces voy á casa de Orozco, veinte veces me le encuentro. Y por más que procuro chocar con él, no puedo conseguirlo. Le llevo la contraria en todo lo que habla. Digo mil barbaridades; sostengo que el arte italiano es un arte de filfa; que Rafael me parece un pintor de muestras; que Tiziano dibuja menos que el último alumno de la Academia; que el Mantegna puede pasar como chico aplicado (te advierto que yo no sé quién es el Mantegna), y que todos los pre-rafaelistas no son más que unos pintamonas. ¡Qué asuntos tan tontos, qué pobreza en la composición, qué falta de verdad!... En fin, chico, que yo mismo me río de lo bruto que soy ó que aparento ser. Pues aunque Augusta suele apoyarme con aquella monísima independencia de criterio que le hace tanta gracia, no consigo mi objeto. El otro me rebate con dulzura y benevolencia. Su exquisita educación pone una muralla

infranqueable á mi odio insensato. Si charla con Orozco de política extranjera, le lievo la contraria con más furor. Me declaro rabioso *parnellista*: sostengo que Gladstone es un progresista de morrión; que *el canceller de hierro* está chocho y debe retirarse, dedicándose á la cria de aves de corral; que el Austria, mira que esto tiene gracia, es una nación que para nada sirve, y debe desaparecer, repartiéndosela Rusia, Alemania é Italia... en fin, no sigo para que no te rías de mí. Ni por esas: no me vale apoyar mis opiniones con terquedad, á ver si le sulfuro y me sale con alguna denegación provocativa. Pues como si hablara con la misma estatua de la prudencia. A mi prima le dirige frases de una galantería refinada y madrigalesca, y bien claro veo cómo se esponja la muy hipócrita oyéndolas. Recordarás que en cierta ocasión me habló de él en términos muy desfavorables, diciéndome que era persona malévola y peligrosa... Farsa, hijo, pura farsa y disimulo para desorientarme.

Pues oye otra cosa. Por la noche, Malibrán daba las gracias á Orozco por haber atendido la recomendación que le hizo en favor de no sé quién. Ya sabes que Tomás socorre con delicadeza á multitud de familias que han venido á menos. Pues bien: al oír las expresiones de gratitud del diplomático, noté que el semblante del grande hombre expresaba cierta contrariedad primero, y después verdadero disgusto. Malibrán sonreía bondadosamente, y no insistió. Como yo manifestara á mi prima, casi en el momento mismo, mi sorpresa por la actitud de Orozco, me dijo en un gracioso y largo aparte: «No seas can-

dido: tú no conoces á mi marido, como no le conoce tampoco ese majadero de Malibrán, que se las da de tan diplomático y tan *Metternich*. A Tomás no le gusta que le alaben sus acciones benéficas, ni aun que le den gracias por ellas. Te lo advierto para tu gobierno. Cree que la generosidad y la caridad pierden su mérito con el bombo. ¿Sabes lo que á él le agrada? Te lo diré para que te pases. Lo que á él le hace feliz es el secreto absoluto de sus buenas acciones, y la ingratitud de los favorecidos. Te advierto esto porque como también tú le has recomendado á esa desgraciada viuda de Freire, si la favorece, no se te pase por la cabeza darle las gracias: lo mejor que puedes hacer es no hablar del asunto. ¿A qué abres tanto la boca, tonto? Vosotros los que presumís de listos, no entendéis palotada de los secretos humanos. Tomás es un santo, lo que se llama un santo. ¿No lo has comprendido? ¿Pero crees tú, bobalicón, que no hay santos en esta época? Pues los hay, los hay, con sus levitas, sus fraques y sus chisteras, en vez de mitra, báculo y sayal. Esa serenidad suya, que le diferencia tanto de las demás personas, no se altera sino cuando le trompetean los beneficios; se pone tan nervioso, que, créelo, me causa inquietud. Con que ya sabes, y adviértéselo también á tu amigo *le petit Talleyrand*, para que no volváis á incurrir en la simpleza de mostraros agradecidos.

Quedeme con esto como puedes suponer. Era un desconocido perfil de la figura de Orozco, mejor dicho, un golpe de luz, que resuelvo añadir sin pérdida de tiempo al retrato no concluido. ¿Y qué opinas tú de este aspecto de la persona del

grande hombre? Te soy franco: no he acabado de entenderlo, y me parece que tú, por más que digas, no lo entenderás tampoco.

XXVI

28 de Enero.

Pues ayer se me ocurrió, revolviendo en mi mente las palabras de Augusta, lo que vas á leer: «Malibrán no es. Si lo fuera, habría confianza entre ellos, y la pecadora no tendría que valerse de mí para advertir á su cómplice la inconveniencia de hacer al marido demostraciones de gratitud. Esto parece la pura lógica. Pero como la lógica, en cuestiones de amor, suele andar como Dios quiere, me doy á cavilar si no será todo una bien ensayada comedia para envolverme y confundirme más. Es mucho cuento esta señora Humanidad, querido Equis, y cada día vemos en ella cosas más raras é incomprensibles. Estoy sobre aviso, y sigo observando.»

Vamos á otra humana rareza. Ha llegado ese, la *estrella con rabo*. Llámole así, porque su aparición produce general terror. Le he visto, he hablado con él, hemos almorzado juntos, y puedo asegurarte que no he visto hombre más seductor y ameno. El podrá ser un pillo de siete suelas, y de fijo lo es cuando todo el mundo lo dice; pero

á las primeras de cambio, da el pego al lucero del alba.

Con la presencia de su padre aquí y la barrabasa de su hermanita, está Federico inaguantable de mal humor é intolerancia. Por cierto que el papá no sólo se muestra indulgente con la chiquilla, sino complacidísimo de su resolución, y le da el permiso legal. No hay en él ni asomos de las ideas del hijo en punto á distinciones sociales y al decoro de los nombres. Se pasa de demócrata, y su despreocupación social, política y religiosa te parecería cinismo si no la revistiera, al expresarlas, de formas tan simpáticas. Por cierto que hijo y padre difieren tanto en lo espiritual como se asemejan en lo físico. Tan grande es el parecido entre uno y el otro, que les tomarías por hermanos; y hasta la diferencia de edad se amengua por estar Federico bastante envejecido y el otro rozagante, esponjado y hecho un pollo, como suele decirse. Pero entre los caracteres hay tal diferencia, que no cabe aproximación. Es de esas distancias de que no podemos dar idea ni aun llamándolas abismos.

Sé que hoy han celebrado una conferencia Orozco y Viera padre; pero nada pude traslucir, aunque almorcé en la casa esta mañana, y allí estaba cuando anunciaron al tramposo. Me parece, por lo que oí á mi prima y al mismo Tomás, que se trata de sablazo gordo, como los suele dar ese consumado tirador. Augusta indignadísima. Aunque de las pocas palabras que Orozco pronunció sobre este asunto, se desprende que abre la bolsa, no sé yo si el abrirla reservadamente para el pícaro que fué socio y compinche de su pa-

dre, entra también en la categoría de esas obras misericordiosas practicadas en secreto, y que no deben ser agradecidas. ¡Ah! por lo que hace al agradecimiento de ese bribón, que me lo claven en la frente. He podido colegir que Viera le ha presentado un antiguo crédito, obligación ó no sé qué de la célebre *Humanitaria*, y que hay dudas de si la tal obligación ha prescrito ó no legalmente. Veremos lo que resulta de esto.

Después de la visita del espadista, tenía Orozco la cara tan placida, tan serena como siempre, y por ella no podía traslucirse que padeciese la más ligera agitación. Augusta, en cambio, parecía muy contrariada. ¿Será que no encuentre práctica ni conveniente, en los tiempos que corren, la santidad de su consorte? No lo sé. Algo más tengo que decirte; pero estoy muy cansado, chiquillo, porque... Vamos, te lo cuento si no lo dices á nadie. Estuve esta noche en casa de la Peri. No pongas el ceño de moralista empalagoso y cursi. Hemos ido á que nos echara las cartas. A ver, ¿tiene eso algo de particular? ¿Pues no va uno á las cátedras del Ateneo y de la Universidad, con objeto de instruirse? ¿Y acaso en estos templos de la sabiduría se encuentran unas chicas tan guapetonas como las que esta noche había en casa de Leonor? Amado Teótimo, todo es aprender, observar y cursar la difícil carrera de la vida; y eso de que vaya uno todas las noches á oír discutir sobre la Organización de los Poderes públicos, ó sobre lo que pasó en la época merovingia, empacha, créelo, empacha y embrutece. Es preciso echar una cana al aire, sobre todo antes de tenerlas... Con que, abur, que me voy al catre.

XXVII

30 de Enero.

Gordas y frescas, amigo Equis. La hermana de Federico, la gran demócrata y revolucionaria, se casa con su querido hortera, realizando así el soñado ideal de la concordia de las clases, de la reconciliación del pasado con el presente. ¿Qué tal? Ahí tienes á la señora realidad haciendo muy calladita lo que escribís en vuestros libros y otros dicen en sus discursos. Yo te pregunto: ¿precede la idea al hecho, ó el hecho á la idea? Pero dejémonos de averiguaciones, y vete enterando de la realidad. El chico que ha venido á entroncar su humilde nombre con el de los Vieras y Gravelinas, pertenece á una de esas honradas familias mercantiles, oriundas del valle de Mena, la verdadera antesala de la calle de Postas. Le llaman Santanita, y es simpático, de cara inteligente, guapín, modesto. Ha ido á suplicarme que intercediera con el señor de Orozco para obtener la plaza de tenedor de libros en una casa de banca, y te aseguro que me interesó aquel humilde representante del estado llano, que se abre paso, á codazo limpio, entre la turbamulta social.

Por lo poco que hablé con él, me pareció uno de esos caracteres que, bajo la capita de modestia, ocultan una voluntad decidida para marchar

dre, entra también en la categoría de esas obras misericordiosas practicadas en secreto, y que no deben ser agradecidas. ¡Ah! por lo que hace al agradecimiento de ese bribón, que me lo claven en la frente. He podido colegir que Viera le ha presentado un antiguo crédito, obligación ó no sé qué de la célebre *Humanitaria*, y que hay dudas de si la tal obligación ha prescrito ó no legalmente. Veremos lo que resulta de esto.

Después de la visita del espadista, tenía Orozco la cara tan placida, tan serena como siempre, y por ella no podía traslucirse que padeciese la más ligera agitación. Augusta, en cambio, parecía muy contrariada. ¿Será que no encuentre práctica ni conveniente, en los tiempos que corren, la santidad de su consorte? No lo sé. Algo más tengo que decirte; pero estoy muy cansado, chiquillo, porque... Vamos, te lo cuento si no lo dices á nadie. Estuve esta noche en casa de la Peri. No pongas el ceño de moralista empalagoso y cursi. Hemos ido á que nos echara las cartas. A ver, ¿tiene eso algo de particular? ¿Pues no va uno á las cátedras del Ateneo y de la Universidad, con objeto de instruirse? ¿Y acaso en estos templos de la sabiduría se encuentran unas chicas tan guapetonas como las que esta noche había en casa de Leonor? Amado Teótimo, todo es aprender, observar y cursar la difícil carrera de la vida; y eso de que vaya uno todas las noches á oír discutir sobre la Organización de los Poderes públicos, ó sobre lo que pasó en la época merovingia, empacha, créelo, empacha y embrutece. Es preciso echar una cana al aire, sobre todo antes de tenerlas... Con que, abur, que me voy al catre.

XXVII

30 de Enero.

Gordas y frescas, amigo Equis. La hermana de Federico, la gran demócrata y revolucionaria, se casa con su querido hortera, realizando así el soñado ideal de la concordia de las clases, de la reconciliación del pasado con el presente. ¿Qué tal? Ahí tienes á la señora realidad haciendo muy calladita lo que escribís en vuestros libros y otros dicen en sus discursos. Yo te pregunto: ¿precede la idea al hecho, ó el hecho á la idea? Pero dejémonos de averiguaciones, y vete enterando de la realidad. El chico que ha venido á entroncar su humilde nombre con el de los Vieras y Gravelinas, pertenece á una de esas honradas familias mercantiles, oriundas del valle de Mena, la verdadera antesala de la calle de Postas. Le llaman Santanita, y es simpático, de cara inteligente, guapín, modesto. Ha ido á suplicarme que intercediera con el señor de Orozco para obtener la plaza de tenedor de libros en una casa de banca, y te aseguro que me interesó aquel humilde representante del estado llano, que se abre paso, á codazo limpio, entre la turbamulta social.

Por lo poco que hablé con él, me pareció uno de esos caracteres que, bajo la capita de modestia, ocultan una voluntad decidida para marchar

impávidos hacia su objeto. Sabe arrimarse á los que pueden serle útiles; no pierde ripio, y olfatea donde guisan. La chica está depositada en casa de la viuda de Calvo (no la conoces, ni hace al caso), señora de campanillas, á quien el padre de Santanita sirvió de administrador, mayordomo ó no sé qué. Ha venido á menos, y vive de una pensión que le da Orozco. Ya sabe ese pillo de Santanita á qué árbol se arrima. Me ha dicho Tomás que no podía hacer nada por él; pero algo hará, tú lo has de ver. Ya voy conociendo las santas marrullerías de ese hombre sin segundo, que practica la hipocresía de la dureza de corazón. Todo su empeño está en que le tengan por insensible á las miserias y desdichas humanas. Pero lo que es á mí no me la da.

Bueno: quedamos en que el tal hortera es una diligente hormiga. Clotilde no podía aspirar á un Coburgo-Gotha, y cuando las cosas vienen rodadas, debemos tener por buenas las soluciones impuestas por el carácter nivelador de la época presente. ¿Qué tal? Estoy cargante hoy. Pues te diré: más lo está Federico, obcecado hasta el punto de asegurar que preferiría ver á su hermana muerta á verla casada con el pobre Santanita. Es que nuestro amigo lleva á todas las cosas el ardor del sectario, y es inútil intentar persuadirle. Ve el mundo por cristales muy subjetivos, y lo que para nosotros es natural, á él le parece monstruoso. La pavorosa *estrella con rabo* se marcha para otros mundos, cumplido al parecer el objeto de su aparición en éste; pero ignora la verdad de lo ocurrido entre él y Orozco. En el rostro de éste no he podido leer nada; pero el

de Viera resplandece con esa luz particular que encienden en nuestros ojos los triunfos de la voluntad. No me queda duda de que ha obtenido todo ó parte de lo que solicitaba. Augusta debe de saberlo; pero no se clarea, y cuantos esfuerzos hago para meter la nariz en este secretillo han sido inútiles. Pero hoy ha ocurrido algo que aumenta mi confusión, pues no sé cómo relacionarlo con los demás hechos conocidos para sacar la deseada luz.

Pues verás: anoche me dijo Orozco que no dejase de ir hoy á almorzar, que tenía que hablarme. Figúrate si me apresuraría yo á ir. ¡Qué mañana tan deliciosa! Augusta amabilísima conmigo, como no lo ha estado nunca, muy alegre, y despidiendo chispas de gracia de aquella boca infernal... digo, celestial. He dicho infernal porque si no se la hizo el diablo, como una trampa para coger almas, no entiendo yo quién diablos se la pudo hacer. Tomás, como siempre, reflexivo y cariñoso, revelando esa quietud serena de las almas superiores, que han encontrado el suelo firme y se sienten bien plantadas en él. Por dicha mía, no almorzó allí ningún extraño más que yo. Ni siquiera estaba Calderón, que nos habría mareado lindamente contándonos alguna nueva versión del crimen. No se habló más que del bodorrio de Clotilde, de Santanita y de lo vidiorcillo que es. Augusta censuró acerbamente á Federico por su disconformidad con las ideas dominantes en el mundo, su apego al antiguo y ya desacreditado prestigio de los nombres y de las clases. Orozco le disculpaba, asegurando que las ideas y el sentir de las cosas, acumulándose

en nuestra vida durante los años que empalman la juventud con la edad madura, forman un conglomerado de tal dureza, que es tontería pensar que ha de ceder ante las ideas y el sentir de los demás. Si Federico es así, no podemos nada contra él, y sólo conviene procurar que el bien se realice, respetando las ideas y aun las preocupaciones de cada cual.

Esto llevó la conversación al terreno en que nuestro buen amigo quería ponerla; y como yo notase en él cierto embarazo para abordar el asunto, le ayudé, y pude sacar en limpio lo siguiente: Orozco desea mi intervención para que Federico se decida á aceptar de él un beneficio, que no ha expresado todavía en forma concreta. La dificultad principal que surge es el carácter puntilloso de Viera, y su resistencia, no sólo á admitir cierta clase de favores, sino á declarar su pobreza y angustiosa manera de vivir. Para vencer esta dificultad es para lo que se recurre á mí, esperando que con diplomacia consiga yo doblegar el inflexible tesón de nuestro amigo. Orozco no ha hecho más que apuntar su idea, esforzándose en quitar valor á la generosidad que envuelve; y por lo que he podido entender, no se trata aquí de un donativo, que sólo serviría para apuntalar pasajeramente un preexistente en ruinas: trátase de asegurar al favorecido un modo de vivir que le libre para siempre del molesto enjambre de usureros é ingleses, y le aparte de las salas del crimen. ¿Vas entendiendo?

Y ahora te pregunto tu parecer sobre caso tan extraño de protección, y sobre el intríngulis que esto pueda tener. Preveo que tu opinión es que

en el caso referido no hay ni puede haber más que lo aparente; un acto de generosidad, digno del alma elevadísima de mi amigo. Perfectamente. ¿Pero no se te ocurre enlazarlo con otra cosa? ¿Me entiendes, tonto? ¿No se te ocurre, como se me ha ocurrido á mí, buscar un hilo entre la intención cristiana del grande hombre y el objeto de ella, y seguir ese hilo cuidadosamente hasta descubrir que se enreda en la blanca mano astuta de una mujer? ¿No has pensado que el plan de Orozco pueda ser más sugerido que espontáneo? ¿No se te pasa por la cabeza que el conocimiento de dicho plan y de su determinación inicial podría darme la llave del arca en que se guarda el secreto que busco? ¿Crees tú que no hay tal relación? ¡Cuánto me alegraría de que me contestaras de una manera categórica!

Pero no me contestarás, porque no es posible sentenciar desde lejos un pleito tan obscuro y delicado. Dirás que esta sospecha mía nace de la mezquindad de sentimientos propia de la época, de la mala costumbre de señalar en todo hecho grandemente generoso móviles bajos. No: yo miro la acción por el lado de Orozco nada más, y admito que es un rasgo admirable; no quiero ver el consabido hilo; no quiero ver más que el acto noble y altamente cristiano, pues aunque existiera el móvil sugestivo que es objeto de mi inquietud, no por eso valdría moralmente menos el acto en cuestión. También en nuestra edad, dígame lo que se quiera, hay ejemplos de estupenda virtud, no inferiores á los de antaño. Eso de que ahora no se dan santos, es una tontería. No habrá mártires en el orden material; no habrá

aquellas penitencias rudas, brutales y calagurritanas; pero hay exaltación de las almas, hay fiebres de virtud, secretos entusiasmos por el bien, y sacrificios quizás mayores que los de otros tiempos, porque en los nuestros hay más materia que sacrificar.

Excuso decirte que aquella conferencia trastornó mis ideas, llevándome á decir con toda seguridad: «Malibrán no es.» Y si al pronto me fijé de nuevo en Federico, no he seguido afirmándolo, y me concreto á preguntármelo á todas horas del día y de la noche. «¿Será ese? Y si es, ¡con qué donosa perfidia me engaña! ¡No le perdono la doblez, no se la perdono!» Por cierto que hace diez días que no he hablado con él, ni he podido encontrarle en los sitios á donde habitualmente va. Esta noche me han dicho que le vieron en el Teatro Real en el palco de Augusta. Yo no le ví.

31 de Enero. — Anoche no pude concluir ésta porque me acometió Morfeo, y no tuve más remedio que echarme en sus brazos. Te la mando hoy con esta postdata que no deja de tener miga. Pues verás: hoy me ha hablado Villalonga con cierto misterio de unas palabras malignas dichas por Malibrán en casa de la Peri, en una cena que allí celebraron anoche. La cosa es grave. El *petit Talleyrand* se permitió algo más que esas reticencias que inspira el *champagne*, y de las cuales ninguna reputación está libre. Ya adivinarás que las chinitas iban contra mi prima. Pues dijo, como quien no dice nada, que había descubierto la madriguera donde la muy hipó-

crita tiene su amoroso refugio. Lo más indigno es que de algunos días á esta parte ha dado en pegarse á Orozco y en adularle bajamente, y mañana se van juntos á las Charcas (el monte que Tomás posee más allá de las Zorreras) á cazar un par de días... ¡Figúrate cómo me habré puesto yo, con las ganas que le tengo á ese...! Mi primer impulso fué ir en su busca, pedirle explicaciones, pegarme con él si no me las daba... Pero lo he pensado mejor, y me guardo para otra ocasión las ganas de pelea. ¿No es verdad, amigo mío, que tú me aconsejas no hacer el paladín? Si eso lo hubiera dicho Malibrán delante de mí, pase que yo... Pero más vale que no haya sido en mi presencia, porque así me veo libre de disgustos y de la ridiculez que acompaña siempre al paladinismo. Tengo un humor de mil demonios.

XXVIII

3 de Febrero.

Querido Equis: no sé lo que me pasa ni cómo puedo escribirte, ni si entenderás estos garabatos. Mi mano no acierta á trazar las letras. La sorpresa, el pavor de esta misteriosa tragedia han desquiciado la máquina toda, y no sé lo que hago ni lo que digo, ni aun lo que siento. No te escribo para darte la tremenda noticia, que ya sabrás por los periódicos (hoy no se habla de otra cosa en Madrid). Te escribo para que no te inquietes, juzgando que podría tocarme alguna parte en las complicaciones de este asunto... No me toca más que el horror de que estoy poseído, la confusión espantosa que me acongoja más que el horror mismo... Ayer al mediodía, hallándome en la cama, sentí que me despertaban, sacudiéndome un brazo. Era Calderón: le miré entre dormido y despierto... Figúrate el efecto que harían en mí estas palabras que me dijo: «Levántate... ¿no sabes lo que pasa?... ¡Federico Viera asesinado!... ¡Su cuerpo encontrado hoy en un muladar, allá, no sé dónde!... Levántate.»

Creí soñar... Me revolví contra Calderón... Bromas pesadas... creí que eran bromas. Su cara consternada me hizo estremecer... El me iba echando la ropa encima de la cama para que me

vistiera. Yo me volví estúpido... No podía creer tamaña atrocidad... ¡Asesinado! ¿Y por quién? Es lo primero que se ocurre. Calderón me dijo: «¿Por quién? La justicia lo averiguará... ¡Pobre muchachol... todo el cuerpo lleno de balazos y cuchilladas...» Levantéme temblando, la garganta oprimida, sin poder hablar... «¿Dónde?— ¡Allá!...» ¡Valiente información! ¡allá! «Le han llevado al Depósito—añadió Calderón.—El juez amigo mío: no conocía al muerto; pero, por algo que se halló en su cartera, se supo su nombre. Me avisaron... Le reconocí. Miedo horrible, querido Manolo. El juez quiere identificación en regla. Vamos tú y yo... La hermana no lo sabe. Vamos.»

Todo se me volvía preguntar: «¿Pero quién le ha matado?...—Vete á saber... lances del juego quizás... amores... venganza... Vete á saber. Misterio. Yo no lo entiendo... Vamos. ¡Qué trancel! El pobre Calderón estaba como trastornado. Yo más aún. Salimos, tomamos un coche, fuimos allá... Antes pasamos por el Juzgado de guardia: se nos unió un médico forense. ¡Qué día, Equis! Si mil años viviera, creo que no podría olvidar las emociones espantosas de ayer, la pavora que llenaba mi ánimo... Hoy me es imposible referírtelas: diría mil disparates, no acertaría á expresar cosa alguna con claridad... Si te escribo hoy es para que te tranquilices con respecto á mí. Estoy abrumado de pena y horror; pero nada más. Mañana, si logro tranquilizarme, te contaré todo... ¡Ay! presumo que habrá materia larga, más larga de lo que convendría. Necesito descanso. En veinticuatro horas no he podi-

do pasar bocado; sólo he tomado café y más café... Dormir, imposible. Aguarda un día para que te entere de lo que he visto y sentido... no de la verdad, que ignoramos. Estamos todos en completa obscuridad respecto al tremendo suceso. Adiós.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XXIX

4 de Febrero.

Yo no sabía lo que me pasaba, al recorrer en coche, con el juez, escribano y médico forense, la distancia entre el Juzgado y el Depósito. Los pensamientos que durante aquel viaje lúgubre asaltaron mi mente, querido Equis, no puedo ni debo comunicártelos, al menos todavía. Yo debí de preguntar á Calderón si nuestros amigos tenían ya noticia de la ocurrencia, porque él me dijo que Augusta se había puesto mala de la terrible sorpresa, y que al punto telegrafió á su marido, el cual se fué el día 1.º por la tarde á las Charcas en compañía de Malibrán y de no sé quién más. Indicóme también que Clotilde no sabía una palabra, que probablemente Orozco se encargaría de darle la noticia cuando viniese. No sé qué más me dijo, porque yo no me enteraba claramente de nada. A veces creía soñar; ansiaba llegar pronto, y á ratos lo temía; y cuando estuvimos cerca del Puente de Toledo y el juez seña-

ló el vulgar edificio del Depósito, sentí tal pánico, que por punto no me volví atrás. Me enfadaba que el forense, un viejo rígido y seco, sordo, completamente insensible ya, por su larga práctica, á las emociones de estos dramas judiciales, estuviese tan tranquilo, y nos contase con la mayor frialdad que en su dilatada carrera ha hecho dos mil y tantas autopsias. Me infundía horror y lástima aquel sujeto, cuya inteligencia no desconozco y cuya serenidad ante estas catástrofes he admirado al fin.

Dejamos el coche. Las piernas me temblaban. Entré el último de todos, para que la primera impresión de los demás, si alguna tenían, atenuara la mía... El forense sordo entró como puede entrar un cura en la sacristía para ponerse la casulla... Frente á la puerta, sobre una mesa, ví el cadáver de Federico Viera, no tan desfigurado como yo me lo imaginaba. Creí que una mano invisible me apretaba violentamente el cuello, ahogandome. No lloré ni podía llorar. El rostro de Federico parecía de blanca cera, con manchas violáceas; tenía los ojos medio abiertos, cuajados y sin brillo; la nariz afilada, la boca contraída, mostrando por un violento repliegue del labio superior los blanquísimos dientes. Vestía de levita: el pantalón y las botas llenas de fango; la levita enlodada también por el costado derecho. En mitad de la hermosa frente, una mancha roja del tamaño de un duro, cárdena en el centro: por allí había entrado la bala. Le habían desabrochado el chaleco, y se veía la camisa llena de sangre, ya seca en parte y obscura, en parte roja y fresca, formando cuajarones. El forense, señalando

el costado izquierdo por la cintura, dijo: «aquí hay otra herida de revólver. La bala está dentro.»

Procedióse á la identificación en forma legal. Calderón y yo declaramos, reconociendo en el muerto á nuestro amigo Federico Viera; firmamos, y nada más. En otras mesas más allá, había dos cadáveres tapados con un paño. El guarda los descubrió, y los vi con indiferencia, cual si fueran animales muertos. No podía apartar los ojos de mi infeliz amigo, y con todas las potencias de mi alma, en un instante de muda y patética tensión, le dije: «Cuerpo infeliz, recobra un soplo de vida, y dime quién te hirió, si fué alevosamente ó en riña...» Junto á mí la voz de Calderón y otras murmuraban no sé qué, ó discutían sobre si era suicidio ú homicidio. No apartaba yo los ojos ni la mente de aquel tristísimo espectáculo. El juez me preguntó si habíamos prevenido á la hermana del muerto, y entonces repitió Calderón que Clotilde no sabía nada aún, y que era menester decirselo. Me enteré de si podía yo presenciar la autopsia; respondieronme que sí, y que se haría en la mañana siguiente. Salimos con ánimo de volver, yo por lo menos... Aún me parecía pesadilla horrenda lo que veían mis ojos, y mi pensamiento volaba afanoso hacia las misteriosas causas, hacia la acción determinante de aquella muerte.

Al salir, vimos que se acercaba un coche. De él bajó una mujer. Era la Peri, vestida de trapillo, con mantón y pañuelo por la cabeza, guapísima, pálida como una muerta. Cuando nos vió, llegóse á nosotros: su rostro dolorido expresaba terror y sobresalto. «Leonorilla—le dijo Calde-

rón,—no entres, no entres, que esto no es para tí...» La pobre mujer me agarró el brazo, y me dijo en un tono que no olvidaré nunca: «¿Quién le ha matado? ¿No sabe usted quién le ha matado?»

El juez entonces le pidió sus señas para llamarla á declarar, y ella, después de dárselas, prorrumpió en exclamaciones: «¡Pobre niño de mi alma! Tan bueno, tan cariñoso, tan caballero, y tan persona decente... ¿Pero qué será esto? Lo que yo digo: faldas, faldas... ¡Ay! no tengo valor para verle...»

Apoyándose en el tronco de un álamo, derramó muchas lágrimas.

Allí se quedó. Desde lejos la miramos, sentada al pie del árbol, vuelta la cara hacia la puerta del Depósito.

Después quisimos ver el lugar donde apareció el cadáver, y atravesando todo Madrid, fuimos al paseo de Santa Engracia, más arriba de la Fábrica de Tapices, donde hay unas casas modernas muy hermosas. A la izquierda ábrese una calle en proyecto, cortísima, que sólo tiene un edificio á cada lado, y termina en terraplén, sobre un suelo mucho más bajo. Para llegar á éste, hay que descender un vertedero de tierra movediza. Aún había allí carros echando cascote y arena del vaciado de casas en construcción. A la derecha, vense chozas construídas con adoquines gastados, tablas, planchas de calamina; detrás de ellas, montones de basura; y delante de algunas, corrales cercados por baldosas rotas, tablas y alambres sustraídos á las plazoletas municipales; cubiles de cerdos entre los montones de paja; bastantes

gallinas picoteando aquí y allí. Todo aquello está en hondo, y debe quedar sepultado cuando los terraplenes iniciados por una parte y otra lleguen á unirse. En el centro de la hondonada corre un arroyo, por donde las aguas van á parar á la alcantarilla. Próximo al arroyo, y en la línea más avanzada de las tierras vertidas, encontraron el cuerpo. «Aquí estaba,» dijo el juez, señalando con el bastón una mancha oscura que podía ser de sangre. Los habitantes de las covachas dicen que sintieron un tiro á eso de las siete de la noche... Un muchacho asegura que vió venir á un hombre sin sombrero, por el vertedero abajo, y que hablaba solo.

—¿Y el sombrero no ha parecido?

—Pareció á la entrada de la calle, junto á la valla de la casa en construcción. Los vecinos no están de acuerdo en el número de tiros que sonaron. Algunos no oyeron más que uno; otro asegura haber oído dos, y no falta quien llegue á los tres y á los cuatro.

—¿Y atestiguan todos lo mismo?

—No: una muchacha habla de dos hombres, muy altos, muy negros, con unas barbas muy largas y los sombreros echados sobre la cara... sombreros de ala ancha.

—¿Y el arma?

—No hemos podido encontrarla todavía. El terreno es muy desigual, la tierra blanda y movidiza. Puede muy bien haber sido ocultada por los escombros que se han vertido esta mañana.

—¿Se ha interrogado á los habitantes de las casas vecinas, en el paseo de Santa Engracia?

—Sí; pero no dan ninguna luz. Los porteros

del 17 triplicado, que es la casa más próxima, no han visto ni oído nada.»

Discutióse sobre si fué suicidio ú homicidio. Uno de los presentes, que no sé si era el actuario, expresó la hipótesis de que el crimen se había cometido en otra parte, habiendo transportado el cadáver hasta arrojarlo por el vertedero. No sé por qué me pareció esto inadmisibile. Examinamos el suelo, en el cual vimos impresas tantas pisadas, que nada se podía leer en él. Alguien dijo allí que aquel sitio era, después de anochecido, muy solitario. Antes hubo en él una vereda que permitía pasar desde Santa Engracia á la calle de Trafalgar; pero han cerrado ya el paso con una valla, y ni un alma transita por allí de noche, á excepción de los habitantes de las chozas, los cuales tampoco toman la dirección del sitio en que apareció el cadáver, sino que se arriman á la derecha. No hay alumbrado en aquel sitio, ni cosa que lo valga.

Volvíme á casa. No pude almorzar. Sentía vivos deseos de visitar á los de Orozco, y al mismo tiempo dábame espanto la idea de entrar en aquella casa. ¡Oh, Dios! no podía apartar de mi mente la idea (terrible y misteriosa presunción!) de que Augusta sabe la verdad. No sé en qué orden de impresiones ó de corazonadas me había fundado yo, la noche antes de conocer el suceso, es decir, la noche misma en que debió de ocurrir la catástrofe, para dar por despejada la incógnita que tanto me atormenta, y decir con efusiva y franca convicción: «Federico es.» Como que al acostarme pensé escribirte mi primera carta en este sentido, diciéndote: *eureka*... Me acuerdo de

esto del *eureka*, y de los razonamientos con que me propuse apoyar mis conclusiones. ¡Qué lejos estaba de que mi carta primera sería escrita bajo una impresión trágica! Estoy aturdidísimo. Déjame que coja el hilo que se me ha escapado de las manos. Te decía que... ya me acuerdo... que no hay quien me quite de la cabeza que Augusta sabe la verdad. Yo quería observar aquella cara, aquellos ojos... ver si tiene entereza para ponerse la máscara, y cómo engaña con ella a los demás, pues lo que es á mí...

Entré temblando. Yo debía de estar como un muerto. El primero á quien ví fué Orozco, triste, pero sin perder aquella tranquilidad que tanto admiramos en él. No calificó el caso de suicidio ni de homicidio. Fuera lo que fuese, parecía atribuirlo á lances de juego. Acababa de llegar de las Charcas con Malibrán, y los dos refirieron la impresión terrible que les causó por la mañana el telegrama de Augusta participándoles el terrible suceso. Háblome después Tomás de la pobre Clotilde, y allí me enteré, no sé por quién, de que ya sabía la muerte de su hermano. Nos libramos, pues, del tremendo paso de darle la noticia. No me atreví á preguntar por Augusta, á quien no veía en el salón ni en su gabinete. Pronto supe que la desagradable sorpresa recibida por la mañana, cuando Calderón le contó el caso, había producido una fuerte jaqueca; hallábase acostada, y no quería ver á nadie. Comimos solos Orozco, Malibrán y yo. Cornelio era el único que tenía un mediano apetito; el santo comió poquísimo, y yo nada. Los tres callábamos. A mí se me humedecían los ojos á cada instante. El diplomá-

tico (digo esto haciéndole justicia) me pareció sinceramente apenado, y añadiré que por primera vez sentí dulcificarse la antipatía que siempre le tuve. Tomás y él hicieron elogios del pobre muerto, encareciendo su extremada delicadeza, su cariñoso trato, y lamentando que las irregularidades de su vida le hubieran llevado á tan triste fin. No pude conservar mi varonil entereza, y me eché á llorar como un chiquillo.

Llegaron después algunos de los concurrentes de abono, á quienes noté consternados, y como temerosos de abordar el asunto. Me parece (no puedo asegurarlo) que Villalonga y Malibrán cuchichearon en un largo aparte, mientras el marqués de Cícero me pedía relación circunstanciada de lo que ví en el Depósito. Hablé de esto lo menos que pude. Otra cosa reparé, y es que aquella noche no se habló de crimen. Bastante teníamos con aquella realidad fresca y que nos tocaba tan de cerca. Las emociones jurídicas del otro drama, antiguo ya y manoseado á fuerza de representaciones, perdían su novelesco interés. Cisneros no dijo una palabra del suceso, y observé en él una taciturnidad que por completo le desfiguraba, presentándome muy otro de como le había visto siempre. El *Catón ultramarino* dejaba en profunda paz á la Administración de Cuba y á los picarones que van á explotarla. Todos los temas de conversación, tan vivos y apetitosos otras noches, se trocaban en insípidos fiambres. Pero el gran asunto, la novedad del día, les imponía miedo, y no osaban tratarla. Te repito que la morriña lúgubre de mi padrino me causaba no poca extrañeza. No era el mismo hombre; una de dos:

ó se ponía la careta, ó la arrojaba, mostrando su verdadera faz. Pero aún ocurrió algo que debía dejar en mi mente impresión más honda que todas las impresiones de aquel infausto día inolvidable, el 2 de Febrero, día de la Candelaria. Ten un poco de paciencia.

A eso de las once, díjome Orozco que Augusta quería verme. Sólo había pasado la señora de Trujillo, que ya estaba de vuelta en el salón, aguardando una coyuntura para echar con Calderón su parrafito *criminal*. Entré en la alcoba de mi prima. El ruido leve de mis pasos y de los de Orozco, que entró conmigo, me sonaba como si en mi vida hubiera oído rumor de pasos. Vi á la dama echada en una silla larga, bien tapadita. No había luz en aquella estancia, sino en la próxima, y por entre las cortinas apenas penetraba la claridad suficiente para que pudiéramos vernos las caras. Augusta me alargó la mano izquierda, mandándome sentar á su lado. Su marido le preguntó cariñosamente si se sentía mejor, y ella replicó que sí, preguntándole á su vez quién había venido y cual de los asiduos faltaba aquella noche. Un rato hablamos los tres del caso de Federico, siendo ella la primera que lo mentó, diciéndome: «¿Qué te parece esta tragedia?» Respondí con las frases de cajetín, procurando observarle la cara; pero la obscuridad me impedía distinguirla. Su voz sí que pude apreciarla bien. Tenía cierto temblor, una empañadura ó sordina que delataba profundísima turbación.

«Todavía no se me ha pasado el susto—dijo procurando templar su voz en un timbre claro.

—Esta mañana, al salir yo para misa, vino Pepe, y á boca de jarro me disparó la noticia. Precisamente me cogía de muy mal humor, porque pasé parte de la noche con la prima Serafina, que sigue muy grave. Me parece que la perderemos pronto. Pues figúrate: en tal situación de ánimo, un trabucazo así... Me afecté tanto, que no pude salir de casa, y á poco me entró jaqueca. No puedo oír hablar de gente que se mata ó á quien matan, sin que me ponga á dar diente con diente. Y cuando se trata de una persona conocida...

—¡Pobre muchacho!—indicó Tomás.—Tenía sus defectos como todo el mundo; pero también grandes cualidades.

—Cualidades que no son nada comunes, esa es la verdad—añadió Augusta mirándose.—Es realmente un dolor... Le apreciábamos como te apreciamos á tí, que eres de la familia. Tengo que advertirle á Pepe que aprenda á dar estas noticias terribles con más tacto y de un modo gradual, no de sopetón, como hoy... Me quedé muerta... Lo primero que se me ocurrió, como siempre que me siento apenada y nerviosa, fué telegrafiar á éste para que viniera. Tenía miedo de estar sola. Desde que te vi entrar esta noche (mirando á su marido cariñosamente), me pareció que se me disipaba el miedo. Voy recobrando la serenidad, y si se me hubiera quitado esta puntadita de clavo, estaría tan campante recibiendo á mis amigos...

Yo me condolí acerbamente del desgraciado fin de mi amigo, y Augusta dijo, ya con la voz más segura: «¡Dios le haya perdonado! ¡Pobrecito! ¡Qué extravíos, qué conflictos, qué desór-

denes de la vida le habrán llevado á ese desastre!»

No sé qué respondí. Pensaba en aquel momento que mi prima me había llamado para decir todo aquello delante de mí, como se trae á un testigo para dar fuerza legal á manifestaciones de importancia. Pensé también que aseguraba su coartada con aquello de acompañar á la tía Serafina. Orozco dijo que no debíamos aventurar juicio alguno sobre los móviles de la muerte de Federico, ni aun sobre la muerte misma, que hasta aquel momento permanecía envuelta en el misterio; y dicho esto, se fué, dejándome la impresión de que le preocupaba el suceso más de lo que á primera vista parecía. Cuando nos quedamos solos, Augusta introdujo diplomáticamente en la conversación una idea extraña al asunto capital de aquella noche. No sé qué me dijo de si se casaba ó no al fin con el artillero la chica segunda de Pez, y volvió á caer con repentino salto sobre el trágico tema, diciéndome: «¡Vaya, que esto da que pensar! Pero tú que eras quizás el único algo conocedor de las interioridades de su vida, ¿no tienes antecedentes para descubrir...?»

—Al enterarme de esta desgracia—contesté presentando la versión más vulgar para ver si la aceptaba con alegría,—pensé que alguna pérdida de juego ha podido ser la causa.

—¿Pero qué?—apuntó con viveza, huyendo, la muy pícara, de la trampa que yo le tendía,—¿está averiguado que fuera suicidio? Mira tú, juzgando sólo por impresión, yo me inclino á creer que no.

—Fácil es que la justicia lo ponga en claro; y si acaso resultase...

—Para mí—afirmó con aplomo interrumpiéndome,—lo que hay aquí es un choque por cuestiones de mujeres. Ya tienes noticia de las franquicias escandalosas en casa de esa que llaman la Perri ó la Pera ó no sé cómo.»

Parecióme que daba este giro al asunto para despistarme, á fin de que yo no pudiera sorprenderle los pensamientos.

«Tú lo sabes—me dije llena el alma de amargura;—lo que pasó tú lo sabes, tú sola. Si alguien le dió muerte ó se la dió él mismo, tú lo sabes, porque delante de tí ocurrió la espantosa desgracia, como quiera que fuese.» En alta voz dije que no sospechaba que Leonor tuviera conexiones con el misterioso hecho, y ella repitió que en el mundo de mal vivir y en el juego, fatalmente combinados, hay que buscar siempre las causas de estos dramas. Yo le miraba el rostro, considerándolo como un espejo en cuya superficie la terrible escena había estado reproducida durante breves instantes. ¡Cuánto habría dado yo porque de la imagen aquella subsistiese algún rasgo en la cara-espejo! Pero si algo había, no me era fácil verlo á causa de la obscuridad. Ni podía tampoco examinar sus expresivos ojos, que alguna sombra fugaz reproducirían tal vez de lo que en la mente se conservaba fielmente estampado. Hube de reparar después que se movía inquieta, procurando envolverse mejor en su cachemira, y que en aquellos movimientos de precaución ni una sola vez sacó la mano derecha. Parecíame que la ocultaba entapujada.

«¿Qué tienes en esa mano?—le pregunté vivamente.

—Nada. Ayer me quemé un poco, lacrando una carta. Pero no es nada. Para evitar el roce, me defendí la quemadura con el pañuelo.»

Dió más explicaciones; pero lo que es la quemadura no me la enseñó.

«Pues verás—le dije después de una pausa:—si la justicia no descubre la verdad de lo ocurrido, yo la descubriré.»

Parecióme que no se inmutaba al oír esto. Por fin me contestó:

«Yo creo que la justicia lo pondrá bien en claro, Manolo. No te metas á polizonte, no vaya á pasarte lo que á esos que se proponen descubrir el crimen de la calle del Baño, y han armado ya un lío que nadie se entiende.»

Calló, y se puso á mirar al techo. Yo la contemplaba á ella sin pestañear. Hubo un instante, te lo declaro ingenuamente, en que me inspiró aquella mujer un horror que no puedo pintarte. Impulso sentí de arrojarme sobre ella, y echarle las manos al pescuezo, gritando: «Confiesa tu crimen; confiesa que por tu culpa ha perecido ese infeliz hombre. Revélame la verdad, ó te ahogo aquí mismo.» Desvaneciósese pronto aquel arrechocho, sin que llegara, por fortuna, á pasar de la idea á la acción. Pero mi exquisita impresionabilidad determinó al instante otro fenómeno anímico, y fué que me asombraba de haber amado á semejante mujer. No; en aquel momento, habría jurado yo que la aborrecía y la despreciaba con todas las fuerzas de mi alma. La pasión que sentí por ella se me representaba como uno

de esos estímulos de nuestro amor propio, que nos llevan á situaciones y actitudes eufáticas, de las cuales nos arrepentimos en cuanto caemos en la cuenta de que no arrancan del fondo efectivo de nuestro sér.

Hablamos luego de cosas indiferentes, y me retiré pensando que vivimos en una sociedad esencialmente dramática; sólo que el barniz de cultura que nos hemos dado encubre el drama en las esferas altas, dejándolo sólo descubierto en las inferiores.

Salí de allí con el alma destrozada, y me marché temprano de aquella casa, á la que empezaba á cobrar aborrecimiento.

Pasé muy mala noche... Mi cama toda llena de agujas.

XXX

5 de Febrero.

Asistí á la autopsia. ¡Lo de cosas que hay dentro de este mísero cuerpo humano! ¡Espantosa lección de anatomía! No la olvidaré mientras viva. El cadáver tenía varias contusiones y dos heridas de revólver: una en la frente, y otra en el costado izquierdo. En la primera, la bala atravesó el cerebro y fué á salir por la región occipital. Era mortal de necesidad. La segunda, que interesaba el hígado, también era mortal, aun-

«¿Qué tienes en esa mano?—le pregunté vivamente.

—Nada. Ayer me quemé un poco, lacrando una carta. Pero no es nada. Para evitar el roce, me defendí la quemadura con el pañuelo.»

Dió más explicaciones; pero lo que es la quemadura no me la enseñó.

«Pues verás—le dije después de una pausa:—si la justicia no descubre la verdad de lo ocurrido, yo la descubriré.»

Parecióme que no se inmutaba al oír esto. Por fin me contestó:

«Yo creo que la justicia lo pondrá bien en claro, Manolo. No te metas á polizonte, no vaya á pasarte lo que á esos que se proponen descubrir el crimen de la calle del Baño, y han armado ya un lío que nadie se entiende.»

Calló, y se puso á mirar al techo. Yo la contemplaba á ella sin pestañear. Hubo un instante, te lo declaro ingenuamente, en que me inspiró aquella mujer un horror que no puedo pintarte. Impulso sentí de arrojarme sobre ella, y echarle las manos al pescuezo, gritando: «Confiesa tu crimen; confiesa que por tu culpa ha perecido ese infeliz hombre. Revélame la verdad, ó te ahogo aquí mismo.» Desvaneciósese pronto aquel arrechucho, sin que llegara, por fortuna, á pasar de la idea á la acción. Pero mi exquisita impresionabilidad determinó al instante otro fenómeno anímico, y fué que me asombraba de haber amado á semejante mujer. No; en aquel momento, habría jurado yo que la aborrecía y la despreciaba con todas las fuerzas de mi alma. La pasión que sentí por ella se me representaba como uno

de esos estímulos de nuestro amor propio, que nos llevan á situaciones y actitudes eufáticas, de las cuales nos arrepentimos en cuanto caemos en la cuenta de que no arrancan del fondo efectivo de nuestro sér.

Hablamos luego de cosas indiferentes, y me retiré pensando que vivimos en una sociedad esencialmente dramática; sólo que el barniz de cultura que nos hemos dado encubre el drama en las esferas altas, dejándolo sólo descubierto en las inferiores.

Salí de allí con el alma destrozada, y me marché temprano de aquella casa, á la que empezaba á cobrar aborrecimiento.

Pasé muy mala noche... Mi cama toda llena de agujas.

XXX

5 de Febrero.

Asistí á la autopsia. ¡Lo de cosas que hay dentro de este mísero cuerpo humano! ¡Espantosa lección de anatomía! No la olvidaré mientras viva. El cadáver tenía varias contusiones y dos heridas de revólver: una en la frente, y otra en el costado izquierdo. En la primera, la bala atravesó el cerebro y fué á salir por la región occipital. Era mortal de necesidad. La segunda, que interesaba el hígado, también era mortal, aun-

que no de muerte inmediata. La bala había ido á incrustarse en una vértebra. Además, se observó una fuerte erosión en el brazo izquierdo, y los dedos de ambas manos desollados. Hubo, pues, lucha. Creo que no hay datos suficientes para probar el suicidio; pero veo al juez inclinado á admitirlo como un hecho. Ha tomado declaración á los habitantes de las covachas, y no resulta nada preciso. Es un cúmulo de testimonios vagos y contradictorios, que más bien sirve para confundirnos que para iluminarnos. La indagatoria de los porteros de las casas próximas tampoco ha dado luz. ¡Esto es morir!... Las lentitudes de la justicia y la falta de policía me desesperan. Se me ocurren mil recursos probatorios que de seguro darían resultado; pero ese juez, ¿en qué piensa?... Obraré por cuenta propia. De los pasos que he dado y que pienso dar para conocer la verdad por mí mismo, sin auxilio de polizontes, te enteraré oportunamente.

Déjame ahora seguir contándote. Cuando fuimos á la autopsia, el 3 por la mañana, nos encontramos á la Peri, sentada al pie del mismo árbol en que la hablamos visto el día anterior. Su cara descolorida y ojerosa revelaba cansancio y falta de sueño. Como que había pasado allí toda la noche la infeliz. Contónos que al fin había tenido valor para penetrar en el Depósito, *pasito á pasito*, procurando quitarse el miedo de un modo gradual. Acercóse despacio á la puerta; alargó la cabeza hasta que pudo distinguir un pie de Federico; después fué avanzando lentamente, viendo más, más á cada instante... hasta que su ánimo se robusteció y pudo arrostrar el

espectáculo del cadáver completo, de pies á cabeza. Aun con estas precauciones, no pudo evitar una súbita emoción dolorosísima al verle la cara... y se cayó con un poquitín de síncope, y el guarda la tuvo que levantar. Mientras se lo permitieron, estuvo allí, rezando, según dice; después mojó un pañuelo en la sangre que destilaba del cráneo del difunto, y cortándole mechones de pelo, los guardó en otro pañuelo. Mostrábame estas reliquias mientras lo refería. Cuando el guarda la hizo salir, porque ya era tarde, sentóse junto al árbol, decidida á quedarse allí toda la noche, *velando á su amigo de su alma*. ¡El pobrecito estaba tan solo en aquel muladar, olvidado de todo el mundo! Daba dolor ver arrojado sobre aquella mesa, compuesta de una losa de mármol sobre cuatro patas de hierro, el cuerpo del hombre que había sido alegría y encanto de la sociedad. No lo dijo así la Peri, pero tal fué su idea. Recuerdo esta frase: «¡Y los otros allá, divirtiéndose, y quizás alegrándose de haberle quitado de en medio! ¡Canallas!»

Pues, como te digo, la noche entera pasó Leonor en campo raso, al amparo del olmo sin follaje, arrebujadita en su mantón. A la madrugada, diéronle albergue los habitantes de un ventorrillo cercano; tomó un trago de aguardiente, después buñuelos y encima otro poquito de aguardiente. Con esto se entonó, y vuelta á la guardia. Al amanecer, no podía con su alma, de sueño, cansancio y pesadumbre. Todo esto nos lo contaba con ingenua naturalidad, sin dar importancia al plantón ni á las molestias del mal dormir en cama tan dura; y como el forense, á quien

acompañábamos, se permitiese decirle alguna cuchufleta sobre la soledad en que se habían quedado sus amigos de Madrid aquella noche, contestó con gran desembarazo: *que se fastidien*, agregando á la frase un gesto sumamente expresivo. Enterada de que iba á verificarse la autopsia, se horrorizaba de pensar cómo le pondrían el cuerpo y la cabeza á su pobre amigo. «¿Y para qué semejante carnicería?—Más vale que te vayas—le dije yo,—que estas cosas son muy tristes.» Pero ella, haciendo propósito de no presenciar el *desmoché*, aunque se lo permitieran, dijo que no se retiraría á su casa hasta no dejar el cuerpo de su amigo en tierra sagrada, y echarle encima un buen Padre Nuestro.

Al salir del terrible acto médico-legal, la encontré en el propio sitio, llorando. Suplicóme que le contara los horrores que yo había visto; pero hallábame tan impresionado, que apenas pude complacerla. Su curiosidad me estimulaba á hablar, y hacíame preguntas que me dejaban frío. «¿Le abrieron la cabeza? ¿Qué tenía dentro? ¿Se había visto bien claro que era el mejor caballero del mundo?—No, mujer, eso no se puede ver.» Preguntaba luego si le habían sacado el corazón, y cómo era. Debía de ser, según ella, un corazón grandísimo, tan grande que no le cabía dentro... Me lastimaban tanto las candorosas interrogaciones de aquella mujer, como si sintiera en mis carnes las cuchillas del forense haciendo mi propia autopsia. Admiré en Leonor aquella fidelidad de perro, y la pobre mujer se engrandecía á mis ojos.

El entierro se verificó en el cementerio de San

Justo. Fué Santanita representando á la familia, y con él dos personas á quienes yo no había visto nunca. Eran el marido de Claudia y el de Bárbara, ambos de catadura humilde. Habían dispuesto lo necesario para que el entierro fuera decoroso, y trajeron, en un coche de la *Funeraria*, todo lo que hacía falta para el caso. Por no ser posible vestir de nuevo el cadáver, le envolvieron en sábanas, dejándole descubierto el rostro, y nada más se hizo, ni había para qué. Cuando ya salíamos del Depósito, llegaron el marqués de Cícero, Villalonga y otros amigos. El cortejo fúnebre no excedía de quince personas y de seis ó siete coches. Recorrimos en breve tiempo y á paso regular el camino del campo-santo. Nos apeamos. Seguimos tras el ataúd por aquellos tristísimos patios rodeados de nichos. Leonor y yo íbamos á la cola del reducido acompañamiento; pero en el acto del sepelio me aproximé, y ella se quedó á cierta distancia, llorando. Era la única persona, entre todos los presentes, que mostraba un dolor vivo, hondo, inconsolable; pues los demás, incluso Santanita, sólo expresaban duelo de etiqueta, y en algunas caras se podía leer esa conmiseración oficial, mezclada de una crítica severa, que si se tradujese en palabras resultaría así: «¡Pobre perdís! no podías tener otro fin que el que has tenido. Dios te haya perdonado.»

Nada te diré de lo triste del acto. Puedes figurártelo y comprenderlo, conocidas las circunstancias del difunto y su desastrada muerte. Ni te hablaré de las *ideas que se agolpaban á mi mente*, ni del lúgubre sonido de la caja al caer en el fon-

do de la fosa. Todo esto, aunque es verdad, no te expresaría bien lo que yo sentía. Además de la pena de ver desaparecer para siempre á un amigo simpático y amable, me afligía el considerar que con él enterrábamos el indescifrado enigma de su fin lastimoso; que Federico, al caer dentro de la sepultura y recibir encima la tierra, echaba la llave al secreto, y nos daba las buenas noches de la eternidad con cierto humorismo lúgubre que me helaba la sangre: «Adiós, tontos. La solución en el valle de Josafat.»

Salimos de allí hablando del muerto en los términos trillados, fríos, casi indiferentes que es costumbre usar. Unos á otros nos preguntábamos por nuestra preciosa salud, quejándonos del mal tiempo que hacía, voluble y desigual, *impropio de la estación*, y echándole la culpa de nuestros achaques. Nos distrajimos viendo llegar más entierros, con bastantes coches, y en ellos algunas personas conocidas, á quienes saludamos, alegrándonos de verlas vivas. Por las rondas descendían largos rosarios de carruajes en dirección á los distintos cementerios. A lo lejos se nos presentaba, como invitándonos á vivir un poquito más, la loma de Madrid con cien cupulillas, bajo un cielo claro, transparente, bruñido. El sol lucía espléndido, y picaba bastante. De los árboles secos y desnudos no te diré que me parecieron esqueletos, ni que choqueteaban sus ramas con lúgubre son, porque faltaría á la verdad. El día era de los más bonitos que se ven aquí, frío á la sombra, ardiente al sol; día que amenazaba la existencia con dos espadas paralelas: la pulmonía y el tabardillo.

Nos metimos en nuestros carruajes, y á Madrid. Mira tú lo que son las cosas: la imagen del pobre Federico, envuelto en la sábana y metido bajo tanta tierra, no se apartaba de mi pensamiento; pero se iba quedando ljos, muy lejos, desvaneciéndose un poco á cada vuelta de las ruedas del coche. En el mío traje á Calderón y á la pobre Peri, que se había secado las lágrimas y parecía más tranquila. Calderón es hombre indelicado é inoportuno, y creía sin duda que la mala reputación de Leonor le autorizaba para hacer burla de sus sentimientos, permitiéndose dirigirle chirigotas de mal gusto en ocasión tan triste. «Dime, ¿estás todavía con el malagueño, ó has vuelto con Guillermon?» Contestéle «Ia con desprecio, y á mí, francamente, me indignaba la grosería de mi amigo y su falta de respeto hacia lo que siempre es respetable, hállese donde se hallare. Poco hablamos durante el trayecto. Yo no hacía más que mirar á la Peri, contemplando con arrobamiento su rostro dolorido dentro del pañuelo atado á la chulesca. El infortunio y la tristeza la hacían más bella, ó á mí al menos me lo parecía. No te oculto nada de lo que siento, aun sabiendo que tal vez te burlarás de mí. Por eso te digo que la mujer aquélla me pareció interesantísima, y que me gustaba, sí, me gustaba; sentía en mí una propulsión misteriosa que hacia ella de la manera más espiritual me lanzaba. Mi dichosa impresionabilidad me iba armando ya una de esas tremolinas pasionales que tan comunes son en mí. No paraba mientes en la clase de mujer que es; no quise ver más que el sentimiento noble, puro y acendrado que mostrado había,

sin mezcla alguna de afectación, y la admiraba con toda mi alma. Tras la admiración vino no sé qué respeto; sí, respeto, no te hagas cruces. ¿Por qué no hemos de dar á las cosas su nombre? Yo veía en ella un calor de sentimientos que me era muy simpático, y entráronme ganas de arrimar á aquel rescoldo mi existencia espiritualmente solitaria y aterida. «Leonor—le dije, cuando nos aproximábamos á su casa, en la calle de Preciados, después de haber dejado á Calderón en la suya,—yo tengo que hablar contigo, y si me lo permites, ha de ser hoy mismo, ahora mismo. Te convido á almorzar. Iremos á donde tú quieras.»

No sé si el móvil que me impulsaba á hablarle así era un vivo deseo de estar á su lado, ó el propósito de interrogarla sobre ciertos hechos, referentes á Federico, que deseaba esclarecer, á fin de instruir con buenos fundamentos mi sumario. Creo que serían ambos móviles á la vez los que determinaron mi aproximación á aquella mujer. Aún le dije más: «Tú eres muy buena, Leonorilla, y yo necesito entenderme contigo sin tardanza; te necesito como amiga y como reveladora de ciertas cosas que deseo saber.

—No sé si podré—replicó sonriendo.—*Ese* debe de estar quemado, esperándome.—Suba usted y almorzaremos juntos... ó nos iremos á donde usted quiera... con tal que me dejen.»

Subimos. En la casa no había ningún hombre, lo que á ella pareció contrariarla, y á mí me fué muy grato. La criada enteró á Leonor de todo lo ocurrido en su ausencia, y creí entender que alguien estaba hecho un veneno por ausencia tan

larga. Habían salido en su busca... habían dado parte al alcalde de barrio. Leonor se refa. Que-déme solo en la sala, y desde allí la sentí tras-teando en su gabinete; oí rumor de lavatorio, criada y ama rezongando. Pronto entró la chavala transformada en mujer elegante, con una bata preciosa y chinelas rojas.

«Supongo—me dijo,—que usted desea saber algo de ese pobrecito...»

Se le humedecieron de nuevo los ojos, y sentándose junto á mí en la actitud más honesta, añadió: «Era, me lo puede usted creer, el primer caballero del mundo, y la persona más decente que había en Madrid.»

Apoyé sus afirmaciones con un movimiento de cabeza. Después me sonreí al oírle esto: «El día antes sabía yo lo que iba á pasar. Eché las cartas, y en *lo que esperas*, salió el siste de espadas, *muerde segura*, con el dos de copas, *sorpresa*, por causa de *la mujer de buen color*...»

—¿Pero es posible que tengas fe en esas paparruchas?

—No me han fallado nunca. Sale siempre clavado todo lo que rezan las cartas. Aquí estuvo el infeliz el día mismo del caso. No sé si debo contarle á usted lo que habló conmigo, que fué muy poco. Cuando el juez me cite, saldré del paso con cuatro papas; pero con usted, si me da palabra de callarse, seré más franca. Federico y yo éramos amigos, pero amigos... no sé cómo explicárselo... vamos, que no teníamos nada, que no había nada entre él y yo... En otro tiempo, sí, nos quisimos; pero ya... Eramos lo mismo que los matrimonios viejos... Como ilusión, no la ha-

bía... Le juro á usted que no me tocaba. Pero nos tentamos mucha ley, nos apreciábamos, y yo me aconsejaba de él, siempre que me vela en alguna situación mala, y él de mí.

—¡El se aconsejaba de tí, de tí! ¿Cómo?... Explícame eso... Pero vamos por partes y no nos aturrulemos. Claridad, orden ante todo. Lo primero que deseo saber, y tú podrás decírmelo, es si Federico tuvo grandes pérdidas en el juego estos últimos días.

—No, nó: todo lo contrario. La noche antes ganó muchísimo dinero, pero muchísimo... Al juez le diré sobre esto lo que me parezca, lo que no comprometa el buen nombre del pobre difunto.

—Sí; pero á mí me dirás cuanto sepas, todo absolutamente. Yo te guardaré el secreto, Leonor, y seré tu amigo... amigo, como lo fué él.

—Dificilillo es eso — me dijo sonriendo con tristeza, y mirándose las uñas. — Habrían de reunirse muchos perendengues. Esto viene de muy lejos, señor mío. Yo podré, en un abrir y cerrar de ojos, prendarme de un hombre y él de mí, y querernos más ó menos tiempo; pero una amistad como la que tentamos aquél y yo no es cosa de tres ni de cuatro días.

—Pues todo has de contármelo — repetí, devorado por la curiosidad, — y pronto.

—No vaya usted tan de prisa... Y además, hay cosas que no sé si debo decírlas. Son muy delicadas, y si usted no las entiende bien, podría pensar mal de nuestro amigo. No todos comprenden bien lo que pasa. Hay cosas... cosas, ¿eh? que parecen muy malas, y no lo son.

—Cierto; pero se me figura que yo entenderé todo lo que tú me confíes, y que la buena memoria de mi amigo no perderá nada por eso. Ahora, lo primero que has de decirme, y en ello sí que no puede haber aplazamiento, es lo que piensas tú de esta desgracia... ¿Qué ha sido? ¿Cuándo la supiste? ¿Qué dijiste al saberla? Nadie como tú le conocía á él; nadie como tú estaba al tanto de sus trapisondas... Tu opinión sobre esta muerte es de grandísima importancia, Leonor.»

Al hacerle la pregunta, interrogaba yo también la expresión de su rostro. La ví compungirse y llorar de nuevo. Enjugándose las lágrimas, me respondió con voz entrecortada:

«No sé, no sé... pero para mí... A Federico le han matado... Eso de que se mató él... qué sé yo... me parece invención de la justicia para tapar la verdad. ¡Pobrecito de mi alma, tan bueno, tan leal, tan persona decente! ¡Maldita sea la muy pilouga que tiene la culpa!

—¿Luego tú crees que aquí hay mano de mujer, ó influencia de mujer?

—Crea usted que sí la hay... Si el juez me pregunta sobre esto, me haré la tonta; pero yo tengo acá mi idea, y no hay quien me la quite.

—¿Cuál es tu idea?... Yo quiero saberla...

—Hay mujeres muy remalas.

—Eso es verdad; pero lo que falta saber es qué remala mujer ha andado en esto.»

Leonor dió un gran suspiro; se miró otra vez las uñas, lo que hacía siempre que meditaba, y por fin me dijo en voz queda:

«¿Para qué me lo pregunta, si usted la conoce mejor que yo?»

No quise pronunciar el nombre que flotaba en la confluencia de nuestras palabras. Tan sólo dije: «¿Federico te habló de esa mujer alguna vez, te dió cuenta de sus amores con ella?»

—Nunca, nunca—declaró la Peri con cierta dignidad.—Le juro á usted que nunca me dijo nada. Era tan delicado, que en esta casa jamás pronunció el nombre de las señoras que se chiflaron por él. Y cuando yo quería tirarle de la lengua, me lo negaba, crea usted que me lo negaba...

—¿Entonces, cómo sabías tú...?

—Lo sabía por otro lado; lo sabía... porque sí... como se saben muchas cosas.

—Bueno. Dejemos el origen de tu conocimiento. ¿Y en qué te fundas para creer que le mataron?

—Es corazonada... pero que no me engaño—respondió con acento convencido y picaresco.—Tan cierto es lo que pienso como éste es día... Yo me guardaré mi idea. No quiero confiársela á nadie.

—¿Ni á mí tampoco?

—¿Para qué? No hemos de poder probarlo. Si hablo de esto, podrían vengarse de mí.

—Bueno, pues dime una sola cosa, una sola, y no te pregunto más. ¿Crees tú que Federico murió á mano de hombre?

—Claro: de hombre...

—Me basta.»

Te refiero este diálogo, del cual poca substancia sacarás, para que comprendas la confusión de mis ideas. No quise insistir en mi interrogatorio; y como las necesidades corporales, por lo avan-

zado de la mañana, se nos impusieran, á entrambos se nos ocurrió que nada es tan inconveniente para los altos fines humanos como pasarse todo un día sin almorzar. Nuestra pena misma exigía la reparación orgánica, y hasta el intrincado problema que nos inquietaba pedía fuerzas materiales para ser tratado con la debida entereza y formalidad. Porfiaba ella en que almorzáramos allí; yo que en el *restaurant*. Venció por fin el sexo débil, y pasamos al comedor. ¿Acabaré de ser sincero contigo? Pues sí, ¿por qué no? Aquella mujer me tenía fascinado: ante mí se agigantaba, no sólo por su belleza, sino también, y más quizás, por no sé qué aureola moral que mi mente voluntariosa veía ó quería ver en ella. Nada, hijo de mi alma, que estaba yo enamorado... no retiro la palabra, enamorado de la Peri, y deseando manifestárselo; y has de saber también que lo que en mí sentía era muy por lo fino, algo de galantería caballeresca y sentimental que me andaba por dentro como lucida procesión, y... no sé qué más decirte.

Dejo la conclusión para otra carta, porque estoy fatigadísimo, y no puedo concluir sin llenar un pliego más. Hasta mañana.

XXXI

7 de Febrero.

¿Crearás tú que el almuerzo acabó en bien; que mi fascinación llegó á su apogeo, y que con el estímulo de los manjares y bebidas, me lancé á manifestar mis sentimientos, y alcé los amantes brazos y cayó en ellos la Peri, pagándome mi respetuosa afición con otra de la misma calidad ó quizás menos pura? ¡Quiá, no seas tonto! Si te has creído esto, bórralo de tus papeles. Ambos estuvimos muy desgañados de todo, muy tristes. Advierte ahora, en lo que vas á leer, de qué manera se enlazan en la vida las cosas tristes con las cómicas, y cómo nuestros propósitos y la realidad andan ó suelen andar á la greña.

No hablamos concluido nuestro almuerzo, el cual, dicho sea entre paréntesis, fué bastante irregular, como hecho en casa no muy bien regida, cuando vino á torcer el rumbo de mis alambicados pensamientos la brusca entrada de un sujeto conocido en el mundo de la galantería con el remoquete de *el pollo malagueño*. Supongo que no irás á buscar esta celebridad en el Vapereau, en el Larousse, ni en ninguna otra enciclopedia. No la busques porque no la encontrarías, lo que no quita que sea celebridad incontestable, al menos aquí, y que le conozcamos todos, unos de

vista, otros de trato, como yo, por desgracia. Te presento á este chulito de buena familia y mejor sombra, un poco torero, un poco aristócrata, un poco borrachín, tan ligero de palebras como torpe de entendimiento, guapo, eso sí, aunque afeinado, pies y manos de mujer, el cuerpo muy espigadillo, el pelo sobre la oreja, y un bigotito que parece de seda negra, los ojos como soles; hombre, en fin, á quien yo, siempre que le veo, daría de buena gana dos patadas en semejante parte, y te juro que no se las di en aquella ocasión por respeto á la que no vacilo en llamar... riete, hombre, riete hasta mañana... *dama de mis pensamientos*.

Pues, señor, lo mismo fué entrar el tal pollo que... ¿Crees que se arrió una gran marimorena, que la Peri y su amante se enzarzaron de palabras, que luego el chulo y yo nos liamos, y...? No, hombre, ten paciencia; no hubo nada de esas *tragedias* que en lenguaje filosófico se llaman *broncas*. Me parece que Leonor le saludó con un *¡hola, perdís! ¡ya estás aquí!* Pero no estoy seguro de si dijo esto, ó simplemente *¡válgame Dios, lo que está aquí!* En la duda no apuntes nada, no sea que después, en las edades futuras, armen los historiadores un eisco por dilucidar los verdaderos términos de esta importante salutación.

De lo que sí no me cabe duda, y esto puedes consignarlo con toda solemnidad, es que Pepe Amador, que tal es su nombre, llegóse á su querida, é hizo ademán de darle un sopapo, en broma se entiende, con actitud entre cariñosa y enojada, rebuznando así: «¡Míá que too un día y toa

una noche! Pamplinosa...! ¿pa qué esos papeles, si tú no eras ná del cadáver?»

Leonor se dejó acariciar de aquel gaznápiro, y volviéndose á mí me dijo: «Vamos, dígamelo usted con franqueza. ¿No es un disparate que yo esté tan chalafra por este animal?»

Iba á contestarle que, en efecto, el disparate era de los más gordos; pero no dije nada. Amador me saludó de un modo servil, con extremos de amistad, á que yo nunca había dado pie, porque el tipo me repugnaba. No manifestó en aquel instante la más ligera inquietud por mi presencia, y creo que aunque hubiera tenido celos de mí, se habría guardado muy bien de manifestarlos. Sentóse el chulapo junto á ella, y pronto empezaron á ponerse babosos, lo que me enfadó sobremanera. No comprendía yo, ciertamente, que una mujer de mérito... digo de mérito y no me vuelvo atrás, porque todo es relativo en este mundo... pues sí, no comprendía que una mujer de calidad amase á semejante gandul. En las ternezas y recriminaciones que ella le dirigió, creí notar confundidos el cariño y el desprecio. Analiza esto, hombre sesudo, si no te causa empacho. Yo te diría algo sobre el particular si tuviera humor para entretenerme en tales tontunas. Ya comprenderás que no me haría maldita gracia el gorro que intentaban ponerme aquel par de peines, y quise retirarme. Leonor se opuso, diciendo á su chico que tuviera formalidad.

Y ahora, procediendo con esa lógica que los sabios llamáis inflexible, creerás sin duda que ante el amor de la Peri por aquel tipejo, ante el espectáculo de las gansadas de él y de las zala-

merías de ella, me desilusioné de golpe, y que, súbitamente, me repugnó la que antes me parecía tan seductora. Crees esto, ¿verdad? Pues no señor, no fué así. Esas son las lógicas de los trataditos de Etica; las del humano corazón suelen ser ¡ay! muy distintas. Te diré, pues, que contraviniendo toda ley escrita, la chavala siguió atrayéndome y fascinándome, y sus debilidades manifiestas no me quitaron la ilusión de aquel extraño resplandor moral que creí ver en ella. Esto te parecerá un cien-piés; pero como es te lo cuento, y con la realidad no se gastan bromas.

Despedíme dos ó tres veces, y otras tantas Leonor y su querindango me retuvieron. En una de éstas el muy tonto se permitió dar su opinión sobre el suceso del día, contándonos lo que había oído en la esquina del Suizo, en la Taurina y en otros centros de instrucción y cultura. La versión recogida por Amador no podía ser más extravagante. Federico había sido muerto por Orozco.

«¡Qué barbaridad!—le dije.—¡si Orozco estaba aquella noche en las Charcas...! Me consta.

—Pues un amigo mío—replicó el chulo con la seguridad de la barbarie,—me ha dicho que vió á don Tomás á las once de la noche, en una calle que desemboca en el propio lugar del crimen. Iba bien embozado en su capa, con otro *chavó*. ¿Y esa?»

Yo me reí. La Peri también se rió, aunque con afectación notoria, como intentando encubrir su pensamiento. No quise entrar en discusiones sobre punto tan delicado, y me retiré, prometiendo á Leonor que volvería á charlar con ella, cuando pudiese consagrarme un rato largo, pero muy lar-

go. Convinimos en que me fijaría sitio, día y hora, y me marché por esos mundos de Dios en busca de las impresiones públicas y callejeras que no habían de faltar.

En las tres ó cuatro partes á donde fui no se hablaba de otra cosa. Fácilmente comprenderás que un asunto de tal naturaleza, formado de misterio y escándalo, ha de excitar vivamente la chismografía de la raza más chismográfica del mundo; raza dotada de fecundidad prodigiosa para poner variantes á los hechos y adornarlos hasta que no los conoce la madre que los parió; raza esencialmente artista y plasmadora, que crea casos y caracteres, formando una realidad verosímil dentro y encima de la realidad auténtica. Ante un suceso de gran resonancia, todo español se cree humillado si no da sobre él su opinión firme, tanto mejor cuanto más distinta de las demás. Oí, como puedes figurarte, explicaciones razonables; otras novelescas, aunque dotadas de esa verosimilitud propia de las obras de imaginación escritas con talento; algunas estrafalarias, pertenecientes al género de entregas, de esas que, llenas de chafarrinones, se te meten por debajo de la puerta. Todo lo oí con paciencia y atención, pues hasta los mayores desatinos deben, en casos tales, oírse y sopesarse para obtener la verdad. Personas encontré que se cebaban en el asunto con brutal fiereza, ávidas de hincar el diente en reputaciones hasta entonces intactas; otras que se inclinaban á lo más atroz, arriesgado y pesimista, y algunas que, gustando de tomar el simpático papel de la sensatez entre tanto delirio, proponían las versiones más anodinas y triviales;

pero en honor de la verdad, debo decirte que éstas hacían pocos prosélitos. La multitud se iba tras los que arbolaban estandartes rojos y llamativos, con algún lema muy escandaloso; tras los que anunciaban su tesis con tambor y cornetín como si exhibieran un fenómeno en las barracas de una feria. De todo esto, querido Equis, he de darte cuenta detallada, cuando yo esté más sereno, y tú menos harto de mí.

Dispénsame que no siga ésta; pero ya ves que el día ha sido de prueba. Júzgalo por el índice que á la carrera te trazo, y que parece el sumario de un capítulo de causa célebre: Autopsia.—Entierro.—Mi pasión por la Peri.—Almuerzo en casa de ésta.—Amador.—La opinión pública ó la confusión de las opiniones.—Abur, y date buena vida, que esto es lo único que se saca en limpio en nuestro breve tránsito por el más malo y el más tonto de los planetas.

XXXII

9 de Febrero.

Hoy, amigo mío, tengo que contarte algo muy importante; y como vivimos en plena atmósfera novelesca, porque cada quisque, con motivo de este suceso, inventa, zurce y enjareta argumentos más ó menos aceptables, se me ha pegado algo del amaneramiento artístico, y aspiro á excitar en tí el interés de lector, contándote los hechos sin seguir la serie de los mismos, esto es, empezando por el medio, para caer luego en el principio y saltar de éste al final, concluyendo tal vez con vaguedades, interrogaciones ó puntos suspensivos en que haya conjeturas para todos los gustos.

Pues verás: mi padrino me mandó llamar ayer. Supuse que quería tratar conmigo del trágico fin de Viera, y así fué. Nunca he visto al buen Cisneros como ayer le ví. Se distraía, se le iba el santo al cielo á cada instante. Visibles eran sus esfuerzos por disimular una turbación hondísima, pero no podía conseguirlo. Se encasquetaba la burlona máscara, que sabe usar como ninguno cuando le place; mas ni por esas. La turbación le salía por los ojos en destellos fugaces, por la boca en monosílabos y expresiones entrecortadas.

«Es una indecencia la opinión en este país—

me dijo temblando de ira.—No respetan nada... Esto es un escándalo.»

Enseñóme varios periódicos que daban cuenta del crimen, haciendo alusiones veladas á la familia de Orozco.

«Es cosa de ir y romperles la cabeza á esos miserables.

—Poco á poco, don Carlos—le respondí.—Estas cosas que antes eran la más sabrosa golosina de usted, ¿por qué ahora le enfadan tanto?

—¡Oh! no, no: si yo no niego que la sociedad está pervertida; que todo lo malo, por el solo hecho de ser malo, es verdad—indicó recobrando su papel;—pero si cojo á uno de esos periodistas, tendría mucho gusto en darle un estacazo... Conste que yo sostengo lo que siempre sostuve. Pero no confundamos las cosas. Si al tronera de Federico le da la vena de matarse, ¿tiene esto que ver con mis hijos? Ya sabes que no tengo cariño á Orozco; pero eso no quita para que... En fin, que me da la gana de indignarme con estas infamias, y no sé cómo tú no te indignas también. ¿Eres ó no eres de la familia?

—Yo comprendo que usted se sulfure—le dije,—y por eso ha tenido ayer una conferencia de dos horas con el juez que instruye la causa.»

Esta noticia del juez, adquirida y comprobada por mí el día antes, es el resorte que, debiendo ser expuesto al principio, reservaba yo para encajártelo al promedio de mi entrevista con Cisneros. Con este recursillo pensaba yo construir artísticamente la narración para jugar con tu curiosidad; pero, chico, se me ha escapado antes de tiempo, y yo no borro nada de lo escrito. En ri-

gor, debo preferir el orden lógico del relato á las triquiñuelas del oficio narrativo, que no son para usadas por aprendices.

Pues bueno. Cuando le encajé á mi tío lo del juez, se le descompuso la cara y montó súbitamente en cólera, diciéndome:

«Y tú, ¿qué sabes de eso? Mira, mequetrefe, te echo de mi casa, y no vuelves á poner los pies en ella. Veo que en tí no hay sentimientos honrados. Has dicho un embuste, una tontería, una estupidez, sí, señor.»

No sé las atrocidades que de su boca salieron; pero no negó que hubiese conferenciado con el juez. ¿Y como negarlo? Había perdido por completo la serenidad, y yo la conservaba. Iba y venía agitadísimo, de un ángulo á otro de la habitación, recogiendo los faldones de su bata arqueológica. A lo mejor, el enfurecido viejo daba puñetazos en todo lo que cogía por delante, fuera cofre, vargueño ó mesa de mosaico. Fijate en lo que decía:

«Llegara ocasión, si seguimos así, en que no pueda uno salir á la calle. Esto da náuseas. ¡Cuanta inmundicia en esa opinión! ¿Pero qué opinión ni qué...? Decididamente, yo le rompí el bautismo á alguien... lo que no quiere decir, enténdelo bien (parándose ante mí y amenazándome con el puño), que yo crea que el mundo es bueno. Manolo, créeme, vamos á un cataclismo. La sociedad no puede seguir así. Sus bases, las célebres bases de que hablan tanto esos papeles inmundos, hacen *crac, crac*. El matrimonio se hunde, las instituciones políticas y religiosas se desmoronan. ¡Ejército, Iglesia, Magistratura, pi-

lares podridos que sólo aguardan un encontronazo para caerse! Sí, Manolo, Manolito, tiene que venir un mundo nuevo... pero lo que digo: aunque sé que ese mundo nuevo ha de venir, y vendrá, no lo dudes, por el momento yo tengo ganas de dar un par de guantadas á esos que hablan de lo que no les importa, á los que acusan á las personas formales de crímenes ilusorios... Por lo mismo, hombre, por lo mismo que la sociedad está haciéndose polvo, quiero yo desahogarme... ¡Ah!... ¡qué tropa, hijol...! ¡Cuidado que permitirse reticencias contra mi adorada Tinital...! ¡Vamos, esto es el colmo de la desvergüenza y de la...! Por supuesto, yo reconozco que el mundo es un presidio esférico. El pecado, el mal son su dueño absoluto; pero la honradez y la pureza existen, ¿pues no han de existir? Hombre, aunque sólo sea como término imprescindible de comparación. Pues bien: yo te digo que estas atrocidades que cuentan ahora de la familia Orozco, son injustas y calumniosas... Yo estoy que trino; y si quieres que tu padrino te quiera, sal por ahí, y al primero que te suelte una alusioncita le rompes todas las muelas.

—Amigo don Carlos—le dije,—yo creo que debemos callarnos, pues ignoramos la verdad.

—Manolo, eres un cobarde... y tendré que arrojar-te de mi casa.

—Me marcharé, si usted se empeña; pero no sin decirle que la versión judicial respecto á la muerte de Federico me parece absurda.»

Aquí viene bien indicar que aquella mañana misma me dijo el escribano que de la sumaria no sale nada en que se pueda fundamentar el homi-

cidio. La justicia opina que Federico se dió la muerte á consecuencia de grandes pérdidas en el juego. Las diligencias continúan, sí, pero encarriladas ya en una dirección de la cual no se desviarán.

«Y en qué te fundas tú—me dijo Cisneros plantándoseme delante con aire jaquetón,— para creer que la versión judicial es absurda?

—En que me consta que Federico no tuvo pérdidas en los últimos días, sino grandes ganancias.

—Quita allá, tonto. Pues cualquiera prueba que hubo esas ganancias. Y aunque las hubiera... ¿qué significa eso? Vaya una manera de argumentar.»

Sin duda estaba el buen señor enteramente trastornado, ó á dos dedos del trastorno, porque de improviso mudó de acento y de expresión, y echándome el brazo al cuello, me dijo:

«Ven acá, tontín, carísimo ahijado mío... ¿Para qué te metes en lo que no te importa? ¿Qué averiguaciones son esas sin contar conmigo, que tengo más arte del mundo que tú? Entendámonos, y obremos de común acuerdo. De tí para mí, podemos comunicarnos nuestras impresiones. Lo que tú sepas, lo que pienses ó sospeches acerca de esta tremenda chiquillada del pobre Federico, confíamelo á mí, y yo con mi experiencia te daré la pauta lógica de los hechos. Cuéntame lo que hayas oído por ahí. ¿Te ha dicho algo la Peri? ¿Qué se habla en el Casino y en la Peña de los Ingenieros? Yo quiero saberlo. Es que... te diré: me gusta enterarme de los diferentes aspectos de la malicia humana, de todas las enfermedades de

la opinión, porque la opinión es una pura gangrena, ¿sabes?... Mala es la sociedad; pero la opinión, hijo mío, esa gran charlatana, merece ser tratada como la última de las mujerzuelas.»

Nunca le había visto tan fuera de su centro. En él luchaban las ideas que constituyen lo más típico y lo más agradable de su personalidad, con la obligación de aplicar á un hecho real criterio distinto del que siempre usa; luchaba también en su ánimo el afán de conocer la verdad con la vergüenza de ver mezclado el nombre de su hija en aquel drama incomprensible. El traqueteo de esta lucha; los brincos que daba su ingenio enzarzándose con su conciencia; los chillidos que á veces salían de lo más hondo de ésta; las ansias de la curiosidad; los bramidos del orgullo, queriendo sostener la idea pesimista por encima de todo, producían un zipizape espiritual que me hizo muchísima gracia. Créelo: me costó trabajo no echarme á reír, pues á veces se me representaban los sentimientos y las ideas de mi padrino como gatos que se arañaban y se mordían en furiosa reyerta. Llegué á creer que le daba un ataque de nervios, porque el pobre señor, en aquel ir y venir, parecía que bailaba ó que hacía volatines. Procuraba yo tranquilizarle, y al fin conseguí que se tendiera en un sofá. Al cambiar de postura, varió de tono. Habías de verle y oírle.

«Te confesaré una cosa: tengo un amargor en el alma que me atosiga. Yo sigo en mis trece: la Humanidad es esclava del mal; pero francamente, no me gusta que mi nombre ande en bocas de la caterva maliciosa. Me has de contar todo lo que oigas, aunque sea de lo más insolente y des-

vergonzado. Después, ¿sabes lo que hacemos tú y yo? Desafiar á medio Madrid.

—¡Ave María Purísima!

—Es que yo, aquí donde me ves, tengo el punto de honor muy delicado, y no aguanto que nadie me toque al pelo de la ropa. Estoy furioso; quiero emprenderla con alguno, dar un recorrido al que me contradiga, hacer cualquier atrocidad. Si me parece que he vuelto á los veinte años, á la edad valiente en que yo cobraba el barato entre los muchachos de mi taifa!

Quería levantarse. Yo le contuve, diciéndole: «Don Carlos, no sea chiquillo. Yo le contaré á usted todo lo que oiga. Pero advierta que la mayor parte de lo que se dice es pura necedad, novelas que cada cual compone á su gusto para reunir un público de tontes que las escuche y las aplauda.

—Bien, bien... así me gusta que te expreses... porque, francamente, cuando empezaste á hablar conmigo esta tarde, me pareciste inclinado á creer todas esas bolas que corren. Por eso quise echarle de mi casa. Me alegro de verte de acuerdo conmigo. Tú y yo pensamos lo mismo; tú y yo opinamos que la titulada Humanidad es un hatajo de pillos; pero en el caso presente rechazamos las suposiciones malévolas y nos indignamos... ¿Verdad que estás indignado, hijo mío? ¡Ay! hace dos noches que no pego los ojos, impresionadísimo, devorado por el despecho y la curiosidad... Mira, te lo diré con franqueza: deseo conocer la verdad, y temo conocerla. Es que no puede uno ser de roca, aunque quiera. Yo, que presiento la destrucción de la actual sociedad en un plazo más ó

menos largo, pero no en mis días, en mis días no; yo, que difícilmente admito móviles puros en la mayor parte de las acciones humanas, no soporto que anden por los suelos mi nombre y el de mi Tinita... Ya tú me entiendes. Esto es una calumnia, una asquerosa calumnia, y no debemos consentirlo.

—Mire usted, padrino—observé yo,—si no poseo la verdad, trato de poseerla. Le juro á usted por mi salvación que si doy con ella, la tendrá usted, por dolorosa y amarga que sea.»

Su primer impulso fué darme un fuerte abrazo; pero después le ví palidecer y fruncir el ceño, y me dijo con voz muy grave:

«Tú me contarás todo lo que oigas; pero no hagas averiguaciones; no revuelvas, no menees esto.

—Pero ¿qué mal hay en perseguir la verdad, la santa verdad, tío?

—La santa verdad, hijo de mi alma, no la encontrarás nunca, si no bajas tras ella al infierno de las conciencias, y esto es imposible. Conténtate con la verdad relativa y aparente, una verdad fundada en el honor, y que sacaremos con auxilio de la ley, de entre las malicias del vulgo. El honor y las formas sociales nos imponen esa verdad, y á ella nos atenemos.»

Dicho esto me abrazó de nuevo, y casi al oído me dijo estas palabras:

«No averigües nada, ni te metas á buscador de la verdad absoluta, que no encontrarás. El juez es hombre recto y muy amigo mío, y nos dará la solución. Tú la aceptas, la propalas, y al que te diga algo contra ella, le divides. Tose fuerte, y

tendrás siempre razón. Y ya que nos hemos explicado, te confesaré que el juez y yo hablamos. Es amigo mío y me debe su carrera, porque, conociendo su mérito, le saqué de Valoria la Buena, donde estaba obscurecido, y le llevé a Zamora, y de Zamora me le traje acá. No vayas á creerte que he ejercido presión sobre él. Es hombre de ideas lúcidas y de puntos de vista muy elevados. Bien sabe que no medianlo perjuicio de tercero, la mayor de las injusticias es arrojar inútilmente la ignominia sobre una familia respetable.

Yo quise objetar algo, y noté que se enfurecía. «Cállate la boca—gritó.—No admito observaciones tontas... Mira que te echo de mi casa. Tú no lo quieres creer; pues te arrojé, te pongo de patitas en la calle, como tres y dos son cinco.»

No me atreví á contrariarle, temeroso de que le diera un berrinche de consecuencias funestas para su salud, y en pago de mi silencio, me abrazó con paternal efusión, y me palmoteó bien las espaldas, llamándome su hijo querido, y asegurando que soy la persona de la familia á quien más ama. Me habría gustado que presenciara la escena, pues yo no puedo darte idea de las marrullerías de este viejo zorro. Ahora me acuerdo de que en una de tus cartas me dijiste que la figura de Cisneros te parece creación mía; que dejándome llevar de la fiebre narrativa y del natural deseo de cautivar á quien me lee, he pintorreado los rasgos y perfiles de la fisonomía moral de este individuo, haciendo una figura de realidad artística, pero no un verdadero retrato como esperabas de mí. No, querido Equis: te

juro que es retrato. No te mueva lo extraño de la silueta á dudar de su parecido y autenticidad. Piensa en las variedades infinitas que atesora la Naturaleza, en la abundancia de sus inagotables colecciones, donde así la fauna como la flora te ofrecen formas nuevas cada vez que las examinas. No es Cisneros invención mía, ni yo invento nada. ¿Y qué iría gauando yo con meterme á plasmador, aunque hacerlo pudiera? Siempre me quedaría muy lejos de la realidad. ¡Esa sí que inventa, y con qué garbo! ¡Qué cosas nos enseña, y qué sorpresas nos da! ¡Lo que sabe esa pícaral! Para comprender su maestría fecunda, ponte á hacerle la competencia y suelta las riendas á tu imaginación; dedícate á fugir, por ejemplo, tipos de plantas, variedades de animales. ¿A que te cansas antes de llegar á la millonésima parte de lo que ya existe, y desesperado tiras los trastos de imaginar? Pues lo mismo te pasaría en el inmenso capítulo de la psicología y los actos humanos. Echate á componer caracteres y acontecimientos, y verás cómo te quedas corto, muy corto. ¡Trabajo inútil y necio, cuando la realidad te los da siempre vivos y verdaderos, y siempre nuevecitos! La invención realmente práctica consiste en abrir mucho los ojos y en acostumbrarse á ver bien lo que entre nosotros anda... No sigo, porque ahora me acuerdo de que tú y yo solemos tronar contra las *consideraciones*, y éstas que haciendo estoy son quizás de las más soporíferas.

XXXIII

40 de Febrero.

Sigo la de ayer, que, aunque bastante largueta y pesada, iba incompleta. Contábale yo á mi tío alguna de las desatinadas hipótesis que habla oído, cuando entró Malibrán. Comprendiendo yo que mi presencia les contrariaba y que querían hablar á solas, apartéme, y les ví de gran secreteo durante un mediano rato. No llegó á mis oídos ni una sola sílaba, ni intenté atraparla tampoco. Que hablaron del suceso de autos, era indudable. Malibrán se expresaba con la vehemencia oficiosa de una persona que, por propia iniciativa ó por encargo, se ha impuesto la misión de arreglar un asunto de difícil compostura. Cisneros oía y como que dictaba un plan. Creí que, después de esto, Cornelio saldría á la calle; pero no fué así. Mi padrino parecía cansado y soñoliento. Le dejamos en el sofá, y nos fuimos á un gabinete próximo, donde el diplomático se puso á ver carteras de estampas. Yo hice lo mismo, y trabamos conversación, empezando él por darme un curso instructivo de Alberto Durero, Lucas de Leyden, Holbein y otros maestros, y te confieso que le oía con gusto, porque se sabe al dedillo la historia del grabado en talla dulce y del

agua fuerte, y la explica con amenidad y lucidez.

Cuando ya me pareció que habíamos hablado bastante de aquellas materias, metí el embuchado del tema que tratar quería, y le dije: «Vamos á ver, amigo Malibrán: usted, como todo el mundo, habrá formado su opinión sobre este lío. Dígamela usted con sinceridad, si no es indiscreción el desear saberla.

—¡Oh! no, indiscreción de ninguna manera —me respondió sereno y afectuosísimo.— Mi opinión es bien clara, y no la oculto á nadie. Desde el momento en que Orozco y yo recibimos la noticia en las Charcas, tuve una idea; y después de llegar aquí y de oír tanto disparate, no la he variado en nada. Creo que esto es sencillamente un suicidio por insolvencia, por no poder cumplir obligaciones contraídas en el juego, ofuscación del ánimo cuyo origen hay que buscar en un sentimiento bravío del honor y de la responsabilidad.

—¿Y no cree usted que...?

—¿Mujeres?... ¿La novela cursi que anda por ahí...? Por Dios, amigo Infante: considere usted que á nosotros nos corresponde juzgar estas cosas con un criterio racional y no con el de la patulea. Me parece que debemos rechazar la fábula vergonzosa que, además de ser inverosímil, va contra la reputación y contra el honor de amigos muy queridos.»

Puesta la cuestión en este terreno, no tenía yo más remedio que otorgar callando, y aun dije alguna frase ambigua en defensa de nuestros amigos. Sorprendióme la actitud de Malibrán, cir-

cunspicua hasta dejárselo de sobra, y amoldada á las formas diplomáticas, conforme al papel que tan bien sabe representar en el mundo. No me habría sorprendido semejante actitud si no me constara que un día antes había lanzado, en casa de San Salomó, una de las variantes más novelescas y estrafalarias del tenebroso drama. No me habría sorprendido si no supiera, como sé, que, noches antes del suceso, Malibrán se dejó decir en casa de la Peri, delante de varios amigos excitados por el *champagne*, que había descubierto el nido de amores de mi prima Augusta, y que sabía quién era él, aunque se reservó su nombre.

Pero, en rigor, nada debía cogermé de nuevas tratándose del carácter de un sujeto cuya falsedad y doblez se me revelaron bajo las exterioridades más cultas. Sin duda, tras un rapto de malevolencia manifiesta, había vuelto sobre sí, encerrándose en su papel social; sin duda, causado el daño que se propuso, había vuelto á vestirse la piel de cordero, dentro de la cual tan bien resuelve los problemas de la vida. Mi padrino y él se entienden de seguro, y manejan los hilos de la trama ocultadora.

Hablamos algo más, esforzándose él en demostrarme la necesidad de sofocar en lo posible el alboroto de las murmuraciones. Mira lo que saqué en limpio de aquel coloquio: que Malibrán aspira á hacerse grato á mi prima, abrazando su causa con ardor y defendiéndola con la donosa fraseología que posee el muy tuno. Seguro estoy de que sacas de los hechos expuestos la misma deducción que he sacado yo.

Pero espérate ahora, que voy á contarte otra cosa que te sorprenderá. De repente sentimos que mi padrino, desde la estancia próxima, nos llamaba: «Eh, pollos, que me tenéis aquí solo y abandonado.» Suele llamar pollos á todos los que no son de su edad. Comimos con él, y de buenas á primeras, como quien continúa en alta voz un monólogo, nos dijo riendo: «Por supuesto, yo estoy siempre en que ese yernecito que Dios me ha dado, ese Orozquito, es un buen punto...

—No estamos de acuerdo, don Carlos: ya sabe usted que yo...—apuntó Malibrán, firme en su papel.

—Amigo mío, usted se me va siempre del lado benévolo. Debe usted dedicarse á escribir vidas de santos, lo mismo que este tontín de Manolo, que sostiene que á Tomás debiéramos ponerle en los altares. ¡Qué inocencia! Si es el pillito más grande que... vamos... Extraño mucho que no lo comprendáis así. Si tocan á hacer santos, ahí está mi hija, que no es floja virtud querer á ese jesuitón como le quiere...

—La canonizaremos,—afirmó Malibrán, con una sonrisa que me dejó helado, pues había en ella el sarcasmo más sutil que imaginarse puede.

—Sí, canonizádmela—repitió Cisneros levantándose.—¡Pobre Tinita mfa! Cuánto debe padecer con estas infamias...

Malibrán y yo nos miramos sin decir nada; pero se me figura que él leyó en mis ojos mi pensamiento, como yo leí el suyo en los de él.

Y basta por hoy. Me parece que tienes para meditar un rato.

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE ALFONSO REYES
AGRADECIMIENTO

XXXIV

12 de Febrero.

Prepárate para oír las versiones del drama ocurrido en *el solar del polvorista*, que así, según supe después, se llama el sitio donde apareció muerto nuestro amigo. No te cuento todo lo que la fantasía popular nos regala, porque sería tarea interminable; te doy sólo las variantes que más aceptación tienen en los corrillos chismográficos, algunas corriendo con el crédito que le dan labios de reconocida autoridad en el arte de la maledicencia; otras desacreditadas, pero no por eso mal recibidas. La primera que te endilgaré es la que oí en la Peña de los Ingenieros, y se funda en datos suministrados por aquel viejo zorro de quien te hablé en una de mis cartas, ¿no te acuerdas? el que me aseguró haber visto salir á Augusta de cierta casa en la cual no debía de entrar con buenos fines. Roguéle me dijese cuanto supiera, y por fin me designó la casa, aunque no podía hacerlo del piso. Es una de las del paseo de Santa Engracia, próxima al *solar del polvorista*. Del portal al vertedero, habrá unos sesenta pasos más. Esta mañana hice mis pruebas topográficas sobre el terreno; pero te advierto que estas pesquisas son para mi uso particular, pues la primera condición que me puso el señor aquél

para clarearse conmigo, fué que no había de llevar ningún dato á las diligencias judiciales.

Vale más que te dé un breve extracto de sus propias palabras: «Mire usted, amiguito, yo no quiero meterme en líos, ni delatar á nadie. Si se tratara de un asesinato por robo, yo sería el primero en ayudar á la justicia con los indicios que tengo; pero en una desgracia ocasionada por amores clandestinos; en una tragedia íntima, de éstas cuyos factores son la pasión, los celos, el sentimiento exaltado de la dignidad y el honor, creo yo que no debe intervenir la acción de los ciudadanos. Por tanto, las noticias de la casa, que para mí son de una autenticidad incontestable, porque no una, sino varias veces he visto entrar en ella á esa señora y á su amante (que de Dios goce), se las comunico á usted para que se vaya ilustrando; pero ello ha de quedar entre nosotros, porque si usted tiene la debilidad de llevar este dato al juez, y el juez me llama, negaré yo la referencia y le dejaré á usted por mentiroso. Hablando en plata: creo que el poder judicial hace bien en no apurar la investigación de estos asuntos de amor y celos, porque las querellas y zaragatas por la posesión de una hembra, están, como el duelo, por cima de las leyes, dígase lo que se quiera. No extrañe usted que, cuando ocurre un caso como el de su amigo, sobre todo si el muerto pertenece á las clases principales, resulte que es suicida por lances de juego ó por arrebató de locura. Bien sé que la solución no satisface á la justicia estricta; pero me parece que el camino derecho produciría mayores males, por aquello de *summum jus summa injuria*.»

Dióme qué pensar la opinión de aquel sujeto, que reforzaba sus argumentos con sus canas, pues bien se le conoce que es hombre de consumada pericia y de erudición enciclopédica en todos los ramos de fragilidades humanas. Respecto al hecho, lo reconstruye de este modo: «Orozco tuvo noticia de la infidelidad de su mujer y del lugar donde podría comprobarlo por sus propios ojos. Presentóse allí en la noche del primero de Febrero.» Le interrumpí para hacerle ver que esto era imposible por hallarse Tomás en las Charcas; y él, echándose á reír, me dijo: «No sea usted inocente. Las coartadas se preparan con habilidad cuando se tiene empeño en ello, y lo que ha habido es el recurso vulgarísimo de fingir un viaje, despidiéndose y quedándose. Para mí, Orozco les sorprendió y no tuvo valor para matar á su mujer. Hirió al infeliz Viera, disparándole á quemarropa. Esta primera herida es la del costado, mortal, aunque no inmediatamente. El herido pudo huir. Acosado por el agresor, y cuando ya estaba caído y exánime, recibió el segundo balazo, el de la cabeza, con el cual quedó rematado.»

El aspecto de verosimilitud de esta hipótesis no ganaba mi ánimo, lleno de dudas acerca de la participación de Orozco. Cierto que por grandes que sean la virtud de un hombre, su prudencia y suavidad de costumbres en los actos corrientes de la vida, no podemos responder de que ese mismo hombre, movido de los celos y hostigado por el mayor ultraje que á su dignidad puede inferirse, no se transforme de pacífico en vengador. El conocimiento del carácter de una

persona nos puede dar la norma de su proceder probable en todas las situaciones sociales, menos en aquellas que se derivan de la pasión amorosa, los celos ó el honor. Tratándose de la situación creada á un hombre por estos grandes móviles, no podemos responder de que sus actos se contengan en un límite fácil de trazar. Se vuelve fiera irresponsable, y todas las prendas que constituyen su personalidad en la vida ordinaria, se eclipsan y se desvirtúan. Pues á pesar de esto, y de la posibilidad de la exaltación homicida de Orozco, yo no entro con ella. Mi entendimiento la repugna. Qué quieres que te diga: *no veo*, no puedo ver á Orozco, revolver en mano, persiguiendo á su enemigo. Ello podrá ser: pero yo no sé reproducir el acto en mi mente, no acierto á figurarme la cara ni la actitud trágica de un hombre á quien he visto ayer mismo ostentando una serenidad y un reposo de ánimo que... vamos, que no pueden en manera alguna ser obra de la hipocresía, y sostengo que no hay histrionismo en grado tal de perfección.

En la misma Peña corría otra variante, en la cual Orozco no figura sino como impulsor del crimen, por medio de un asesinato mercenario. Este esperó á Federico cuando saltó, y *pim, pam*. El principal sostenedor de esta historieta asegura que un amigo suyo, al pasar á las nueve de la noche por la bocacalle que da ingreso al vertedero, vió á un hombre de mala traza, y que á las diez le volvió á ver. Esto del matador pagado me parece todavía menos aceptable. Que Orozco matara, puede ser, aunque yo no *siento* el acto, ¿me entiendes? no hay en mi ánimo ese movi-

miento íntimo de fe que nos lleva á la convicción. Pero lo de comprar un asesino me parece contrario á toda lógica. Orozco no es capaz de eso.

Completaré estas noticias diciéndote que he tratado de hacer hoy, en la que llamaremos *casa del crimen*, algunas indagaciones. La casa, que es de construcción reciente, no tiene más que dos pisos, bajo y principal, y dos cuartos en cada uno de ellos. El principal de la izquierda y el bajo de la derecha están con papeles. Me inclino á creer que el bajo izquierda es el lugar nefando. Interrogo á los porteros; pero no he visto gente más discreta. Les ofrezco gratificación; les hago comprender que no soy de la curia, que no se les seguirá perjuicio por las revelaciones que me hagan, y nada. Tranquilos y confiados, ni aceptan mis dádivas, ni me dan ninguna luz. O son inocentes, ó están vendidos ya. Me inclino á creer esto último. Enseñaronme los dos cuartos vacíos, en los cuales todo indica que no han sido habitados aún. En el principal vive un procurador, con señora y la mar de chiquillos; en el bajo de la izquierda, objeto de mis sospechas, hay un almacén ó taller de muebles, de éstos que se anuncian en Madrid como almonedas. Entré; no se podía dar un paso, porque todo está obstruído con sillerías en blanco, butacas apiladas, sofás patas arriba. En el centro de la sala, llena de mil trebejos, y donde se masca el polvo del pelote y se le enredan á uno los pies en las sargas de muelles de acero, dos hombres trabajan en tapicería. La mujer que me enseñó el establecimiento, y á quien intenté hacer cantar ofreciéndole con habilidad buena recompensa, se ofendió de mis insinuaciones. Su altanería desdeñosa me pareció sincera ó muy bien fingida. A pesar de tantas señales contrarias á mi idea, no sé por qué insisto en pensar que aquellas paredes encerraron lo que yo presumo y Dios sabe.

Por lo demás, como adquisición de conocimientos reales sobre este problema, no he adelantado nada. La obscuridad es mayor cada día, el vértigo crece, la razón se apaga, y si de ésta no me vuelvo loco, creo que tengo asegurada mi cordura por todo el resto de mis días.

Hasta mañana, y dime algo, ilumíname. A veces el que está lejos de los acontecimientos ve más y mejor que el que los toca con sus narices. Dime cuanto se te ocurra, que por disparatado que sea, no ha de llegar á las gárrulas novelas que se forjan aquí. Adiós.

XXXV

14 de Febrero.

Allá va otra.

De seis ó siete versiones recogidas en el Casino, elijo la que tiene más prosélitos. Orozco es eliminado de esta hipótesis, y no figura para nada en el crimen. En cambio, aparece otro personaje que nadie sabe quién es: un segundo amante de la desgraciada Augusta. Cómo se determina la participación en el drama de este nuevo elemento, es cosa que cada cual explica á su modo, con criterios y puntos de vista originalísimos. Algunos atestiguan y refieren el lance como si lo hubieran visto. Uno de los presentes sostiene que Augusta entró en la casa con el desconocido á eso de las nueve y media. Las once serían cuando entró Federico. «¿Pero usted le vió?» A esta pregunta te contestan: «Yo no le ví; pero me lo ha contado Vargas.» Cuando llega el llamado Vargas, que es un *sportman* y *ciclista* muy conocido, se le interroga con toda solemnidad; pero resulta que él no vió nada, sino que se lo dijo un amigo, capitán de infantería, el cual se marchó ayer á las Baleares. ¡Alabado sea Dios! Danme ganas, querido Equis, de ponerme en marcha inmediatamente para Mallorca, á fin de evacuar esta cita.

Pero lo pienso mejor, y me quedo. Lo referido á Vargas por su amigo es que la señora (falta averiguar si el tal capitán la conoce, ó si, habiendo visto entrar en la casa á otra mujer, da en creer de buena fe que era la persona de quien tanto se habla hoy) llegó en coche simón con un sujeto, del cual no puede decir sino que tenía barba larga y rubia. «¿Era alto?—Más bien alto que bajo... bien vestido.» En seguida empieza la tarea sabrosa de personalizar este dato, y unos en serio, otros en broma, le cuelgan el muerto á varias personas conocidas, entre ellas á tu amigo Bueno de Guzmán, el cual no vuelve de su asombro al encontrarse con que es la auténtica *tía Javiera* del asesinato de Federico. Bromas aparte, esta versión la tienen muchos por aceptable, y alguien la cree como el Evangelio. Varían las apreciaciones respecto al desconocido: quién le tiene por caballero ó persona de nuestra clase, quién por hombre ordinario. Un primito de Villalonga, de éstos que, cuando se habla de acontecimientos misteriosos, se pirran por ser á todo trance testigos presenciales, jura y perjura que hace dos semanas próximamente, á eso de las once de la noche, vió á la de Orozco por calles extraviadas de Chamberí paseando del brazo de un hombre que no le pareció caballero. *Por cierto que le chocó.* Da las señas: alto, fuerte, con barba rubia y larga, ropa holgada y de feo corte, aspecto extranjero, como de maquinista ó jefe de alguna industria. En fin, ya puedes figurarte lo que vería el muy linco. Primero se deja matar que sufrir el desaire de no haber visto alguna cosita.

Y qué, ¿crees tú esto? Yo no lo acepto, ni en absoluto lo rechazo, pues la misma confusión en que estoy me obliga á admitir todo lo humanamente probable, y á no poner puertas al campo inmenso de la fragilidad femenina. Anoche pensé bastante en el hombre misterioso y barbudo, alto, grueso, como le describió aquel demonio de chico. Francamente, no caigo en quién pueda ser. Casi, casi me decido á eliminarle, como un fantasma intruso, de la serie de hipótesis razonables.

Pues verás ahora la más salada. En casa de la de San Salomó hay paráfrasis para todos los gustos. Pero la marquesa tiene una suya, que no confía sino á ciertos amigos de mucha confianza, siempre con la nota marginal de que lo sabe por el conducto más fidedigno. Te transmito el dicharacho de la ilustre dama sin quitar punto ni coma: «Pues yo sé la verdad, la pura verdad. Crea usted que esto es lo auténtico. Se lo diré á usted si me prometé guardar el secreto, y le advierto que la persona que me lo ha dicho lo sabe... vamos, lo sabe como si lo hubiera presenciado. Ni Orozco ni hombre alguno tienen culpabilidad. Ella, ella fué quien le mató por celos de la Peri. Hacé días que venían las cosas muy tirantes: cada cita era un altercado. No, no lo dude usted, que esto es como el Evangelio. Se sabe dónde compró el revólver; se sabe que á un amigo futuro (que no puedo nombrar... usted considere) le confió su propósito de matar á Fritz. Pero qué, ¿no cree usted en las mujeres que matan? Aquella noche fué grande la marimorena. Augusta disparó, y le atravesó el hígado, y el estómago, y el

espinazo, y la vejiga, y no sé qué. Salió el pobrecito y fué á caer en el sitio donde le encontraron.

—Pero, señora, ¿y la herida en la frente, que es la mortal de necesidad?—objetan todos los que oyen versión tan chabacana.

—No hay tal herida en la frente—responde imperturbable la marquesa.—Es usted un cándido y un tragabolas. El forense, el mismo forense (bajando mucho la voz) ha dicho á un amigo mío, á quien no he de nombrar, que no había tal herida, y que eso se puso en el informe pericial para dar por probado el suicidio. Créame: lo que le cuento á usted es lo que pasó... ¡Ah! el enderezar este entuerto les cuesta un pico á Orozco y á don Carlos.

—Pero, señora, permítame usted que ponga en duda...

—De incrédulos está el infierno lleno... Digo lo que sé, y sólo añadido, amigo Tal, que esto se queda entre usted y yo. No vayamos ahora pregonándolo por ahí. Pero créalo... créalo y cálese.»

Esto me lo contó el *Catón ultramarino*, el cual ni lo creía ni callaba, y por su cuenta y riesgo, después de oír á *tirios* y *tróyanos*, dióme también su versioncita. Orozco sorprende á los amantes... (se da por supuesto que no hubo tal viaje á las Charcas); Augusta se echa á los pies de su marido y le pide perdón. ¡Ah, oh! Federico, siempre orgulloso, desafia al marido. ¡Oh, ah! Este saca un revólver, y alargándoselo al otro, le dice: «No, aquí quien debe morir eres tú. Si hay en tu alma una chispa de sentimiento del honor, ya sabes lo que tienes que hacer.» Al otro le parece la fra-

terna muy puesta en razón, coge el arma, y *pim, pum...*

¿Querrás creer, Equisillo, que no dormí en toda la noche, pensando en esta interpretación, en la cual vela no sé qué lejanos vislumbres de certeza? Pues aguardate un poco. Hoy por la mañana salí decidido á comprobar la coartada de Tomás; bajéme á la estación del Norte, y con el testimonio del jefe, de varios empleados y del inspector de la Sección, puedo afirmar, sin ningún género de duda, que Orozco y Malibrán estuvieron en las Charcas toda la noche del 1.º al 2 de Febrero. Como que el inspector les acompañó, y cenaron juntos, y estuvieron charlando hasta las doce, hora en que se acostaron los tres, en una misma habitación por más señas, pues los alojamientos en aquella finca dejan mucho que desear. El inspector me merece crédito. Mas no satisfecho aún, cojo el tren, me planto en las Charcas, y compruebo aquel testimonio con los del jefe de las Zorreras, de los guardas del monte y de la mujer que tienen allí para hacer la comida á los cazadores. En fin, chico, que la coartada de Orozco es un hecho incontestable, y que probándola he quitado al problema un gran elemento de confusión.

Más noticias. En los corrillos del Congreso, á donde voy ahora lo menos posible, también he oído cada catálogo que canta el misterio. No te lo cuento para no trasladar á tu cabeza la olla de grillos que tengo yo dentro de la mía. Joaquín Pez me dijo hoy con mucho sigilo: «Tengo un gran dato, amigo Infante, que arroja mucha luz. Me ha dicho el marido de la sobrina de la nuera

del forense... ya ve usted que el conducto no puede ser mejor... me ha dicho que, comiendo ayer el forense en casa del hermano de la cuñada de su primo, dijo esto: «la herida del costado es de homicidio; la de la frente de suicidio.»

—No es mal dato—le contesté,—si resulta cierto. Mas para comprobarlo, necesitamos recorrer ese laberintico rosario de la nuera del hermano del tío de la sobrina. . Verá usted, amigo Pez, cómo, al llegar al forense, resulta que el buen señor no ha dicho esta boca es mía.»

Esta y otras especies corren por allí, cuando no hay asuntos más graves de qué tratar. Los periodistas, justo es decirlo, si son los más fecundos en combinaciones novelescas, parecen haberse propuesto no lastimar á la familia Orozco. Si el *reportismo* y la fiebre de la noticia les inducen comúnmente á explotar cualquier asunto que dé saborete y picor de escándalo al papel de la mañana ó de la tarde, basta una indicación amistosa hecha en estos pasillos, para poner coto á las reticencias contra personas respetables, sobre todo si éstas son de las que, por no mezclarse en política, están libres de odios personales ó colectivos. Por tal medio, fácil ha sido conseguir que los nombres no aparezcan en letras de molde. Esto no significa que los estragos de la opinión no sean grandes, porque al barullo anónimo de la prensa se une el *reportismo* oral, que es más difusivo, más penetrante, y tiene entre nosotros increíble fuerza. La cháchara verbal destruye las reputaciones privadas y públicas más pronto y más eficazmente que la cháchara escrita... Antes que se me olvide: un periodista me

reprodujo esta noche la opinión aquella del forense sobre la naturaleza de las heridas; pero á la inversa de como me la transmitió Joaquín Pez, es decir, que la herida de la frente era de homicidio, la del costado de suicidio. Respecto al origen de la noticia, diómela por auténtica y autorizada á no poder más. Lo había oído él mismo, la noche anterior, en la tertulia de no sé qué ministro, de boca de un respetable sujeto de la curia. Con que ve tomando notas, y acaba de volverte loco como tu corresponsal y amigo.

El cual anda ahora tan sin brújula, que no sabe por dónde va, ni se entera de lo que ocurre en las filas parlamentarias. ¿Querrás creer que estos días ha votado el buen Infante no sé cuántas leyes, y ha dicho sí ó no en multitud de resoluciones, sin tener conciencia clara de sus actos legislativos?... Soy un simple número, una energía mecánica, inconsciente; voy con la masa, á donde la masa va. En mi oído suena el run-run de las votaciones, y presiento que hemos hecho la dicha del país con leyes como la de Enjuiciamiento criminal, y las de Acuñación de plata, del Trabajo de los niños en las fábricas, de Rectificación de listas electorales, etc... item más con multitud de ferrocarriles que raudos cruzarán el patrio suelo en todas direcciones. Me convido, por lo que oigo decir, de que he votado todas estas cosas tan buenas, y estoy dispuesto á votar la transubstanciación del Verbo si me la ponen delante. No me pidas cuenta de nada, ni aun del olvido en que tengo los asuntos del infame distrito. Si murmuran de mí en esa tierra de maldición, hazme el favor de decirles que ahí me

las den todas. Les odio con toda mi alma, y deseo que el cielo les aflija con mil calamidades, sequías, riadas, pedriscos y ciclones, y un terremoto de añadidura; que no quede en pie ni casa ni árbol; que pasen á mejor vida todas las reses, incluso los caciques del pueblo, y que la tierra sea infecunda y no produzca ni un solo ajo. Abur.

XXXVI

46 de Febrero.

He aquí que me presento en casa de la Peri, con ánimo de tener con ella la conferencia que vivamente deseo.

Y la hechicera quiere echarme las cartas, rasgando con su dedo de rosa el denso velo del porvenir... ¡atiza! Mas yo se lo quito de la cabeza, abordando el asunto que me hace penetrar en aquel mágico santuario de la... permíteme que no acabe la frase.

Y Leonorilla pone unos morros muy... no sé cómo, apresurándose á variar la conversación. Y he aquí que, burla burlando, cuéntame que ha reñido con el malagueño pollo, de rizada erencha, y echádole de su casa por las escaleras abajo. Es un chulapo, un indecente, un marica y un qué sé yo cuántos. Alabo su juiciosa resolución, añadiendo que el tal mancebo me es

bastante antipático, y que ella se merece más, mucho más, por su buen corazón y sus sentimientos hidalgos y generosos. No recuerdo bien si dije lo de hidalgos y generosos; pero algo así, ó poco menos, fué lo que brotó de mis autorizados labios.

Perdona la falta de formalidad con que te escribo; pero mi espíritu se inclina ya á tomar en broma todos los asuntos y á hacer chacota de lo más grave, porque no hallando juicio ni seriedad en parte alguna, las ideas se me vuelven chirigotas, y las rigideces de mi voluntad se convierten en dislocaciones de payaso.

Pues he aquí que, á poco de interrogar á la Peri, me encuentro su sinceridad tapiada á piedra y barro. No es la misma mujer que ví días antes; ahora es toda reserva, medias palabras, y una discreción bien poco en armonía con su oficio. Total, que Leonor no sabe jota; le falta poco para decirte que no conoció á Federico. Se ha vuelto completamente ignorante de lo que éste hizo en los días que precedieron al crimen. No le consta que ganara ni que perdiera al juego; no le consta que tuviera amores con ésta ó la otra dama; no se ha enterado de cosa alguna, ni hay medio de arrancar á su bonita boca una sola frase que ilustre el asunto. Excuso decirte que observar esto y desilusionarme de ella, fué todo uno; más claro, que en un instante se me borró del espíritu la fascinación que me había producido su fidelidad hacia el pobre muerto, y el sentimiento que mostrará el triste día de la autopsia. Aquí tienes cómo se desvanece una pasión, nacida tan de improviso, y de improviso

trocada en desvío, suspicacia, lástima ó no sé qué.

Pero espérate, que falta lo mejor. En ella se determinó el fenómeno contrario; quiero decir, que en el momento en que yo me apagaba, como luz á la cual se da un soplo, ella se encendía súbitamente, como si la llama pasara de mi sér al suyo por arte milagroso. Vamos, que le estaba yo haciendo tilín, un tilín tremendo, según me manifestaron sus ojos flecheros y sus actitudes insinuantes. En fin, que á la media hora de conferencia empezó á hacerme cucamonas, y yo, frío y completamente desilusionado, di en dejarme querer, imaginando que por aquel camino podría romper la reserva en que la muy bribona se había encerrado, metiéndose también á diplomática.

Las garatusas iban en *crescendo* alarmante: díjome que soy muy simpático, que se le alegra el alma cuando me ve, y que le da el corazón que íbamos á ser amigos, pero muy amigos. Yo apoyé estas enamoradas razones, y en la confianza que rápidamente se estableció entre nosotros, pude obtener algún indicio de su cambio de conducta. «Mira, monín—me dijo tuteándome ya y tirándome de las orejas,—yo no me meto con la justicia. Desde el momento en que han querido liarne á mí también en esa muerte, me he plantado, chico, y ya no sé nada, ni estoy en autos de lo que aquél hacía ó dejaba de hacer. En fin, que no toco pito, ¿sabes? Eso le dije á ese tío de juez, y eso te digo á tí, que también andas por ahí buscándole tres pies al gato. Si quieres que seamos amigos, echemos tierra, mucha tierra. El pobrecito está en la sepultura, y de allí no le

han de sacar tus diligencias, ni las más, ni las de nadie. Hoy le he mandado decir cuatro misas: créete, eso es lo que ha de valerle para la otra vida, y no las averiguaciones en ésta. Que si fué suicidio, que si no; que si le mató tal ó cual mano... Mira, nada importa esto para su alma, que debe de estar ahora en el Purgatorio por ciertos pecadillos; aunque yo pienso que la soltarán pronto, pues era bueno y leal como ninguno, más honrado que el sol, y caballero hasta por encima de la coronilla. Créeme á mí y déjale ya en paz al pobrecito.»

Se conmovió un poco al recordar á su amigo, añadiendo con dolorido acento que otro como aquél no volvería á tener en su vida. Esto picó mi amor propio, y me propuse para la vacante de aquella amistad, que se me pintaba como tan acendrada y pura. Leonor rechazó la propuesta, dándome á entender que Federico era insustituible; que siendo yo muy bueno, no concurrían en mí las circunstancias especialísimas que hicieron de la amistad del otro un lazo ininteligible para los que no estaban en el secreto.

Por más empeño que puse, ya fingiendo cariño, ya recurriendo á mil arbitrios dialécticos, no conseguí que me explicase qué clase de relaciones ó tratos constituirían aquella amistad. En este punto su reserva fué impenetrable, y no vacilo en reconocerlo, tenía ciertos asomos de dignidad, impropios de su vida relajada. Púsose muy seria, y examinó muy detenidamente sus rosadas uñas, para decirme: «Siento haberte hablado algo de esto, y si pudiera recogerlo lo recogería, como hacen los de las Cortes cuando se les escapa una

barbaridad. Lo que pasaba entre Federico y yo es cosa *particular* nuestra, tan *particular*, que si quieres que yo te quiera, has de coserte la boquita y no hacerme preguntas, porque te planto en la calle, como he plantado á ese puerco del pollo malagueño, que maldito sea y toda su casta.»

¿Qué te parece? Lo peor del caso es que no puede uno menos de respetar estas delicadezas... *particulares*, que tal vez tienen un origen espiritual y elevado. ¿Crearás que, hablando de ello, mi impresionabilidad hizo de las suyas, y volví á ilusionarme unas miajas con la persona física y moral de aquella mágica hembra? Entre mil cosas que dijo, hubo una que me dejó pasmado. «Y no te creas que le vas á sustituir, porque te juro por estas cruces que el vacío que ha dejado aquí en mi alma aquel buen amigo, no se llenará jamás, aunque yo viva cien mil años y medio, porque no ha nacido el hombre que lo pueda llenar. Con que ya lo sabes, y basta de matemáticas.»

—De modo—le dije entre risueño y meditabundo,—que cuando yo pensaba que venía á heredar al pobre Federico, resulta que heredo...

—A ese mequetrefe, á ese lameplatos, á ese gatera—replicó sin dejarme concluir.—Ya ves si soy franca. Yo pongo todo el corazón en la boca, y enseño todo mi natural, todo, todo, menos una parte que se me queda dentro. Soy yo muy desfachatada, muy abierta, muy frescota; pero también muy *acá para mí*. Entrego al que *habla conmigo* las llaves todas de mi natural, menos la de un cuartito reservado, que ya no se volverá á abrir, porque se mudó el inquilino. ¿Estás en lo

que te digo? Eres ahora mi caprichito; me gustas; te quiero; me haces ilusión. Durará dos meses, tres, un año; puede que menos, puede que sólo dure ocho días; pero si me quieres, si te gusta, tómame tal como soy. El día que me canse te lo diré. Yo no sé fingir. Ahora me da por echar-te los brazos; mañana te pegaré una coz. No te rías: doy coces cuando me abito de un hombre, y al pollo le eché á la escalera, dándole así, con el pie para atrás, hasta que se me quitó de delante.»

Hágome cargo de tu asombro al leer estas tonterías. No creas que quito ni pongo nada. Estaba montísima la tunanta aquella, que no por ser quien es, deja de tener en su carácter algo que admirar debemos, aunque uno se proponga no admirar nada, salvo la belleza corpórea, tratándose de hembras de tal clase. Verás ahora el complemento de la escena de ayer, que quisiera referirte con todos sus pormenores, por la lección que encierra y los horizontes que abre al conocimiento de las cosas humanas. Al pasar de la sala al gabinete, ¡oh sorpresa! me veo colgado de la pared un soberbio tapiz. Al punto se me iluminó la mente, y lo reconocí; ¿pues no había de reconocerlo?

«¡Ah! bribona, ya te has caído—le dije abrazándola por el cuello, mientras ella me abrazaba por la cintura.—Ya te cogí. Ese tapiz te lo ha dado mi padrino. Si lo conozco, si lo he visto allí mil veces. Es flamenco, cartón de Rubens ó Jordaens, y de los repetidos, que él guarda para sus cambalaches. No me lo niegues: te lo ha dado en pago de tu silencio, quizás para que prestes una

declaración falsa, asegurando al juez que Federico perdió grandes cantidades á la ruleta en los días anteriores á su muerte. Vamos, confiésemelo todo. ¿Somos ó no amigos? Ello ha de quedar entre nosotros.»

¿Cómo había de negármelo? Ni siquiera lo intentó. Desconcertada primero ante mi brusca interpelación, pues ya no se acordaba del tapiz, pronto se echó á reir, confirmando con cuatro palabras lo que yo expresé, no sin añadir algunas explicaciones.

«Me lo dió Cisneritos, es cierto... Ya sabes que es mi amigo desde que tomé la alternativa. Yo se lo había pedido muchas veces, y siempre me lo negaba el muy perro. Pero estos días... Te contaré: lo que él quiere es que yo me calle, no que declare eso que tú supones. Al juez le dije que no sabía una palabra. Porque verás... si yo hubiera boqueado más de la cuenta, podría armar un lío de mil demonios. ¿Pero qué se saca de deshonar á una familia respetable? Hazte cargo. Lo que quiero es que me dejen tranquila, y no me traigan ni me lleven. Te diré otra cosa: Cisneros pensaba que yo tenía cartas de Federico ó papeles de compromiso para alguien... Le traje aquí para que viera que no hay nada. Me registró todos los muebles como un celoso. En fin, que ese viejo marrullero me estuvo mareando dos días, y yo le dije, digo: «Ahora sí que me he ganado el tapiz.» Vamos, que me lo dió, á condición de que me volviera muda, y no declarara en substancia cosa ninguna, guardándome mucho de esos trompeteros de periodistas. ¡Qué o'lio les tiene! Pues, la verdad, yo, como todo el mundo,

me había compuesto mi novelona para embocársela á los de mi tertulia.

—¿Y cuál era tu novela?

—Pues que se mató él mismo delante de tu prima, porque descubrió que ella se la pegaba con Malibrán.

—¡Jesús!

—Francamente, como en casa de la San Salomó contaban que ella le había matado por celos de mí, yo me abronqué y dije: pues antes que me envuelvan, voy á salir yo también con mi romance de ciego. A todo el que venía aquí se lo encajaba, y tan fresca... Súpolo Cisneros, me mandó llamar y me dijo, dice: «Chica, ¿qué haces? Mira que si te descuidas te mando á presidio.» Me asusté; faltóme poco para llorar. En fin, que le prometí no mentar más el crimen y plantarme en que yo no sé nada. Total: que con esto y algo más, me gané el tapiz.»

Tales declaraciones, á pesar del acento de sinceridad con que Leonor las hacía, me parecieron, si no falsas, incompletas. La pícara me decía una parte no más de la verdad, la menos importante tal vez. Incansable yo en mi plan investigador, puse cerco á sus camándulas, redoblé mis zalamerías, ensanché todo lo que pude el campo de la confianza, y por fin hoy, transcurrido un día de estas fáciles relaciones, he logrado arrancarle aquella otra parte de la verdad que me escamoteaba. Vas á saberla.

Cisneros le propuso declarar ante el juez que Federico había estado en su casa el mismo día 1.º de Febrero por la mañana, angustiadísimo, y le había dicho: «Si no encuentro de aquí á la

noche determinada cantidad, me pego un tiro.»

«Tanto y tanto me predicó ese viejo zorro —añadió Leonor,— haciéndome ver que con estas mentirijillas no perjudicaba á nadie y podía hacer mucho bien, que cedí... Claro, no perjudicando... ¿qué importaba...? ¡Abl también quería que dijese que Federico me pidió dinero á mí, y yo no se lo quise dar... A esto me resistía; pero, chico, el tapiz se me había montado entre ceja y ceja... Era un antojo, y soy temible cuando me encapricho por algo... Hicimos nuestro trato, y punto concluido... Pero no sabes lo más salado, y es que me porté cochinemente con Cisneritos. Cuando me encontré delante del juez, entráronme remordimientos, y pensé que si decía lo que me mandó el vejete, arrojaba una mancha sobre el buen nombre de mi amigo querido, el número uno de los caballeros de Madrid... Nada, nada, que se me resistía declarar aquellas papas... yo soy así. El escribano me hizo muchas cucamonas, y el secretario me dijo mil porquerías, y entre todos me estuvieron mareando un rato. Pues, chico, me atufé y me dió la santísima gana de no soltar prenda; que yo no sabía una palabra, que no había visto al *interfecto*, que no me constaba si ganaba ó perdía. Allá escribieron todito lo que dije, firmé y á vivir... Tú dirás que me porté mal con don Carlos, y que debía devolverle el tapiz... Pero ya ves: era una indecencia que yo dijese de Federico cosas que le ponen en mal lugar. Vamos, que me acordaba de él, y los ojos se me llenaban de lágrimas. Yo tengo todos los defectos, todos, menos el de la ingratitud... El pobrecito fué siempre muy bueno para mí. ¡Cómo había

yo de...! Verdad que no cumpliendo con Cisneros, debía decirle: «Tome usted su arrastrado tapiz, que yo soy más persona decente de lo que usted se piensa...» Pero sobre que no tuve alma para devolver el regalo, ¿no te parece á tí que es justo jugarle una partida serrana á ese tío, más malo que el no comer?... Y bastante favor le hago callando, ¡digo! Mi *no sé nada*, mi *no he visto nada* valen bien, no digo yo un tapiz, sino media docena.»

¿Qué te parece? ¿No es verdad que este rasgo pinta una persona? ¿No ves á Leonor enterita con sólo la relación de un acto suyo? Lo único que me resta decirte acerca de esta gitana, cuyos desplantes abomino á veces, y á veces no puedo menos de admirar, es que mis habilidades para saber algo más fueron de todo punto inútiles. No me han valido mimos ni triquiñuelas capciosas para obtener de la chavala algún indicio de la clase de conexiones que con Viera tuvo. Ignoro si seré más afortunado en lo sucesivo; pero no sé por qué se me figura que cuando ésta se planta, no valen contra ella ni aguijonazos ni palmaditas. Plantada se queda, y hay que matarla ó dejarla.

Allá va otro detalle que, si nada tiene que ver con el asunto principal, merece consignarse para regocijo tuyo y mío; que viene bien un poco de sainete entre estas seriedades fúnebres y curialescas. Estábamos Leonor y yo conversando íntimamente, en el mayor abandono y confianza posibles, cuando sonó la campanilla; oí ruidos de voces, y la doncella entró muy sofocada en el gabinete anunciándonos que el pollo malagueño se

había presentado en actitud hostil y camorrista. Habías de ver á la Peri saltar en paños que más que menores debieran llamarse mínimos, y agarrar una zapatilla, arma que, según dijo, le bastaba y le sobraba para poner en vergonzosa fuga al invasor. «Verás, verás qué prouto le despacho—me dijo risueña y nerviosa, sin acertar á meter los brazos en las mangas de la bata.—No le puedo ver... ¡Indecente, gandul, canalla...!» Salió en medias, pantufla en mano, y sentí luego un gran vocerío; mas no me pareció que sonaban zapatazos. A poco volvió Leonor, y riendo me dijo: «¡Pobrecillo, está muerto de hambrel! Es preciso que coma, al menos.» Metió sus dedos, de rosadas uñas, en el bolsillo de mi chaleco, y me sacó cinco duros, que por conducto de la criada pasaron á las necesitadas manos del mocito aquél, de lánguidos ojos. Al hacerle la limosna, la gitana le mandó este cariñoso recado: «Dale eso para que coma, y dile que aquí no venga más, porque estoy de él por encima de los pelos, y que vaya á que le mantenga el Nuncio.»

¿Y qué dices tú ahora de mis depravaciones, de mi caída en la profunda ciénaga del vicio, *do se anidan* (¡atizal) todas las sierpes venenosas que destruyen el alma... y el cuerpo? Haz el favor de no llevarte las manos á la veneranda cabeza. No hay tal vicio ni cosa que lo valga. Es la vida, chico; el desenvolvimiento biológico dentro del medio social... Vamos, si esto no es filosofía, que venga el diablo y lo vea. ®

XXXVII

17 de Febrero.

Evangelio del día, *secundum Villalonga*. Este astuto vividor, bulle-bulle de la política, que es en él pasión y oficio, se ha vuelto de poco acá hombre de orden. Su lengua de hacha, que antes convertía en leña las reputaciones más sólidas si se le interponían en su camino, ahora es una lengüecita muy enguatada, y más lamedora que cortante. Aspira el tal á ocupar un puesto en la situación, y ya no muerde sino cuando se le amortiguan las esperanzas de la senaduría vitalicia. En estos días parece que la cosa va bien, y el hombre es de lo más razonable, de lo más sensato que imaginarte puedes.

Truena contra los calumniadores, y dice que esta tendencia á enlodar los nombres más respetables es un síntoma de desquiciamiento social. Cuando pone el paño al púlpito, nos reímos, porque parece que está refutando todo lo que en veinte años ha dicho y hecho. Pues si le quieren ver desbocado, que le toquen á la familia Orozco. Algo esperará de ella sin duda, ó algún favor hay de por medio. Oye su versión: «La muerte de Federico no ha sido más que el vulgarísimo final de una pendencia de garito. Como todo vicioso estragado, como el borracho que no encuentra

bastante fuerte ningún licor, y cada día los apetecidos más ardientes, Federico no se satisfacía ya con las emociones de las timbas establecidas en círculos elegantes, y frecuentaba garitos innobles... ¡Si esto se puede probar el día que se quiera! — dice Villalonga á todo el que le quiere oír. Prosigue su informe jurídico, asegurando que un amigo suyo le vió salir con otro sujeto de una casa de juego de malísima traza, á eso de las diez y media de la noche del 1.º, y que en actitud de querrela se metieron por la calle que conduce al solar del polvorista. «Me parece que más claro no puede estar. Este amigo mío les vió, repitió que les vió, y está dispuesto á declararlo.»

A renglón seguido se lamenta de que quieran convertir este hecho vulgarísimo en fabula de amores, difamando á una dama ilustre... Y luego enjareta el panegrico de ella, y crudos anatemas contra la ligereza y ruindad de una parte del público. Es que en esta raza proterva ha existido y existirá siempre el *tic nervioso nacional* de abatir lo que está alto, de manchar la misma limpieza, y de enturbiar lo más claro y puro. Concluye el orador jurando y perjurando que daría cualquier cosa por cambiar de nacionalidad, abandonando la raza proterva y el suelo ingrato, para metamorfosearse en inglés, en alemán ó, si á mano viene, en moro berberisco... Pero no: lo que él quiere ser es inglés. Ahora le da mucho por lo inglés, por lo parlamentario y por el *self-governement*. ¡Eso es país, eso es política y opinión soberana... y juego de las instituciones...!

Basta de Villalonga, y voy con Calderón de la

Barca, del cual creía yo que, por ser amigo íntimo de los Orozco, ó más bien parásito, sostendría las versiones más favorables á sus patronos. Pues no, señor. La intención á eso va; pero no le resulta, y su destornillada cabeza ha compuesto un novelorrio que cree muy lisonjero para sus amigos; pero es tal la necedad de su invención, que ni daño ni favor puede hacerles. Supone á Federico perdidamente enamorado de Augusta, y á ésta rechazándole con desdén. Si le apuran, Calderón es capaz de sostener que *le consta*, por haber oído y visto algo que corrobora semejante afirmación. Pues bien: Federico, loco de amor, frenético, y sin reparar en los medios que emplea para obtener de la dama la cita que con tenacidad le pide, resuelve engañarla, diciéndole que su esposo tiene una querida; Augusta niega y duda; él insiste, y ofrece probarlo. ¿Cómo? Pues en tal sitio se ven los amantes: la esposa ofendida puede sorprenderles y cerciorarse de que se la pegan. Cae mi prima en el lazo, y se deja llevar por el traidor á la casa donde éste le ha ofrecido patentizarle la infidelidad de Orozco. Llegan... Escena. Federico, ebrio de amor, confiesa su pérfido ardid, y cae de rodillas. Augusta le pone de vuelta y media: esto es de cajón. El otro, arrebatado y ciego, le dice: «O eres mía, ó te mato.» Y el muy pillín saca su revólver. La dama prefiere la muerte. Trabase una pequeña lucha, cae el revólver al suelo, se dispara solo, pataplum, y la bala se le mete á Federico por la cintura. *Table... u.* Imagínate lo demás. Viéndose herido, reconoce el criminal el *dedo de la Providencia*, porque este dedito fué el que oprimió

el gatillo del arma; y abrumado por los remordimientos, pide perdón á la dama. Esta se lo da, y le encaja su sermoncito, recomendándole que se arrepienta, á lo que él accede, porque ya no tiene más remedio.

«¿Y la herida de la cabeza, la herida mortal de necesidad?—le preguntamos.—¿La herida de la cabeza?»

Ráscase el narrador la suya, pero no acierta á sacar con la uña la continuación de tan burdo argumento. Por fin... la cosa es clara... el pérfido huye... ¿Pero á qué seguir? Ya puedes figurarte el desarrollo de estos adesios de la inventiva ramplona.

No quiero entretenerte más con vueltas alrededor del asunto, y vámonos al centro, al corazón de él. ¡Pensar que este jeroglífico no lo es para una sola persona, y que tal persona, si quisiera, podría disipar con cuatro palabras la confusión de mi mente! ¡Pensar que Augusta sabe la solución, y que yo no puedo leérsela en la cara; que detrás de aquel entrecejo está la representación exacta del hecho, y que yo no puedo verla! Mi curiosidad se ha excitado tanto, que no sé qué daría, amigo Equis: creo que daría años de mi vida porque esa mujer tuviera un momento de franqueza conmigo y me revelara su secreto. Vámonos, que le perdono el mal que hizo, falta, error ó delito, si me cuenta lo que pasó en aquella noche aciaga.

Pues no creas, lo he de intentar; he de emprender con ella una campaña de astucia, de constancia; un asedio en que emplee todas las armas, desde las que infunden miedo á las que inspiran

afecto y confianza. No me muero yo con esta incertidumbre, y ella misma me ha de librar del fiero suplicio. Seis días estuve sin parecer por la casa de Orozco, y al quinto el propio Tomás me envió recado quejándose de mi desvío. Hoy he almorzado con ellos. Ya te contaré lo que hablamos. Tengo prisa, y además estoy en expectativa de una conferencia que espero celebrar con Augusta, quien, á instancia mía, me prometió que hablaríamos un rato á solas. Conviémos en que ella señalará día y hora, y aquí tienes establecida ya una comunicación reservada entre los dos. Te lo contaré todo; pero no me apures, que hay tiempo, y aplazo mis informes con la esperanza de adquirir conocimiento más claro de alguno de los hechos. Hasta otro día.

XXXVIII

19 de Febrero.

No me lo vas á creer; pero te lo diré cien veces si es preciso. El santo está como si ignorara lo que pasa y lo que se dice, y es casi seguro que no lo ignora. Tal serenidad que por nada se altera, ¿es grandeza de alma, ó todo lo contrario? Para afirmar lo primero, sería preciso ver en este hombre un temple de carácter tan superior que rayara en lo sobrenatural. Porque habías de ver su cara, en la cual no notas ni el más ligero sig-

no de disgusto ó contrariedad; habías de oír su acento, siempre firme y reposado. A su mujer la trata con la cariñosa deferencia de siempre, y ella á él con mayores consideraciones, si cabe, que antes. Te lo digo con franqueza: el arcano que en la intimidad de este matrimonio se esconde sin duda, me inquieta ya más que el otro de la muerte de nuestro amigo, y daría no sé qué, años de vida también, única moneda con que se avaloran tales satisfacciones, por poder ocultarme en la alcoba conyugal y oír lo que hablan... ¿Pero qué hablarán, Dios mío? ¿Qué dirán? ¿O es que no dicen nada, y se han puesto de acuerdo para ignorarse y desconocerse el uno al otro?...

Este Orozco, ¿qué clase de hombre es? Explícamelo tú, entusiasta apologista de sus virtudes. Francamente, cuando éstas se me presentan en grado tal de perfección, éntranme ganas de dudar de ellas, ó de tenerlas por papel bien estudiado y aprendido para embaucar al mundo. Imposible que un hombre de carne y hueso conserve tal presencia de ánimo en medio de la atmósfera que se ha formado en torno suyo; y si realmente la conserva, es que no es de hueso y carne como nosotros. No niego que pueda existir en nuestros tiempos la santidad; pero me resisto á admitirla en las altas clases. Existirá en las Ordenes religiosas, ó en los desiertos habitados por una sola persona; pero en el mundo activo, en la sociedad, en el matrimonio, en medio de los chismes, de las envidias, de la soberbia, del lujo... Vamos, Equisillo, que se te quite eso de la cabeza. A tu sagaz olfato no ha llegado nunca el olor de esa santidad... perfumada.

afecto y confianza. No me muero yo con esta incertidumbre, y ella misma me ha de librar del fiero suplicio. Seis días estuve sin parecer por la casa de Orozco, y al quinto el propio Tomás me envió recado quejándose de mi desvío. Hoy he almorzado con ellos. Ya te contaré lo que hablamos. Tengo prisa, y además estoy en expectativa de una conferencia que espero celebrar con Augusta, quien, á instancia mía, me prometió que hablaríamos un rato á solas. Conviémos en que ella señalará día y hora, y aquí tienes establecida ya una comunicación reservada entre los dos. Te lo contaré todo; pero no me apures, que hay tiempo, y aplazo mis informes con la esperanza de adquirir conocimiento más claro de alguno de los hechos. Hasta otro día.

XXXVIII

19 de Febrero.

No me lo vas á creer; pero te lo diré cien veces si es preciso. El santo está como si ignorara lo que pasa y lo que se dice, y es casi seguro que no lo ignora. Tal serenidad que por nada se altera, ¿es grandeza de alma, ó todo lo contrario? Para afirmar lo primero, sería preciso ver en este hombre un temple de carácter tan superior que rayara en lo sobrenatural. Porque habías de ver su cara, en la cual no notas ni el más ligero sig-

no de disgusto ó contrariedad; habías de oír su acento, siempre firme y reposado. A su mujer la trata con la cariñosa deferencia de siempre, y ella á él con mayores consideraciones, si cabe, que antes. Te lo digo con franqueza: el arcano que en la intimidad de este matrimonio se esconde sin duda, me inquieta ya más que el otro de la muerte de nuestro amigo, y daría no sé qué, años de vida también, única moneda con que se avaloran tales satisfacciones, por poder ocultarme en la alcoba conyugal y oír lo que hablan... ¿Pero qué hablarán, Dios mío? ¿Qué dirán? ¿O es que no dicen nada, y se han puesto de acuerdo para ignorarse y desconocerse el uno al otro?...

Este Orozco, ¿qué clase de hombre es? Explícamelo tú, entusiasta apologista de sus virtudes. Francamente, cuando éstas se me presentan en grado tal de perfección, éntranme ganas de dudar de ellas, ó de tenerlas por papel bien estudiado y aprendido para embaucar al mundo. Imposible que un hombre de carne y hueso conserve tal presencia de ánimo en medio de la atmósfera que se ha formado en torno suyo; y si realmente la conserva, es que no es de hueso y carne como nosotros. No niego que pueda existir en nuestros tiempos la santidad; pero me resisto á admitirla en las altas clases. Existirá en las Ordenes religiosas, ó en los desiertos habitados por una sola persona; pero en el mundo activo, en la sociedad, en el matrimonio, en medio de los chismes, de las envidias, de la soberbia, del lujo... Vamos, Equisillo, que se te quite eso de la cabeza. A tu sagaz olfato no ha llegado nunca el olor de esa santidad... perfumada.

Vamos á otra cosa. La conferencia con Augusta, á solas, se verificó ayer. Fué interesante, aunque estéril para mis fines inquisitivos. Recibiome en su tocador, por la tarde, y no habla nadie presente, pues no llamo persona á la chiquilla de Calderón, que iba y venía por la estancia tirando de una muñeca amarrada por el pescuezo, imagen exacta de mi situación espiritual, pues á ratos, en estos tristes días, me parece que un demonio me echa una soga al cuello y se divierte tirando de mí y apretándome sin ahogarme.

Mi prima no puede ocultar que ha tenido insomnios, malísimos días y peores noches, y que su ánimo está profundamente perturbado. Sin duda no posee la santidad en grado tan alto como su marido, ni sabe sobreponerse á las miserias humanas. Está mustia la pobrecita, ojerosa; la mirada se le extravía, se le pierde. Cierta que trata de disimular, echando un nudo á los suspiros que del pecho se le quieren salir; pero no puede lograrlo. Si te digo que está más guapa que nunca, no lo creerás seguramente, aunque supondrás que esto es efecto del amor que me inspira. Veo que te ríes. ¿No habíamos quedado, dirás tú, en que todo aquel amor se trocó en aborrecimiento de lo más fino? Bueno; pues te contesto que estas cosas se dicen muy pronto, pero rara vez son la expresión de la verdad. Nada nos engaña tanto como el desarrollo de nuestros propios afectos en los casos graves de la vida. Suele suceder que nos equivoquemos, como chiquillos que empiezan á vivir, y que amemos más cuando creamos odiar, ó viceversa. Ello es que la encontré aquel día guapísima, y sentí que las energías

de mi carácter se debilitaban lastimosamente ante ella. Pero me callo, por ahora, todo lo que al buen Cupido se refiere.

Lo que mi prima quería de mí, bien lo calé desde que empezó á hablarme. Ya puedes figurártelo: que me dejara de averiguaciones, pues lo que resultaba de ellas era espesar más la atmósfera de dicharachos y mentiras. Para decirme lo, empleó mil circunloquios hábiles, reconociendo la bondad de mi intento, mi amor á la familia, etc., etc... Por mi parte, le hice ver que yo no perseguía la verdad para hacerla pública; que si lograba adquirirla, la guardaría en mí como el secreto más delicado de mi vida. Bien podía ella, pues, revelármela, que yo la oiría como un confesor y la encerraría en mí como en un sepulcro. A estas insinuaciones que expresé con calor y casi con elocuencia, contestóme la taimada negándolo todo en redondo. No tenía absolutamente participación ni responsabilidad en aquel asunto. Ni Federico fué su amante, ni ella faltó á sus deberes con aquél ni con nadie. Todo calumnia, novela mal pensada y peor escrita, obra de los desocupados, de los que enviaban la dicha de su hogar, de los que, por vivir depravadamente, no perdonan la honradez de los demás. Era, pues, completamente ajena á las causas de la muerte de aquel buen amigo de la casa, y no sabía si se mató ó le mataron, ni quería meterse en indagaciones.

Díjeme que no pusiera á prueba mi respeto á su persona; que podía ser inocente de la muerte de Viera; pero inocente de amarle y de tener con él trato secreto... eso, que se lo contará á otro,

pues yo tenía datos bastantes para formar mi opinión sobre el particular. No se dió á partido, y negaba, negaba con una insistencia que me volvía loco.

Después examinó, riendo con forzado humorismo, las distintas versiones. La de su amiga, la marquesa de San Salomó, fué tratada con sarcástica frase. «¿Y es posible que tú seas de los que han creído que yo le maté, yo...? ¿que mis manos...? Vamos, esto sería la mayor de las indignidades, si no fuera grotesco.» Pero las interpretaciones que más la irritaban eran aquéllas en que se incluía al buen Orozco en la trama, dándole el papel de matador, bien directamente, bien valiéndose de un asesino mercenario. ¡Qué estúpida monstruosidad!

Viendo que de nada me valía la argumentación seca, apelé al sentimiento; traté de halagar su amor propio, diciéndole poco más ó menos lo que escribo á continuación:

«No sé por qué vacilas en confiarme tu falta. ¿Crees que desmerecerás á mis ojos, que perderás mi estimación? No, porque falta y aun crimen de amor, de verdadero amor, no merecen más castigo que el amor mismo, el cual es bastante penitencia. Si un sentimiento vivo se ha superpuesto á tu voluntad y á tus deberes legales, ¿qué remedio hay más que perdonártelo? ¿Y cómo no habia de perdonártelo yo, que pecho de amor por tí; yo, que también he faltado á la ley, aunque sólo con la intención? Si yo me absolví de mi falta intencional, ¿cómo no absolverte de la tuya, aunque haya sido menos inocente? Yo tengo cierto derecho á saber tus penas para consolar-

las; deseo ardientemente que arrojes sobre mí las cargas que abruma tu conciencia, porque te quiero con locura, y no vacilaría en perder por tí, si preciso fuera, no sólo la paz del alma, sino el honor y cuanto me liga á la sociedad. Si alguien hay á quien debes confiarte, soy yo, porque te amo; y para que no achagues á egoísmo lo que te pido, declaro amarte sin esperanza, y estoy convencido ¡esto sí que es triste! de que no me correspondes ni me corresponderás nunca. Me inspiraste una pasión loca, y te la declaré, ignorando que amases á otro, ó dudándolo al menos. Ahora, sabedor de que amaste al pobre Fritz, no se me oculta que la pasión aquélla no puede repetirse ni heredarse. Pero ya que no puedo pretender llenar en tu corazón el hueco que ha dejado quien ya no existe, aspiro á ser tu mejor amigo, tu consejero y á poseer tu confianza. Yo te consolaré; yo sabré, como nadie, respetar tu soledad, tu pena inmensa, que por mucho tiempo ha de resistir á todas las tentativas de consuelo.»

¿Qué te parece la perorata, que no sé si he copiado con exactitud? Fastidiosa, ¿verdad? y hasta un poquillo cursi. Pues así y todo, le hizo un efecto atroz. La ví conmovida; sus ojos se humedecieron, y no pudo contener algunas lágrimas. Yo callé, creyendo que el llanto sería precursor de la espontaneidad que deseaba.

Observé que hacía esfuerzos por tranquilizarse y ser dueña de sí. Se enjugaba los ojos, comprimía su emoción para no dejarse vender por ella, y me dijo esto, que me impresionó vivamente:

«Soy muy desgraciada... no lo sabes tú bien. Tenme mucha lástima, porque de veras la merezco.»

Le acaricié una mano, sin que tratara de impedirlo. Lejos de hacerlo, me abandonó la otra, como persona en quien la necesidad de consuelos se sobrepone á toda consideración. Le repetí mis deseos de ser su amigo, de consagrarle mi vida y una intención moral incesante, y no se escandalizó, ni mucho menos. Al contrario, mostróse agradecida, hondamente afectada.

Pero de súbito noté en su fisonomía y en su entrecejo no sé qué severidad, algo que provenía de un sentimiento de orgullo, el cual se posesionaba de su alma tras un momento de flaqueza; y poniéndose en pie y apartándome de sí con cierta sequedad ceremoniosa, me dijo:

«Seremos amigos; pero á condición de que no me preguntes nada, de que no indagues absolutamente nada, ni de los demás ni de mí.»

Quise contestarle; pero me impuso silencio. Imposible desobedecerla: de tal modo imperaban su gesto y su voz sobre mí. Y aún hubo más. Dió por terminada la conferencia, mandándome que me retirara... Otro día hablaríamos más: así lo dió á entender. ¿Qué había de hacer yo más que someterme ciegamente á su caprichosa voluntad?

Pasé malísima noche, sin poder apartar de mí la imagen y las palabras de esta endiablada mujer, que, si no me engaño, va á volver loco á tu amigo, si es que no lo está ya de remate. Y mira tú qué cosa tan rara: piensa en el enlace misterioso de las palabras con los afectos en esta arras-

trada vida humana, tan fecunda que cuantas más cosas peregrinas ve uno en ella, más le quedan por ver. Pues empecé á dirigirle aquellas frases amorosas que te he copiado, como quien emplea un argumento capcioso; se las dije, persuadido de que no decía la verdad, y al concluir, sorprendíme de ver que mi corazón respondía á todas aquellas retóricas con un sentimiento afirmativo. Nada, Equisillo, que toda la noche y al día siguiente estuve en brega con mis potencias cerebrales, dudando de lo que sentía, y concluyendo por declararme que esa mujer me tiene embrujado; que mientras más me esconde su secreto, más impelido me siento hacia ella, y que si me convenciera de que fué realmente matadora, más la querría, no vacilando en someterme á la prueba de ser muerto por su mano, con tal que antes... No sigo, porque te alarmarás, creyendo que ya no tengo remedio. Abur, tonto.

XXXIX

20 de Febrero.

Emociones, más emociones. Ante todo, puedes llegarte á Zaragoza ó venirme á Leganés, y mandar que me vayan preparando una jaula con los barrotes bien fuertes, porque estoy... ya lo irás viendo.

La entrevista segunda se verificó ayer en casa de la tía Serafina, que sigue muy mal. Augusta va todos los días á acompañarla. Yo fui también, sin citación previa, seguro de encontrármela allí y de que podríamos hablar sin testigos. Nos encerramos en un gabinete próximo al cuarto de la enferma, en ocasión en que no había allí médicos, ni enfermeras, ni visitas. ¡Qué bien! Forjéme la ilusión, al verme solo con ella y observar su actitud expectante, no exenta de recelo, que aquello era cita amorosa, en discreto lugar ignorado de todo el mundo. Lo primero que se me ocurrió fué cogerle la mano derecha y examinarle la muñeca, diciéndole: «¿Se te ha curado ya la quemadura?» Turbada retiró la mano, no sin que yo viese la señal de la heridilla no bien cicatrizada, y me dijo: «Hemos convenido en que has de ser discreto, y no hacer ni decir tonterías... ¿Qué significa, grandísimo simple, esa estúpida sospecha? ¿Acaso te ha cabido en la cabeza que

yo me magullé la mano en una lucha...? Claro, como que soy asesina, y he tenido que sujetar á la víctima para...

—No es eso, no es eso—apresuráme á contestarle.—Yo no he creído nunca que fueras asesina; pero sí he creído y creo que presenciaste la muerte de un hombre, ocasionada de una manera que ignoro.

—Vamos, niño: la primera condición para que yo te admita en mi confianza, es que seas conmigo delicado, y me consideres, y me creas cuando te digo algo que directamente me atañe. De otra manera no puede existir esa amistad que deseo y casi casi necesito... Y no la desvirtúes; no aspire á otro sentimiento más vivo, porque si te empeñaras en ello, no obtendrías ese sentimiento, y adiós amistad.»

Comprendiendo que en estos casos debe uno contentarse con lo que le otorgan, y fiar al tiempo la ampliación de la dádiva, díjele que aunque estoy perdidamente enamorado, conténtome con el sentimiento apacible y honesto que me concede, y reconozco no merecer más.

«Si hemos de ser amigos—me dijo,—ya que tú te permites intervenir en mis asuntos, y echártelas de padre maestro, y aun de padre espiritual, con tus pretensioncitas de huronear faltas que no existen, voy yo también á llamarte á capítulo, pidiéndote cuenta de ciertos deslices, y excitándote á la corrección. ¿Pues qué se creía usted, señor moralista?»

Quedéme perplejo, sin acertar á calarle la intención. ¿Quería aturdirme, desorientarme, ó qué demonios se proponía la muy ladina, en quien no

pude menos de reconocer la sagacidad castellana de su padre el zorro de Cisneros? No tardé en suponer á dónde apuntaba; caí en la cuenta de que su objeto era tomar la ofensiva, como papel más airoso para ella en la lucha que entablado habíamos.

«Sin duda te han traído el cuento—le dije sin turbarme,—de que hay algo... y aun algos con la Peri. Bueno: no te lo negaré. Pero ya debes suponer que esto es accidental y sin importancia alguna en la vida. No llares á eso relaciones. Es una veleidad de ella y una condescendencia mía, que se pueden dar por terminadas en cualquier momento.»

Quedóse pensativa, y á poco reanudó la conversación, diciendo tales cosas de la Peri, con tanto énfasis y saña tan viva, que no pude menos de fijar en ello la atención. «Has tenido muy mal gusto—me dijo.—Esa mujer es una desvergonzada, una trapisondista, y además no tiene nada de particular como hermosura, pero nada. No comprendo cómo os ilusionáis con un tipo semejante. ¡Lástima grande que en estos tiempos de vulgaridad democrática no haya las justiciadas de otra época! ¡Lástima que á estas bribonas no las emplumen y las azoten por las calles, para lección de los mentecatos que se pierden por ellas, ó de los que...!»

No siguió. Se exaltaba más de la cuenta, olvidándose del papel que quería representar; se claró demasiado, y dejéme ver la punta de un odio inmenso que en su alma latía. Le temblaron los labios y perdieron su encendido color. Pronto noté que intentaba rehacerse y enmendar el des-

cuidillo de sinceridad que acababa de tener. Para esto, compuso su rostro diciendo: «¿Pero á mí qué me importa? Lo he dicho porque... me repugna verte en esa degradación.»

Más atento á observar su cara que á calcular lo que debía decirle, contesté de este modo:

—Basta que á tí no te agrade *eso*, para que al instante se concluya.

—No, si yo no te pido que sacrifiques por mí tus gustos.

—¿Pues no dijiste que, para afianzar nuestra amistad, te hacías mi directora espiritual, y correctora de mis malas costumbres?

—Sí lo dije; pero luego se me ocurre que no debo hacerlo.»

Parecióme desorientada, sin saber qué camino tomar. Por fin se decidió por uno, tras breve meditación.

—Mira, Manolo, te lo diré con franqueza: yo no quiero que rompas tus amistades con esa mujerzuela.»

Juzga cómo me quedaría con ésta no esperada declaración. «No te pases, no abras esos ojos,—me dijo.—Es un poco raro mi deseo, y necesito explicarlo. Te hago el favor de creer que es muy fácil para tí dar un puntapié á ese trasto de mujer. Y creo más... á ver si te adivino... creo que tu enredo lleva un fin policiaco: el fin de averiguar qué clase de relaciones, qué clase de tratos tenía el pobre Federico con ella, porque, como te has metido á juez instructor, naturalmente habías de buscar datos... del propio cosechero... ¿He adivinado?»

—Sí... tal ha sido mi intención.

—Bueno, bueno—manifestó perdiendo el miedo al asunto;—pues si has descubierto algo, dímelo, y si no, sigue cultivando esa confianza, en la cual encontrarás la luz que buscas y que los demás también deseamos ver.»

¡Ay! querido Equis, de aquel anhelo de indagar las relaciones de Federico con la Peri, resultó una nueva complicación. Hay algo que Augusta ignora, sabiendo, según mi cálculo, lo principal. Así se lo manifesté, y ella insistió en que sólo era curiosidad. Díjese que podía negármelo todo; pero no su pasión por el pobre amigo muerto, y su presencia en el acto que determinó la muerte de él. Perdí los estribos; me descompuise; creo que se me escaparon frases violentas, seguidas de otras tiernas y apasionadas. Me puse de rodillas ante ella, y besándole con ardor las manos, le supliqué me revelara la verdad de aquella tragedia, de la cual ella había sido por lo menos testigo, y ni un tímido asentimiento pude obtener. Encerróse en torvo silencio, que era mi desesperación; denegaba con la cabeza á cada frase mía, y terminó asegurando otra vez que no sabía nada, que no había visto nada. Únicamente al interrogarla sobre sus amores con Viera, observé que su denegación era débil, casi casi afirmativa, por la manera como la hizo, entre suspiros que le salían del fondo del alma.

Por fin, serenándose y tratando de calmarme á mí, se explicó en estos términos: «Para obtener la confianza de una persona, lo primero es hacerse digno de tal confianza. Lo que mucho vale, mucho cuesta, amigo Infante. Tráeme lo que te he pedido, y hablaremos. ¿No te has he-

cho amigo de la Peri para indagar por tu cuenta?

—Sí, y ahora quieres que indague por la tuya.

—Cierto, esa es la verdad.

—¡Y quieres que yo sea tu polizonte, y que te sirva, sin obtener de tí ni una sola confianza! Revélame lo que sabes, y si es incompleto, yo te ayudaré á completarlo.»

Me abrumó la infame, diciéndome con aplomo cruel: «¿Cómo he de expresarme para que me entiendas? Precisamente por no saber nada, quiero que me averigües lo que te he propuesto averiguar... Y no prolonguemos más esta conversación, porque siento gente en la alcoba; estás muy excitado, hablas en voz alta, y van á creer que estamos aquí tirándonos los trastos á la cabeza. Hazme el favor de marcharte, y hasta mañana ó pasado...»

Salí de allí con la cabeza como un borracho, desesperado y aturdido, y estuve paseándome un rato por las calles, para que se me refrescaran las ideas. Y tan pronto sentía un loco impulso de todas las fuerzas de mi vida hacia aquella mujer, más fascinadora por los misterios que la rodeaban, como un velo liado con suprema coquetería; tan pronto me inclinaba á huir de ella, como de un abismo insondable por cuyo borde se me resbalaban ya los pies. Pasada una hora de inquieto vagar por las calles, me dirigí á casa de Leonor, que me aguardaba, y de buenas á primeras, sin preparación alguna, la interpele en esta forma:

«Me vas á contestar ahora mismo á lo que varias veces te he preguntado sin lograr una respuesta... Mira, Leonor, que la cosa es grave: me lo vas á decir, y así me probarás que me quieres

y eres mi amiga. Nada, que me lo dices, ¿verdad? Deseo saber qué clase de relaciones tenías tú con Federico. No vale negar. Porque él entraba aquí muy á menudo. Esto lo sabemos todos, y hay quien cree que no venía por contemplar tu cara bonita. Con que me lo dices, ¿sí ó no? Leonor, Leonor, te lo pido por lo que más ames. Hazme el favor de no mirarte tanto las uñas, y habla claro. ¿Verdad que me lo vas á decir... á mí, pichona, monina, á mí que te quiero mucho...?»

Empezó tomándolo á broma. «Como la trucha al trucho. Chalafío por mí... ¡Ay! ¡qué resalao es mi peine, y qué bonitos ojos tienen!»

Estas tonterías me exaltaban más. «Leonor, Leonor, no bromees, hablo muy serio, pero muy serio. Yo necesito saber eso, ó acabaré como el pobre Federico.»

—¡Tú, tú...! ¡Jesús de mi vidal—exclamó, echándose á reír.—Tú no tienes alma para eso, ni estás en sus circunstancias. No eres ni tan caballero como él, ni tan perdido como él, ni tan... ¿Pero qué mosca te ha picado hoy, peinecito de mi vida...? A tí te pasa algo. Voy, voy á echar las cartas para saberlo.»

Levantóse y trajo los naipes, y en el mismo sofá en que yo estaba empezó su juego, poniendo los cinco montoncitos: *lo que esperas, lo que no esperas, lo que te ha venir, tu suerte, lo que se cubrirá.* Hallábame tan excitado, que de un manotazo fué toda la baraja al suelo, y le dije: «Pareces una bruja... Déjate de disparates, y contesta á lo que te pregunto.»

Leonor se amoscó. Cuadrándose y meneando la cabeza, me dijo: «Mira, Infantito, que ya me

voy cargando; mira, Infantito, que yo tengo malas pulgas; mira, Infantito, que si te pones pesado, voy y traigo la palmeta, ¿sabes? la zapatilla con que despedí al otro peine... Es la que me sirve para dar pasaporte á los pasados, chinchosos y reventativos... Recordarás que te dije: «de aquello no me preguntes nada.» Con esa condición te admití.

—Pues me vuelvo atrás—contesté ciego de ira, echándole la zarpa á los hombros y sacudiéndola con brutalidad.—¡Tienes que decírmelo, ó te mato, te mato, te ahogo!»

Aquello iba á concluir mal. Yo estaba como demente y no era dueño de mis acciones. Leonor se puso á dar chillidos, y entró la criada... No creas que hubo golpes ó arañazos. Fué sólo un estrujón, acompañado de palabras descompuestas. Por fin, volviendo en mí, la solté sobre el sofá. La pobre muchacha, llorando de pena por mi ultraje y mi brutalidad, se mostró más bien ofendida que airada, y opuso á mi tenacidad loca una tenacidad mayor: «Ni tú eres caballero—me dijo secándose las lágrimas,—ni siquiera persona decente... Eres un tío, y no sé, francamente, no sé cómo me gustaste... ¿Sabes lo que te digo ahora? Que aunque me hagas picadillo, aunque me cortes en pedacitos de este tamaño, no has de arrancarme una palabra. Fastídiate. ¿Crees que porque soy una mujer pública no tengo tesón? Pues te equivocas, porque también soy mujer particular cuando me da la gana, y sé serlo lo mismo que otra cualquiera. Mira, ahí tienes la puerta abierta de par en par. Me gustaste, y me gustas todavía. Yo soy muy franca y no oculto

lo que siento. Puedes volver si me pides perdón por esta bronca. Pero si me vienes con preguntas, te doy la patadita para atrás, así, como los burros cuando cocean, y te planto en la calle, para que te hagas cargo de que cuando una quiere ser particular, y decente, y callada, lo es.»

Aunque su lenguaje no era tan violento como de mi violencia debía esperar, me sentí profundamente lastimado. Aquella discreción á toda prueba era una especie de virtud, que yo no esperaba encontrar allí. Me ofendía, y te lo diré claro, me empequeñecía. Salí de aquella casa haciendo voto de no volver más, aunque Leonor no me repugnaba, ni mucho menos; al contrario, me era grata su imagen transparentándose en mi memoria. Pero la otra me atraía más, muchísimo más; la otra, Equis de mis pecados, me volvía loco, me producía un vértigo de pasión, de curiosidad... A sus atracciones naturales unía la pérdida el indefinible resplandor del drama desconocido ó á medio conocer. ¡Qué noche pasé, qué noche! Imposible darte idea de mi suplicio, ni de las vueltas dolorosas que mi espíritu daba, ya queriendo poner el afán de conocimiento sobre la ilusión de amor, ya ésta sobre aquél.

Y tú no me dices nada; tú ni me aconsejas ya, ni me das siquiera una opinión. Parece que te has vuelto tonto, ó que miras con indiferencia lo que me atañe. Pues para eso, maldita la falta que me hace tu amistad ni ese saber omnímodo que dicen que tienes. Me has olvidado. Eres un egoísta... sí, un egoísta. Ya lo he comprendido. No quería decirlo; pero al fin dicho está, y no me vuelvo atrás.

XL

21 de Febrero.

Si mal no recuerdo, ayer terminé mi carta tratándote con cierta dureza. Haz la vista gorda, hombre, y considera el estado de mi ánimo, pienso á la violencia y á la injusticia. Yo necesito desahogar con alguien esta efervescencia, esta turbación honda de mi alma. Déjame que te llame *perro judío*, y así me calmaré un poco: parece que se me quita un peso de encima. Disimula, pues, toda barbaridad que leas aquí. He tenido momentos de verdadera epilepsia, y aún no se me han sosegado los malditos nervios; la mano me tiembla, y... ya ves qué letra y qué sintaxis gasto... ¡Hasta endecasílabos, chico!

Hoy ha sido para mí un día de prueba; mejor será que diga ayer, porque son las dos de la noche. ¡Qué día! Por la tarde, después de delirar como un calenturiento, se me ocurrió coger el tren y volar á tu lado, para llorar contigo... es decir, tú no llorarías... Después lo pensé mejor. Imposible salir de aquí, imposible apartarme de lo que me enloquece. Pero aún no sé, no sé si me será forzoso adoptar una resolución que me ponga á salvo de mi propia ansiedad. ¿Qué crees tú?

Pues ayer tarde la ví otra vez. Acababa ella de entrar de la calle, y estábamos solos. No había soltado el *entucás*, ni quitádose la capota. Me parece que la tengo aún delante de mí, con su abrigo de pieles desabrochado: ¡hacía un calor en aquel gabinetel... Aún creo ver la mirada compasiva que me dirigió, y oír su acento fraternal. Porque desde que me ví ante ella, me desbordé en palabras enamoradas que me salían del fondo del alma. Fascinación mayor no he sentido nunca ni creo que la vuelva á sentir. El enigma terrible que la rodea, lejos de desilusionarme, me trastorna más. La quiero por honrada si lo es, y la quiero por criminal si, en efecto, lo ha sido. Y creo que lo fué: criminal en un grado que no acierto á precisar, y que sin duda no llega á la perpetración del hecho. No puedo recordar bien lo que le dije: que estoy loco por ella; que no importa, para quererla, que tenga en sus manos una mancha de sangre como la de *lady Macbeth*. «No la tienes —añadí con desvarío, besándole las manos enguantadas, —no la tienes; pero si la tuvieras, Augusta, yo te la borraría con mis besos. Tu corazón se purificará con sólo corresponder á la efusión del mío. He pasado por mil alternativas. El despecho me ha sugerido ideas malas; he creído que eras perversa; tan obcecado estuve, que llegué á creer que te odiaba... mira qué absurdo... Y en el mismo momento de creerlo, habría sido capaz de darte mi vida. Perdóname mis impertinentes investigaciones, que podrían resultar ofensivas para tí. Las hice fingiéndome el pretexto de descubrir tu falta; pero el verdadero móvil era conocer tu pasión. Nada enciende nuestra curio-

sidad como el secreto, el *quid* ilícito de la persona que amamos, eso que en nuestro egoísmo creemos infidelidad. Yo buscaba en tí á la infiel, y por infiel te tengo, y por infiel te quiero más.»

Suplicóme con acento grave y cariñoso que no insistiera, pues no podía quererme en la forma que yo pretendía. Seríamos amigos sin traspasar los límites de la amistad respetuosa. «No creas — me dijo después con acento conmovido — que me atribuyo cualidades que no tengo, ni pienses que me quiero hacer pasar por impecable. Mi conciencia no está tranquila; pero sí hay en ella el deseo y el propósito de tranquilizarse, y esto es algo.»

Como yo la instara otra vez dulcemente á que me confesase su falta, quiso hacerme callar con estas palabras: «Ignoro todavía quién podrá ser la persona digna de oirme en confesión, como no sea un sacerdote, y de esto no se trata ahora. Para confesarme á un amigo, necesito que éste me dé pruebas de verdadera amistad, prudencia y abnegación.»

Aquí de mi argumento:

«Tú me has exigido que te preste un servicio que ha resultado superior á mi voluntad. La Peri no quiere darme las noticias que me pediste. ¿Qué puedo hacer yo? Ni con ruegos ni con amenazas he podido obtener de ella una palabra.

—Lo cual prueba —replicó,— que las mujeres, aun siendo malas, como esa, sabemos guardar un secreto mejor que vosotros... ¿Sabes que he variado de parecer respecto al encargo que te hice? Aplaudo la reserva de esa mujer. Ya no quiero saber nada. Mi curiosidad era cosa incou-

veniente y de mal gusto, y vale más no satisfacerla. Lo que ignoro, ignorado se quede mientras viva. Lo concluído, concluído. Tú y yo nos contentamos con lo pequisimo que sabemos, ¿verdad?»

Esto me encendió más. Su tesón de castellana la engrandecía á mis ojos, y conforme ella se iba ennobleciendo, iba yo curándome también de la insana curiosidad que me había devorado. «Quiéreme — le dije tratando de estrecharla en mis brazos, — quiéreme, y ocúltame tu falta, tu crimen ó lo que sea. No te haré más preguntas; no deseo informarme de nada. Pensé adorarte sincera, y callada te adoro más. Pero no me mates con esa amistad fría: estoy loco por tí, y me muero si no me amas. Rota la ley, Augusta; rota la ley, condénate conmigo, que ya no tengo salvación... No se me oculta que tu corazón está lastimado, que está muy fresca la herida para que puedas quererme; pero dame esperanzas, dámelas, ó yo no viviré...»

Se desprendió de mí con vigorosos esfuerzos, apartando el rostro. No decía más que esto: «No puede ser, no puede ser.»

— Considera que renuncio á hacer más diligencias, y que de mis labios no saldrá una sola pregunta. La curiosidad ha sido ahogada por la pasión.

— Esto no puede prolongarse. Manolo, serénate. Te diré una palabra sola, la última, y ajusta á ella tu proceder.

— Venga esa palabra; venga pronto.»

Retírase de mí, y puesta la derecha mano en la cortina de la puerta que conducía á la ha-

bitación próxima, me dijo en voz baja y con la mayor seriedad y aplomo del mundo:

«La última palabra, y quizás la confesión más sincera de que puedo alabarme en toda mi vida: no he sido honrada; pero estoy decidida á serlo ahora, y lo seré hasta el fin de mis días.»

Vi moverse la cortina, y desapareció aquella mujer, dejándome en la mayor de las soledades: la soledad del no poseer y del ignorar. Sentí impulsos de coger una silla y hacerla pedazos. Mira qué puerilidad. Me marché porque me asaltó la idea de que, si me encontraba con Orozco, me sería imposible disimular ante él mi agitación insana.

Querido Equis, yo estoy enfermo, yo no sé lo que me pasa. Esa mujer me ha desquiciado. ¿Qué debo hacer? ¿Debo insistir ó dejarla? Si no puedo; si soy un chiquillo; si esta noche, decidido á faltar á su tertulia para coquetear con mi ausencia, me he pasado las primeras horas de la noche paseándole la calle, como un cadete, por el gusto de ver los balcones de su casa y contarlos desde fuera, diciendo: «allí tiene su tocador, allí duerme...» Mira si estaré trastornado...

No he vuelto á casa de la Peri ni pienso volver. Todos me enfadan. Orozco, el ejemplar, el santo, el incomprensible, me es odioso, y todos mis amigos se me han hecho tan antipáticos como Malibrán.

Estoy fuera de mí... Hasta tú me cargas. Te pegaría, creo que te pegaría. Pero, en fin, me resigno á no perder tu preciosa amistad. Te perdono la vida. La desesperación y el despecho me inspiran cosas que presumo han de ser enormes

disparates. ¡Vaya, que no quererme! ¡Esa honradez de última hora...! El diablo harto de carne... Es una bribona; no, que es un ángel... La adoro por criminal: ¡tremenda antítesis! Si me probara su inocencia, ¿acaso me gustaría menos? Tal vez... Equis, Equisillo, ven por Dios en mi ayuda.

P. D. 22 de Febrero. —Creo que si sigo en Madrid no acabaré en bien. Hoy intenté verla, y se negó á recibirme. Le he escrito. Me devolvió la carta sin abrirla. He tenido un momento de exaltación, que felizmente va pasando. Determino poner tierra por medio. Me voy á Orbajosa. Un día no más necesito para arreglar ciertos asuntos, lo estrictamente indispensable. Saldré mañana en el tren correo, y á media noche estaré en tu compañía. Por Dios, Equis de mi vida, haz todo lo posible para que no salga la música del pueblo á recibirme.

XLI

23 de Febrero.

¿Qué es esto, Equis de mi vida? ¿Está escrito que yo he de volverme loco, y que seas tú quien me remate?

Vamos por partes. Hoy, cuando estaba disponiendo mis bártulos, cae sobre mí como un aerolito, mejor dicho, como si desde Orbajosa me arrojasen un canto rodado, el insigne hijo de esa localidad, don Juan Tafetán, el cual, después de saludarme en tono lacrimoso, participándome que le han limpiado el comedero, y que viene á solicitar con mi ayuda, ¡Dios nos asista! su reposición, me entrega un encarguillo que le diste para mí.

El paquete... Pero no: he dicho que vayamos por partes, y por partes hemos de ir. Pues las quejas que del afligido pecho de Tafetán salieron, partirían una roca. Díjome que esa gente está furiosa contra mí por la indiferencia, rayana en menosprecio, con que, de algún tiempo acá, he mirado los asuntos del distrito. Los encumbrados Polentinos, así como los humildes Lieurgos, hállanse acordes en ponerme de hoja de perejil, porque he permitido con mi incuria que los *de la oposición* se hayan montado sobre los nuestros. Estos, es decir, los que fueron míos, celebraron

la semana pasada un patriótico *meeting* para convenir en la forma y manera de darme una silba si tengo la frescura de presentarme en la metrópoli del ajo. ¡Y yo, que, en el colmo de la inocencia, creí ó temí que saldría á recibirme la música del pueblo con sus desacordados trompetones! ¡Y ya me figuraba oír el restallido de los cohetes que á los aires lanzaría, un homenaje á mi persona, la diestra mano de Frasquito González!

Pero dime tú, ¿es cierto lo que me cuenta este pobre hombre, con el cual no sé qué hacer ni dónde ponerlo, ni cómo consolarle en su tribulación de cesante? ¿Es cierto, dí, que en toda esta temporada de angustias, fiebre y diligencias policiacas, no he contestado ni una sola carta de los caciques y gente menuda del distrito? ¿Es cierto que en esto que llamaremos interregno se ha resuelto la cuestión del emplazamiento de la estación del ferrocarril, situándola en Valdegañanes, y dejando á nuestra *Urbs Augusta* á diez y siete kilómetros de la línea? ¡Bueno se va á poner *El Impulsor*, que decía no hace mucho que el ferrocarril llamaba á las puertas de Orbajosa con el *alerta* de las locomotoras, *esos* centinelas avanzados de la civilización! ¿Y es cierto (el cabello se me eriza al escribirlo) que los de Valdegañanes, *esas* lumbreras apagadas del obscurantismo, amenazan con arrancar de cuajo el Juzgado y llevarse-lo á su término? ¿Es cierto que nuestros enemigos, envalentonados por mi abandono, han secado la fuente de los Chorrillos, llevándose el caudaloso real de agua al abrevadero de Penitentes de San Bartolomé de Abajo? ¿Es cierto que me birlaron el peatón de Fuente los Tojos, y el estan-

co del tío Majavacas, y que me han dejado cesante á este sin ventura Tafetán? Cierito debe de ser, pues se trae una cara tan compungida que ni la de la Magdalena se le iguala. Pues con estos golpes y la destitución en masa del Ayuntamiento de Villahorrenda, veo por tierra, ó á punto de derrumbarse, eso que los representantes del país llamamos el *altarito*, ó sea mi poder político en el pedazo de España que tuvo la honra de elegirme su esclavo y opresor. Ante tal cúmulo de desastres, querido Equis, resuelvo aplazar la visita á mis electores, con el doble objeto de ver si puedo poner algún puntal al consabido altarejo, y de librarme de la serenata que mis siervos y tiranos ¡ay, dolor! me tienen preparada.

Y vamos á lo otro, pues dije que iríamos por partes, y por partes ¡vive Dios! iremos. Tafetán me entrega un grueso paquete, que me parece, al pasar de sus temblorosas manos á las mías, una caja de bizcochos borrachos. Y he aquí que me digo: «¡Por dónde se le ocurre á este tonto ahora mandarme bizcochos borrachos! ¡Ah! ¡Es que necesito medicina dulce y narcótica! ¡Qué talento tiene este Equis!... Pues, señor, abro el mamotreto y me encuentro que contiene papeles. ¡Ajaja! Cinco cuadernos manuscritos, de igual tamaño próximamente, y muy cosiditos con hilo encarnado. Los hojeo con febril curiosidad. Lo primero que me llama la atención es la letra. Yo conozco esta letra... Pero, señor, ¿de quién es esta condenada letra? De Equis no es, y, sin embargo, me es familiar, familiarísima... Y de una sorpresa grande pasamos á otra mayor. Figúrate cuál sería mi asombro al ver los nombres de Au-

gusta, Orozco, Federico, Malibrán, corriendo en medio de las hojas, pasadas velozmente por mis dedos. Lo que más me maravilla es que la disposición de los nombres a la cabeza de trozos más ó menos largos de texto, parece indicar que el contenido de los cuadernos está en diálogo dramático. Me fijó en el encabezamiento de uno de ellos, y veo que dice: *Jornada tercera*. La portada del primero es lo que remata mi estupor, y desconfío de mis ojos cuando leo: REALIDAD, novela en cinco jornadas. Abro tanta boca, que el mismo Tafetán, haciendo un paréntesis en su consternación de cesante con nueve hijos, se río de mí.

¿Pero qué es esto, Equis de todos los demonios? ¿Qué drama es éste, ó qué novela, y quién la ha escrito? ¿Has sido tú? ¿Es un bromazo que me das?... ¡Anda, anda! Leo la lista de personajes, escrita en la primera hoja, y me encuentro á toda mi gente. Equis, Equis, explícate, por tu vida, si no quieres que yo acabe de perder la razón. ¿Por qué no acompaña al paquete una carta tuya, informándome del por qué de este extrañísimo y misterioso escrito? ¡Pero si yo conozco la letra... la he visto mil veces, y no puedo en este momento, por el trastorno de mi cabeza, recordar á quién pertenece!... ¡Ahl ya caigo en ello. La letra es tuya, tuya, desfigurada. No me lo niegues. Tú, que eres de la familia de los Merlines; tú, que posees un poder de adivinación no concedido á todos los mortales; tú, que sabes ver la cara interna de los hechos humanos cuando los demás no vemos más que la cara exterior, y penetrar en las vísceras de los caracteres, cuan-

do los demás sólo vemos y tocamos la epidermis; tú, Equisillo diabólico, has sacado esta *Realidad* de los elementos indiciarios que yo te dí, y ahora completas con la descripción interior del asunto la que yo te hice de la superficie del mismo. De modo que mis cartas no eran más que la mitad, ó si quieres, el cuerpo, destinado á ser continente, pero aún vacío, de un sér para cuya creación me faltaban fuerzas. Mas vienes tú con la otra mitad, ó sea con el alma; á la verdad aparente que á secas te referí, añades la verdad profunda, extraída del seno de las conciencias, y ya tenemos el sér completo y vivo. ¿Es esto así? Dime sí ó no, y mientras me arrojo como un hambriento sobre tu *Realidad*, carguen contigo los demonios, y conmigo también.

DE EQUIS A INFANTE

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

XLII

Orbajosa 24 de Febrero.

Gandul: recibo la tuya, y me apresuro á explicarte el por qué del manuscrito que te llevó el buen Tafetán. Pero ven acá, tonto, ¿es posible que no reconozcas tu letra? ¡Si es tuya, grandísimo idiota! ¿A tal punto has llegado en tu desvarío cerebral que ni conoces tu propia escritura? A esto me contestarás que tú no has compuesto tal drama ni cosa que lo valga, y temerás, sin duda, que mis explicaciones aumenten el barullo de tu infeliz cabeza. Verás cómo no; verás cómo te tranquilizas al saber de qué modo natural y sencillo se produjo esa REALIDAD que tanto te pasma, saliendo de tu letra sin que tú pusieras en ella la mano.

Pues verás, hijo mío, qué fenómeno tan fácilmente comprensible para un sabio perspicuo, como lo eres tú, formado en la escuela de la Peri y de otras filósofas peri... patéticas. Atiende bien.

Guardaba yo tu correspondencia, perfectamente liada con balduque, en un arca donde suelo meter, para que no me los roben estos pillos, los ajos de la última cosecha. Guardo también cebollas, alguna calabaza, sartas de guindillas, simiente de anís y otros productos de este prolífico suelo. Ya ves que tus cartas estaban en buena compañía. Yo les había puesto un rotulito que decía *La Incógnita*.

Pues anteayer se me antojó releerlas. Abro mi arca, y... puf. Sin juramento me puedes creer que salta de allí un olor de mil demonios. Echo mano al paquete, y me lo encuentro transformado en el drama ó novela dialogada, *de tu puño y letra*, que recibiste por el buen Tafetán. Comprendiendo que debes leerlo tú antes que nadie, refrené mi curiosidad y allá te fueron las cinco jornadas. Pero qué, ¿no crees en la metamorfosis? Para mí es tan común el fenómeno, y lo he presenciado tantas veces, que no me causa sorpresa alguna. Si, chico, no te quemes las cejas averiguando quién ha compuesto eso. La realidad no necesita que nadie la componga; se compone ella sola.

Qué, ¿lo dudas todavía, y persistes en que yo...? No, hijo, no tengo ese saber de adivinación que me atribuyes. El fenómeno que hoy admiras es tan natural como el más corriente que en la Naturaleza puedes advertir uno y otro día. Cuando quiero obtener la verdad de un caso, cojo los datos aparentes y públicos; los escribo en varias hojas de papel, los meto en el arca de los ajos, y á los tres días, hora más, hora menos, ya está hecho.

Aún dudas, ¿verdad? Pues si quieres que yo te crea tu pasión por Augusta, tienes que creerme la sobrenatural y ajosa metamorfosis de tus cartas en novela dramática.

Tu invariable — Equis X.

P. D. Se me olvidaba decirte que haces bien en no venir. Todas las referencias tafetánicas son ciertas. Si pareces por acá, te aguarda una silba en la cual tomaremos parte todos los habitantes de esta ciudad excelsa, lo mismo los brutos que los ilustrados, entre los cuales tengo la inmodestia de contarme. Se han vendido ya en el pueblo cuarenta docenas y media de silbatos. Iré de simple testigo, á presenciar la justa cólera de los ciudadanos, y tu vergüenza y humillación. No te chiflaré, pues ya lo sabes... no toco pitó...

FIN DE LA INCÓGNITA

Madrid, Noviembre de 1888—Febrero de 1889.

EDICIONES ESPAÑOLAS

PUBLICADAS EN INGLATERRA Y ESTADOS UNIDOS

Por concesión especial del autor se han hecho estas ediciones, para uso de los escolares ingleses en las cátedras de lengua española. Al texto español, escrupulosamente reproducido, siguen copiosas notas en inglés, que aclaran todos los puntos gramaticales oscuros, así como los modismos y locuciones provinciales.

Trafalgar, edited with notes and Introduction, by *F. A. Kirkpatrick*. *University Press*: Cambridge, 1905.

Marianela, with Introduction, notes and vocabulary, by *J. Geddes*: Boston, 1905.

Doña Perfecta, with Introduction and notes, by *A. R. Marsh*: Boston and London, Ginn and Co., 1900.

Electra, edited with notes and vocabulary, by *Otis Gridley Bunnell*. *American Book Company*: New-York, 1902.

El Abuelo (en prensa): New-York.

TE